ASESINATO EN LA MANSIÓN MAYFIELD

UN MISTERIO DE LADY ELIZABETH HAWTHORNE



OLIVIA ROSE

ASESINATO EN EL SS ANDRÓMEDA

UN MISTERIO DE LADY ELIZABETH HAWTHORNE

OLIVIA ROSE

Copyright © 2025 Olivia Rose

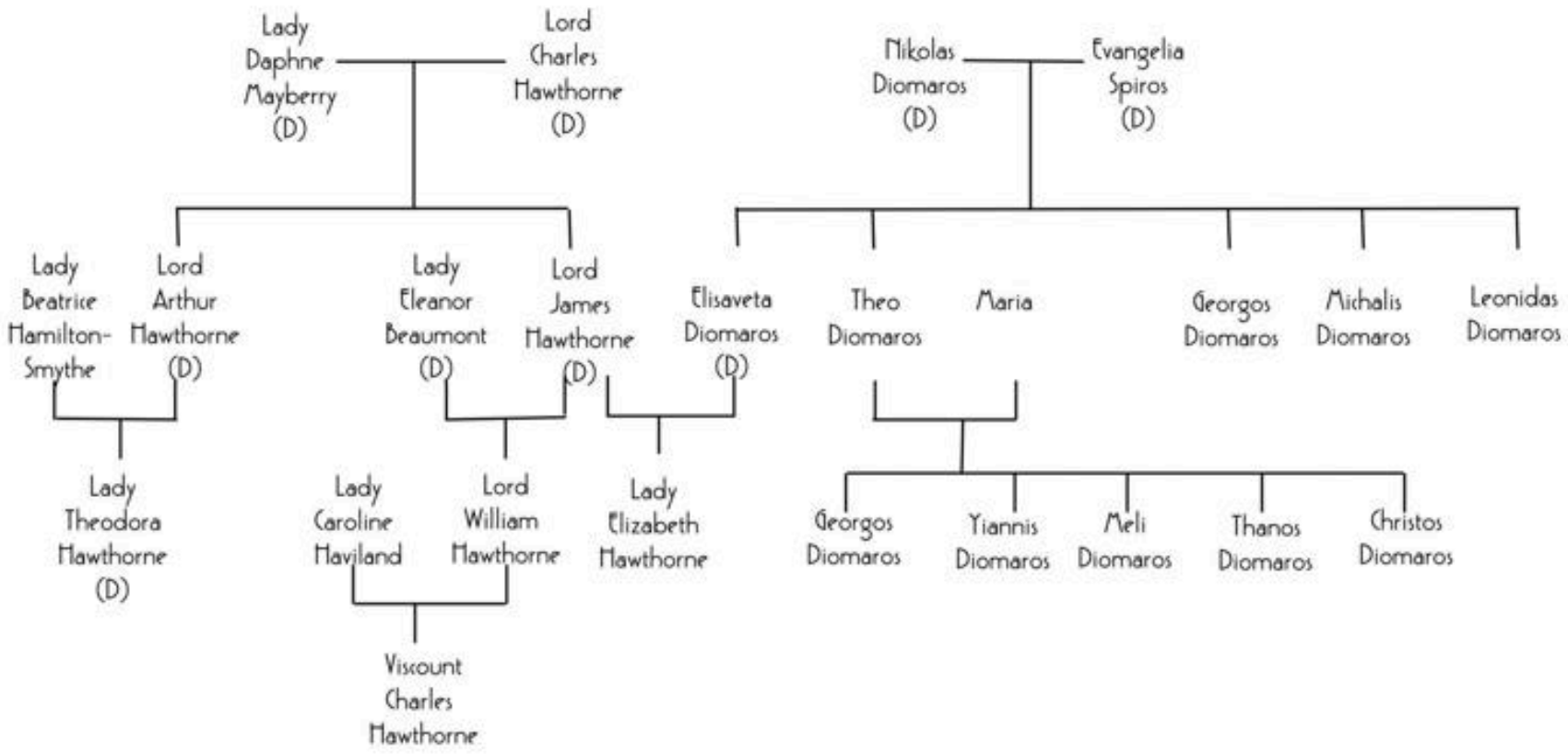
Prima edizione

Tutti i diritti riservati. Nessuna parte di questo libro può essere riprodotta, memorizzata o trasmessa in qualsiasi forma o con qualsiasi mezzo, elettronico o meccanico, inclusi fotocopia, registrazione o altro, senza il permesso scritto dell’autrice, salvo brevi citazioni per recensioni o articoli critici.

Questo romanzo è un'opera di fantasia. Nomi, personaggi, luoghi e situazioni sono frutto dell'immaginazione dell'autrice o usati in modo fittizio. Ogni somiglianza con persone reali, vive o decedute, è puramente casuale.

Autrice: Olivia Rose

Lady Elizabeth Hawthorne - Family Tree



Índice

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Capítulo Once

Capítulo Doce

Capítulo Trece

Capítulo Catorce

Capítulo Quince

Capítulo Dieciséis

Capítulo Diecisiete

Capítulo Dieciocho

Capítulo Diecinueve

Capítulo Veinte

Capítulo Veintiuno

Capítulo Veintidós

Epílogo

Dedicatoria

También de Olivia Rose

Sobre la autora



Capítulo Uno

ELIZABETH PERMANECIÓ NOSTÁLGICA JUNTO a la ventana de su alcoba en la villa del tío Theo, ubicada en el frondoso barrio ateniense de *Kifisia*. Abajo, el jardín se desplegaba en un vibrante mosaico de flora mediterránea: olivos meciendo sus hojas plateadas y verdes, arbustos de lavanda salpicados de púrpura intenso y buganvillas, en tonos brillantes y alegres, trepando por las paredes. El rocío matinal se aferraba a cada hoja y pétalo, resplandeciendo bajo la suave luz del sol. Una brisa ligera susurraba entre las ramas de los olivos, mezclándose con los vivaces trinos de los pájaros escondidos en el follaje. Este remanso de paz, que pronto sería un recuerdo entrañable, era algo que echaría mucho de menos.

El telegrama del tío Theo, un duro recordatorio del viaje que le esperaba, aún resonaba en los pensamientos de Elizabeth. La había alejado de la tranquila comodidad de su casa en Belgravia hasta el vibrante corazón de Atenas. Confinado por un inesperado ataque de gota, el tío Theo le había confiado una responsabilidad vital: devolver con seguridad el Pergamino Perdido de Aristón a Londres. Más que un simple deber, esta tarea representaba una íntima continuación del compromiso permanente de su familia con la preservación de la historia, un vínculo precioso con un pasado olvidado.

La sonrisa de Elizabeth se ensanchó al mirar la cama desordenada de su prima Meli, cada arruga y pliegue hablando del espíritu vibrante de su prima. Levantó una fotografía de la cómoda, un momento congelado de su primera visita tras la guerra, que captaba a la joven Elizabeth y a Meli en un estrecho abrazo. Mientras colocaba cuidadosamente sus últimas pertenencias en la maleta, pensamientos sobre el vínculo único con la familia del tío Theo, y particularmente con Meli, llenaban su mente. Era con el tío Theo, el gemelo de su madre, con quien sentía una conexión inexplicable. Los recuerdos de largos días soleados pasados con sus primos y la tía Maria la inundaron, y sintió una punzada de nostalgia en su corazón mientras se preparaba para dejar este refugio de entrañables memorias.

Elizabeth ajustó rápidamente los pliegues de su vestido azul marino de Chanel en el espejo de cuerpo entero, luego añadió un toque de brillo rosa a sus labios. Con unas rápidas pasadas de rímel, acentuó el calor de sus ojos color avellana. Asegurando su melena oscura como la tinta con un pasador de nácar, bajó las escaleras, ansiosa por el último desayuno familiar antes de su partida. Mientras descendía, la animada charla de sus primos Thanos y Christos, burbujeantes de emoción por su viaje al puerto del Pireo, llenaba la casa con un cálido ambiente familiar.

—*Kalimera* —saludó Elizabeth, y luego, recordando la preferencia de su tía por el inglés para ayudar con la práctica del idioma, cambió sin esfuerzo—. ¿Cómo te encuentras hoy, tío?

El tío Theo, dejando a un lado su periódico con una mueca, respondió:

—Buenos días, querida. Un poco de dolor en el dedo del pie, pero sentir dolor significa que sigo vivo, ¿no? —Su voz, aunque fluida en inglés, llevaba las suaves e inconfundibles inflexiones de sus orígenes griegos.

La tía Maria le lanzó una mirada, sus ojos hablando por sí solos en presencia de sus hijos pequeños.

Elizabeth, percibiendo el cambio de humor, desvió la conversación:

—¿Meli se unirá a nosotros para el desayuno?

La tía Maria, alzando los ojos al cielo y haciendo la señal de la cruz, suspiró:

—Quién sabe con esa chica. Siempre soñando despierta. Ojalá encontrara un buen joven y sentara cabeza. —Su inglés, fluido aunque con acento, conservaba la cadencia distintiva de su herencia griega.

Elizabeth empatizaba con el anhelo de aventura de Meli, viendo ecos de sí misma en la resistencia de su prima ante las expectativas convencionales de la tía Maria. Meli ansiaba viajar y emociones, resistiéndose a los esfuerzos casamenteros de su madre. La propia Elizabeth valoraba el amor y la compañía, aspirando a un matrimonio como los de su familia, fundado en el afecto genuino más que en la conveniencia o el estatus. Sus propios sueños reflejaban las aspiraciones de Meli, anhelando una vida definida por elecciones personales más que por expectativas sociales.

Elizabeth, en un intento de calmar la frustración de Meli la noche anterior, le había recordado suavemente:

—Tu madre te quiere y desea lo que ella cree que es mejor para ti.

Pero la visión de Meli difería drásticamente.

—Puede que ella crea que el matrimonio es lo mejor para mí, pero yo anhelo viajar, abrazar nuevas experiencias, como tú lo haces. Tienes cinco años más que yo, y aun así Mamá nunca te presiona con el matrimonio y los hijos —había replicado, sus palabras teñidas con un sentido de injusticia, señalando que la atención de su madre parecía centrarse desproporcionadamente en ella, aunque sus hermanos, Georgos y Yiannis, ya habían proporcionado a su madre nietos.

Elizabeth reflexionó sobre su conversación de la noche anterior, recordando sus propias palabras.

—Yo no soy su hija —le había recordado a Meli gentilmente.

En su memoria, la respuesta de Meli era vívida, su voz teñida de frustración:

—Es como si lo fueras.

Elizabeth había comprendido la verdad en las palabras de Meli; su tía y su tío siempre la habían tratado con el mismo afecto que a sus propios hijos.

—Estoy bastante segura —había razonado— de que si viviera más cerca, tu mamá sin duda estaría desfilando un suministro interminable de solteros elegibles por la casa —había señalado—. Eres su única hija, y quiere verte establecida cerca.

—Pero la tía Elisaveta era la única hija de la *Yiayia* y el *Papous*, y *Papá* dijo que no la presionaron para casarse así —afirmó Meli.

La respuesta de Elizabeth fue un suave susurro:

—Sí.

Su mente se desvió hacia sus propios recuerdos de la *Yiayia* y el Papous. Ellos habían nutrido su curiosidad infantil y su amor por la exploración, tal como lo habían hecho con su madre. Atesoraba recuerdos de vacaciones en las islas pasadas con ellos, donde aprendió a recolectar plantas y hierbas. Juntos, catalogaban estos tesoros naturales en el libro especial de la *Yiayia*, a menudo transformándolos en remedios homeopáticos. Aunque se había criado en Inglaterra, esos momentos habían tejido una profunda conexión con su herencia griega en su interior.

—Comed, o Papá se irá al puerto sin vosotros —el ruego de la tía Maria devolvió a Elizabeth al presente mientras intentaba persuadir a sus hijos para que volvieran a su desayuno. Sus ojos se agrandaron alarmados, y dirigieron sus miradas implorantes hacia su padre.

Thanos, con los ojos muy abiertos, brillantes como pozos de miel ámbar, amenazando con desbordarse, miró a su padre.

—Papá, no te irías realmente sin nosotros, ¿verdad? —preguntó.

El tío Theo, con un brillo juguetón en los ojos, reflexionó sobre la pregunta de su hijo mayor.

—Para crecer grandes y fuertes, como vuestros hermanos Georgos o Yannis, debéis comer bien.

Al oír esto, Thanos miró a su hermano Christos, quien devoraba con entusiasmo un cruasán.

—¡Mira, Papá, estoy comiendo! —exclamó Christos, salpicando la mesa con migas.

—Christos, mou, no hables con la boca llena —le regañó suavemente la tía Maria, limpiándole la cara con una servilleta.

Las esquinas del periódico del tío Theo temblaron mientras intentaba contener la risa, y Elizabeth no pudo evitar sonreír ante la divertida interacción familiar.

Elizabeth dejó su taza de café y se levantó. Al hacerlo, la tía Maria le acercó una cesta de bollos recién horneados.

—No puedes haber terminado ya, Elizabeth, mou. Apenas has comido. Toma un poco de pan, ¿o quizás unos huevos? Puedo prepararlos para ti —insistió.

—No, gracias, tía Maria. Debería volver a hacer el equipaje —respondió Elizabeth, declinando amablemente la oferta.

La tía Maria persistió, su preocupación evidente.

—Pero tu viaje es tan largo. Déjame prepararte algo para llevar.

Elizabeth sonrió, tranquilizándola.

—Estoy completamente llena, de verdad. —Con eso, se dio la vuelta y subió las escaleras.

Elizabeth se detuvo frente a la puerta de la alcoba, su corazón albergando un destello de esperanza de encontrar a Meli dentro. Giró el pomo y entró, sólo para ser recibida por el vacío de la habitación: Meli seguía sin aparecer.

Elizabeth continuó empacando, sus dedos pasando rápidamente sobre los documentos de viaje y el billete antes de deslizarlos en su bolso petit point. Al cerrar el broche, sus pensamientos se desviaron brevemente hacia el viaje inminente. El Mayor Percival Sinclair, o tío Percival como ella lo llamaba cariñosamente, había accedido a acompañarla desde Liverpool hasta Nápoles, citando negocios en la zona. Elizabeth encontraba la noción ligeramente arcaica —después de todo, se sentía plenamente capaz de viajar sola—, pero su hermano, William, el Conde de Hawthorneshire, y el tío Theo habían

sido inflexibles. Para ellos, era impropio que una dama de su estatus emprendiera tal viaje sin escolta.

El tío Percival, una constante en su vida desde la infancia, ocupaba un lugar especial en su corazón. Las historias de sus familias estaban entrelazadas desde los tiempos pasados en Egipto, donde él servía como médico del ejército británico y sus padres, Lord James y Lady Elisaveta, se sumergían en los misterios de Tebas. Ella atesoraba sus historias, que daban vida a sus aventureros padres, especialmente a su audaz madre. La pérdida de Lady Elisaveta en un trágico accidente cuando Elizabeth tenía solo ocho años les había afectado profundamente a todos, dejando a su padre envuelto en el dolor.

Un golpe brusco en la puerta sacó a Elizabeth de sus pensamientos.

—¿Puedo pasar? —llegó la voz familiar del tío Theo.

—Por supuesto —respondió Elizabeth, cruzando rápidamente la habitación para abrir la puerta.

El tío Theo, con un libro bajo el brazo y un bastón de empuñadura plateada en la mano, estaba en el umbral. Elizabeth le tomó el pesado libro, observando cómo se arrastraba hacia la habitación y se acomodaba en el taburete acolchado cerca del tocador. Sus ojos se detuvieron brevemente en la cama deshecha de Meli.

—El espíritu de Meli, siempre tan indomable, como un torbellino —reflexionó con una suave sonrisa—. Tiene la vena aventurera de nuestra familia, igual que tu madre. Y ahora, la veo también en ti. Maria se preocupa, sin embargo. Teme que si Meli se aventura demasiado lejos, podría perder el camino de vuelta a casa.

—Por supuesto que no, tío —le aseguró Elizabeth con una suave sonrisa—. El corazón de Meli está con su familia, como el mío. Aunque nos aventuremos lejos, siempre recordamos dónde está nuestro verdadero hogar.

Él señaló el libro que Elizabeth tenía en las manos.

—¿Reconoces esto, Elizabeth?

Elizabeth, con los dedos acariciando la gastada cubierta, asintió.

—Es el libro especial de la *Yiayia* para sus plantas y flores.

—¿Lo recuerdas? Me alegro mucho. Temíamos que después de lo de tu madre... —hizo una pausa, claramente luchando por decir la palabra en voz alta, incluso después de tanto tiempo—. Bueno, estábamos decididos a que no te sintieras distante de tu familia griega o de tu herencia. Tu difunto padre fue maravilloso al permitirte visitarnos y pasar tiempo con nosotros. El apellido Diamoros es algo de lo que estar orgullosa. Tenemos una rica historia que se remonta a muchas generaciones, y nunca quisimos que lo olvidaras. —Sus hombros se hundieron, la pérdida de su gemela seguía siendo un peso con el que luchaba por cargar—. Me recuerdas tanto a tu madre, Elizabeth mou... ¿Sabías que ese libro fue iniciado por mi bisabuela, que se lo pasó a su hija, que se lo pasó a mi madre, y ahora, te toca a ti?

—¿A mí?

—Sí, mi querida Elizabeth, ahora te pertenece.

—¿Pero qué hay de Meli o mis otros primos? Seguramente debería dárselo a uno de ellos.

El tío Theo negó con la cabeza.

—La tradición dicta que pase de madre a hija y si tu madre... todavía estuviera con nosotros, entonces se lo habrían pasado a ella, pero ahora te pertenece a ti. Tú eres su nueva guardiana y se lo pasarás a tu hija, quien continuará la tradición.

Elizabeth abrió las páginas que le eran tan familiares, sus dedos trazando ligeramente la caligrafía de sus antepasados, formándosele un nudo en la garganta.

—Ahora es tu deber añadirle, mantenerlo actualizado con nuevas plantas y flores de tus viajes. ¿Lo harás?

Tragó con fuerza, decidida a no llorar de nuevo. Sentía como si todo lo que había hecho durante su visita fuera derramar lágrimas, tanto de alegría como de tristeza, mientras visitaba a sus tíos, tías y primos. Visitar las tumbas de su *yiayia* y *papous* había sido particularmente duro. Viviendo a miles de kilómetros en Londres,

había podido fingir que todavía estaban vivos, que todo era como debería ser, pero estar ante una lápida con los nombres de sus abuelos lo había hecho dolorosamente real. Se habían ido, igual que sus padres.

—Lo haré —respondió, decidida a continuar el legado Diamoros —. ¿Crees que Meli volverá antes de que nos vayamos al puerto?

El tío Theo se levantó, agarrando firmemente el bastón con la mano.

—Meli estará aquí. No se lo perdería por nada del mundo —dijo, su mirada suavizándose al mirar a Elizabeth—. Cada vez que te veo, la veo a ella, a tu madre. —Se movió lentamente, deteniéndose para mirar el reloj de la repisa—. Saldremos hacia el puerto en una hora. Andros nos llevará, ya que esta gota se está haciendo notar hoy.

—Deberías descansar, tío. Andros cuidará bien de mí —sugirió Elizabeth.

Rió suavemente, descartando sus preocupaciones.

—No lo permitiría. Prometí despedirte, y lo haré. —Su mirada se volvió distante por un momento, luego se iluminó—. Sabes, llaman a la gota la enfermedad de los reyes, pero yo siempre he dicho: puede que no tenga la riqueza de un rey, pero en mi familia, he encontrado riquezas más allá de toda medida.

Mientras las palabras del tío Theo flotaban en la habitación silenciosa, Elizabeth sintió un nudo en la garganta. Permaneció inmóvil durante unos momentos, sus palabras resonando en su mente. Era cierto, en su familia, realmente había encontrado una riqueza más allá de cualquier tesoro.



Capítulo Dos

ELIZABETH HOLGAZANEABA EN LA entrada, con el sol de noviembre tejiendo delgadas sombras sobre los adoquines. El jardín, que había sido un vibrante mosaico de color apenas unas horas antes, ahora parecía hacerse eco de su estado de ánimo apagado. Esperaba, con la mirada fija en el sinuoso camino que conducía a la verja. En su corazón, persistía una pequeña esperanza de que Meli apareciera, llegando apresuradamente con su habitual avalancha de disculpas y una historia inverosímil.

La tía María miró a Elizabeth, sus ojos suavizándose con comprensión. —No te preocupes demasiado por Meli —dijo, colocando una mano reconfortante sobre el hombro de Elizabeth—. Su cabeza está llena de ensoñaciones.

Al fondo, Christos, apenas visible por encima del volante del automóvil de su padre, tocaba alegremente la bocina, con su risa resonando. Piii. El sonido hizo eco.

Elizabeth forzó una sonrisa, sus ojos sin realmente encontrarse con los de la tía María. —Estoy segura de que simplemente olvidó la hora —ofreció débilmente, su voz traicionando la incertidumbre que sentía.

Piii. La bocina sonó de nuevo, esta vez con más insistencia. La tía María, volviéndose hacia el coche, dejó escapar un suspiro medio

divertido, medio exasperado. —Esa chica necesita sentar cabeza, encontrar alguna dirección en la vida, un marido... —Su voz se apagó mientras la bocina sonaba una vez más, sus ojos cerrándose brevemente en ligera frustración.

La tía María atrajo a Elizabeth contra su pecho. —Te echaremos de menos, Elizabeth mou —le susurró al pelo—. Tu tío ve tanto de tu madre en ti que, por un breve tiempo, es como si la tuviera de vuelta.

Elizabeth se relajó en el abrazo, sumergiéndose por igual en la profundidad del amor de su tía y en su propia tristeza por marcharse.

—Elizabeth, es hora de irnos —la voz del tío Theo llegó suavemente desde el asiento del pasajero del automóvil. Separándose a regañadientes del abrazo de la tía María, Elizabeth asintió—. Voy en seguida, tío —dirigió una última mirada persistente a la casa que había sido su hogar durante la última quincena, sus ojos buscando a Meli. Sin embargo, en su amplia mirada por el horizonte, lo único que se movía eran los olivos, sus ramas meciéndose suavemente con la brisa, el susurro de sus hojas haciendo eco del adiós no pronunciado en su corazón.

Elizabeth se acomodó en el asiento trasero del automóvil junto a Thanos y Christos. Su exuberancia juvenil y animada charla llenaron el coche, un contrapunto agridulce a la persistente tristeza que sentía por dejar atrás a su tío y su familia. Separarse de los seres queridos, por muy temporal que fuera, nunca era fácil, pero formaba parte de su doble herencia inglesa y griega.

A su lado reposaba el estuche que contenía el Pergamino Perdido de Aristón. Recientemente desenterrado del Santuario de Apolo en Delfos, este antiguo manuscrito era ahora su responsabilidad. Encargada de entregarlo al Dr. Andreas Petridis para un estudio colaborativo con la Universidad de Oxford, Elizabeth sentía el peso de su misión.

En sus pensamientos resonaban las instrucciones del tío Theo sobre su transporte seguro. Su prioridad al embarcar estaba clara:

confiar el pergamino al Primer Oficial para su custodia.

El automóvil se detuvo en el palpitante corazón del puerto, rodeado al instante por el vibrante bullicio de la vida marítima. El aire era una cacofonía de sonidos: los estibadores con camisas desteñidas por el sol se llamaban entre sí, sus voces elevándose sobre el estruendo mientras sorteaban hábilmente entre imponentes pilas de cajas de madera y pesadas redes rebosantes de pescado fresco.

Todo el puerto era un torbellino de actividad. Los pasajeros se abrían paso entre la multitud, su animada conversación mezclándose con los marcados acentos de los comerciantes negociando tratos. Los ricos aromas de sal marina, pescado y aceite de motor flotaban densos en el aire, mezclándose con las notas más tenues de pintura fresca de los barcos amarrados.

Arriba, las gaviotas se lanzaban en picado y daban vueltas, sus agudos graznidos cortando el zumbido de la actividad abajo. Sobrevolaban los muelles donde el rítmico golpeteo de la carga siendo cargada y descargada reverberaba a través de las tablas de madera bajo los pies. El ocasional silbido de vapor perforaba el aire, señalando las idas y venidas de los barcos.

El puerto en sí era un espectáculo de movimiento y color. Embarcaciones de todos los tamaños se disputaban el espacio, desde elegantes vapores modernos hasta gráciles veleros con altos mástiles, sus líneas y siluetas pintando un cuadro dinámico contra el horizonte.

Se preparó para las despedidas. Christos, con las lágrimas sin ocultar, se aferró fuertemente a ella. Andros, notando su angustia, ofreció una distracción. —¡Vamos a ver los barcos! —dijo en griego, despertando una curiosidad momentánea en los chicos que atravesó su tristeza.

Un mozo se acercó para ayudar con el equipaje, pero el agarre de Elizabeth sobre el estuche que contenía el pergamino se tensó. —Yo llevaré este —dijo con decisión, el asentimiento aprobatorio del

tío Theo reafirmando su elección. Sus ojos siguieron a Christos y Thanos, ahora cautivados por los imponentes barcos.

—Elizabeth, mou. Ahora es mi turno de despedirme —dijo, exhalando profundamente—. ¿Te he dicho cuánto me recuerdas a tu madre?

Elizabeth asintió, sin confiar en poder hablar. No importaba cuántas veces se lo dijeran, nunca se cansaba de oírlo.

—Estaría tan orgullosa de la joven en que te has convertido.

Ella se inclinó hacia delante y besó cada una de sus mejillas barbudas. —Adiós, tío.

—Adiós, mi querida, querida sobrina.

Elizabeth abordó el barco, cuyo enorme casco se elevaba sobre el muelle. La pulida cubierta de madera, amplia y ordenada, estaba alineada con filas de bancos de madera y botes salvavidas asegurados a los lados. Los pasajeros deambulaban, sus voces mezclándose con el sonido de las gaviotas y las sirenas de los barcos. Pronto divisó al Mayor Percival Sinclair, de pie junto a la barandilla, su mirada escudriñando la multitud hasta que se posó en ella.

—Elizabeth —dijo, con una sonrisa en la voz.

—Tío Percival —respondió ella, su abrazo rápido en medio de la atestada cubierta. Se giraron para ver al tío Theo en el muelle, con el brazo alzado en un lejano adiós. Llena de una mezcla de afecto y tristeza, Elizabeth devolvió el saludo.

—¿Cómo fue tu tiempo con la familia en Atenas? —preguntó el Mayor Sinclair, mirándola atentamente.

—Maravilloso, pero dejarlos siempre es difícil —respondió Elizabeth, con un matiz de melancolía en su tono.

—¿Y cómo está Theo? ¿Su salud?

—Luchando con su gota, pero se muestra valiente —dijo ella.

La expresión del Mayor Sinclair se tornó pensativa. —Hablando de salud, hay una situación aquí. El médico del barco ha enfermado, y me han pedido que lo sustituya. Significa menos tiempo para nosotros.

—Deberías hacerlo, tío —animó Elizabeth.

—¿Solo si estás segura?

—Por supuesto. Tengo algunas lecturas que me gustaría retomar, y estoy segura de que el barco ofrece muchas actividades, en caso de que sienta necesidad de compañía.

—Muy bien, informaré al capitán.

—¿Quién es esa? —preguntó Elizabeth, su mirada posándose en una mujer que paseaba por la pasarela con innegable atractivo. Su vestido, de un exquisito tono esmeralda, estaba artísticamente cortado para acentuar su figura, con delicados patrones inspirados en el Art Deco trazados sobre la tela. Una lujosa estola de piel colgaba sobre sus hombros, y un sombrero de ala ancha se posaba sobre su cabello pelirrojo perfectamente peinado.

—Esa es Violet Demetriou. La familia de su marido es propietaria de esta línea de navegación. Dejó la pantalla de plata por amor, al parecer.

—Ciertamente sabe cómo hacer una entrada.

—Es la estrella de cine que lleva dentro —respondió Percival con una risita.

La acompañaba un joven extraordinariamente apuesto, su cabello oscuro pulcramente peinado hacia atrás, su traje impecable y perfectamente a medida, emanando un aire de privilegio. Sin embargo, sus rasgos afilados mostraban una expresión severa, casi imperiosa.

—¿Es ese su marido?

—¡Dios mío, no! Su marido murió hace varios meses. Ese es su hijastro, Spyros.

Un fuerte ruido metálico sonó cuando un mozo dejó caer uno de los baúles, provocando un brusco arrebato del joven. —¡Cuidado! ¿Sabes lo valiosos que son? —espetó.

Violet intervino rápidamente, su voz tranquila pero firme: —Spyros, por favor, está bien. Deja en paz al hombre.

—Todo un encanto, ¿no? —observó Elizabeth.

—Un poco sinvergüenza, según cuentan.

Un poco más atrás, otra mujer seguía, su sencillo vestido y zapatos prácticos contrastando marcadamente con el glamour que la precedía. Maniobraba con el equipaje con sentido del deber, sus movimientos eficientes pero discretos.

Probablemente la asistente de Violet, dedujo Elizabeth mientras observaba la escena desarrollarse, la tensión entre elegancia y conflicto atrayéndola.

—Bien, si me disculpas, querida —dijo el Mayor Sinclair, mirando su reloj de bolsillo, cuya superficie de latón reflejaba la luz—. Necesito hablar con el capitán sobre ocupar el puesto del Dr. Gavrilides antes de zarpar.

Elizabeth dio unas palmaditas a su estuche. —Tío, ¿podrías indicarme dónde encontrar la oficina del Primer Oficial?

—Te lo mostraré. Está justo al final del pasillo de los camarotes del capitán.

—Estupendo.

El motor del barco emitía una profunda nota grave bajo la mezcla de charla ansiosa y el lejano grito de las gaviotas. Elizabeth y el Mayor Sinclair navegaron entre la bulliciosa multitud. Los accesorios de latón y la caoba pulida brillaban bajo las lámparas eléctricas, proyectando un cálido y acogedor resplandor.

Entre la multitud, los vestidos de las mujeres resplandecían con abalorios, las faldas balanceándose suavemente mientras se movían. Los hombres en elegantes trajes se mezclaban, los alfileres de solapa destellando. El aire transportaba susurros de perfume y tabaco.

El Mayor Sinclair señaló hacia un pasillo flanqueado por mapas náuticos en marcos envejecidos. —Encontrarás al Primer Oficial por ahí, segunda o tercera puerta a la derecha.

Miró su reloj una vez más. —¿Nos reunimos en el comedor en una hora?

—Será perfecto, tío. Me da justo el tiempo suficiente para refrescarme antes de comer.

El Mayor Sinclair acababa de irse cuando Elizabeth llegó a la oficina que buscaba. El murmullo de voces elevadas desde el interior la detuvo a medio llamar. La puerta se abrió, revelando a un hombre grande y barbudo con una chaqueta azul marino, sus galones dorados de hombro brillando. Su severa expresión se suavizó al verla. —¿Puedo ayudarla? —preguntó, con un tono excesivamente suave.

—Estaba buscando al Primer Oficial —respondió Elizabeth, manteniendo la compostura bajo su evaluación—. Me informaron de que esta era su oficina.

—Le informaron correctamente —dijo, extendiendo su mano—. Capitán Marlowe.

—Lady Elizabeth Hawthorne —correspondió ella, su apretón de manos breve y formal—. Estoy aquí en relación con un acuerdo hecho por mi tío. El señor Diamoros.

Mientras hablaban, un hombre delgado con penetrantes ojos azul acero salió de la sombra del capitán, su mirada posándose en el estuche de Elizabeth. —Lady Hawthorne, soy el Primer Oficial Liam O'Connor. La estaba esperando —dijo, dando un paso adelante para presentarse.

La mirada del capitán sobre Elizabeth se mantuvo un poco demasiado tiempo, sus ojos revelando más que cortesía profesional. —Lady Hawthorne, ¿ha tenido la oportunidad de admirar el SS Andrómeda en todo su esplendor? Cada detalle, desde estas barandillas de latón pulido hasta las suntuosas cortinas de terciopelo, es un testimonio del exquisito gusto de la señora Violet Demetriou. Su discernimiento para... ciertos placeres es... bastante excepcional —dijo, su voz portando una insinuación que sugería algo más que simples elecciones estéticas.

Elizabeth mantuvo una sonrisa educada, consciente de las implicaciones subyacentes. —Está claro que la señora Demetriou tiene buen ojo para la elegancia. El barco es realmente impresionante.

—¿Quizás me permitiría el honor de mostrarle algunos de sus... encantos más ocultos? —La sugerencia del capitán estaba velada, pero su intención era clara, su tono llevando un matiz de invitación personal—. ¿Una visita privada, una vez que zarpemos?

—Eso sería muy informativo, gracias —respondió Elizabeth, sus palabras medidas, manteniendo una apariencia de formalidad.

—Lo organizaré de inmediato —dijo, su sonrisa ensanchándose de una manera que sugería algo más que mera hospitalidad.

Elizabeth añadió rápidamente: —Estoy segura de que el Mayor Sinclair, mi compañero de viaje, encontraría la visita igualmente fascinante.

La sonrisa del capitán flaqueó momentáneamente. —Ah, el Mayor Sinclair. ¿Y ha decidido sobre el puesto de médico?

—Va de camino a verle ahora mismo por ese asunto —le informó Elizabeth.

—Perfecto —el capitán asintió, un destello de algo ilegible en sus ojos, antes de tocar su gorra y alejarse a grandes zancadas.

El Oficial O'Connor se apoyó casualmente contra el marco de la puerta, sus ojos brillando juguetonamente. —No creo que el capitán tuviera intención de extender su invitación al Mayor Sinclair.

Elizabeth fingió sorpresa. —¿Oh? Quizás malinterpreté.

El Oficial O'Connor se rio, su tono cálido. —De alguna manera lo dudo, Lady Hawthorne.

Elizabeth, cambiando de tema, hizo un gesto hacia los sonidos de la disputa anterior. —¿Está todo bien entre usted y el capitán? No pude evitar escuchar un desacuerdo.

El Oficial O'Connor agitó la mano con desdén. —Solo política del barco. Ya sabe cómo es. Nada de qué preocuparse —su encogimiento de hombros casual sugería que era algo cotidiano.

Dejada de lado la distracción momentánea de los asuntos del barco, Elizabeth redirigió la conversación hacia el asunto en cuestión. Agarrando el estuche un poco más firmemente, dijo: —Como estoy segura de que mi tío mencionó, estoy transportando un

valioso artefacto histórico a Londres, y necesita un almacenamiento seguro.

La mención de valioso provocó un cambio notable en el comportamiento del Oficial O'Connor, su interés picado. —¿Y su valor? Por motivos de seguro, por supuesto.

—Su importancia es histórica, no monetaria —respondió Elizabeth, captando un destello de decepción en sus ojos. Firmando los documentos necesarios, dudó momentáneamente, recordando su reciente enredo con el robo del Sagrado Amuleto Escarabajo de la Reina Neferati. ¿Podía confiar en él? —¿Estará seguro con usted? —preguntó, su tono teñido de sutil cautela.

—Tan seguro como si fuera mío —le aseguró el Oficial O'Connor, recuperando su afable sonrisa.



Capítulo Tres

ELIZABETH SE DESLIZABA POR los pasillos del Andromeda. El bullicio vibrante llenaba el aire, como un cable de energía viva. Adaptando sus pasos al vaivén del barco, su camino trazaba un intrincado patrón. A su alrededor, las voces formaban un crescendo sinfónico de anticipación. Las ventanas enmarcaban el cambiante paisaje: el animado puerto que se desvanecía ante el inmenso y salvaje mar. Este azul infinito, audaz y puro, se extendía hasta el horizonte, cada ola una nota improvisada en la emocionante obertura de su viaje.

Al encontrar su camarote en la sección de primera clase, la mirada de Elizabeth quedó inmediatamente cautivada por la amplia vista del océano a través de la gran portilla. El sol de la tarde se derramaba en la habitación, proyectando una sombra dorada sobre la intrincada veta del suelo de madera noble y dando vida a los tonos granate y dorados de los lujosos edredones de plumas de cada cama. Lámparas de lectura de latón reposaban sobre los cabeceros de madera tallada con esmero.

En la esquina estaba su equipaje —una colección de baúles bien viajados— ya colocados ordenadamente por el mayordomo.

En el suelo, una alfombra tejida con diseños de inspiración mediterránea se extendía, conduciendo a un armario de caoba

maciza. El gran espejo del tocador, enmarcado en madera pulida, reflejaba los accesorios de latón del camarote y los detallados patrones de las cortinas, que hacían eco al diseño Art Déco de los edredones. En el escritorio, un surtido de papelería aguardaba con vista al interminable mar.

Discretamente ubicado a un lado, el cuarto de baño privado, completo con una pequeña bañera, resplandecientes grifos de latón y suaves toallas esponjosas, reflejaba la grandeza del camarote.

Al percatarse de la hora, rápidamente sacó un vestido de té de su baúl. El vestido, con un modesto cuello alto y mangas ligeramente abullonadas, caía en suaves pliegues justo por debajo de la rodilla. Su tejido, un ligero y vaporoso chifón en un tono pastel verde, estaba adornado con pequeños y complejos motivos florales. Lo complementó con un delicado collar de perlas.

Tras una rápida aplicación de pintalabios color rosa en el tocador, Elizabeth salió de su camarote, apresurándose hacia el salón para encontrarse con el Mayor Sinclair.

Guiada por la señalización de latón, Elizabeth avanzó por los pasillos del Andromeda, la luz de los apliques de bronce iluminando las obras de arte enmarcadas, vibrantes con líneas audaces y formas impactantes que parecían casi palpitar con el propio ritmo del barco.

Entró en el salón, un mundo donde el lujo y la comodidad se entrelazaban sin fisuras. Los apliques de bronce realzaban las audaces obras de arte geométricas alojadas en marcos dorados. Bajo sus pies, la mullida alfombra azul marino, entretejida con diseños en crema y oro, amortiguaba sus pasos mientras se movía por la sala, donde sillones y sofás color crema y granate estaban dispuestos de manera acogedora alrededor de las mesas de caoba. Cada mesa aguardaba el servicio de té de la tarde, con mantelería blanca, porcelana fina y reluciente platería impecablemente dispuesta por el personal.

Los grandes ventanales, cubiertos con ricas cortinas granate, enmarcaban el océano como si fuera una obra de arte viviente. El Mayor Sinclair, sentado en una de las mesas, levantó la vista cuando

ella se acercó. Su expresión, cálida y familiar, fue una visión acogedora mientras se levantaba para saludarla.

El Mayor Sinclair captó la mirada de Elizabeth y le hizo un gesto para que se acercara. —Elizabeth, me gustaría presentarte al señor y la señora Hammond —indicó la silla vacía a su lado—. Hemos estado viajando juntos desde Nápoles.

David Hammond se levantó y le estrechó calurosamente la mano. —Es un placer, Lady Elizabeth —dijo con naturalidad—. Pero por favor, llámame David —añadió, con una risa acogedora—. Y esta es mi esposa, Julia.

Julia Hammond extendió su mano con un destello de curiosidad en sus ojos. —Qué encantador conocerte al fin. Hemos oído tanto sobre ti por parte del Mayor Sinclair que siento como si ya te conociera.

Cuando Julia extendió su mano, Elizabeth le devolvió el gesto, sintiendo una cálida conexión. —En ese caso, por favor, llamadme Elizabeth.

Se acomodaron en sus asientos, los sonidos ambientales del salón —una mezcla de conversaciones distantes y el sutil tintineo de la porcelana— creando un fondo a su recién formada relación.

Elizabeth escuchó, intrigada, mientras David se refería con naturalidad a un café que frecuentaban en París. Julia intervino con una afectuosa risa, recordando un animado bazar en Constantinopla. Sus referencias casuales pero vívidas revelaban a los Hammond como una pareja que había abrazado su jubilación como una aventura.

La mirada de Elizabeth se posó inadvertidamente en una comensal solitaria, una mujer cuya presencia parecía tejer un hechizo silencioso sobre el espacio circundante. En sus treinta y tantos años, la mujer irradiaba un aire melancólico, sus rasgos mediterráneos —piel olivácea, ojos marrones profundos y cabello en ondas elegantes— despertando un acorde de familiaridad en la mente de Elizabeth.

—Mira allí —susurró Julia Hammond, inclinándose con un destello de intriga en sus ojos—. Esa es Giovanna Rossi, la cantante de ópera. La escuchamos cantar en La Scala el año pasado. Fue absolutamente magnífica.

Los ojos de David se iluminaron con reconocimiento, y asintió en silencioso acuerdo. —Su voz —murmuró, casi perdido en el recuerdo —, es tan cautivadora como su belleza —Elizabeth percibió la nota de admiración en su voz.

Julia, con un destello de intriga en sus ojos, se acercó más. —Hay rumores, ya sabes, puramente especulativos por supuesto, de que ella y el Capitán Marlowe son algo más que simples conocidos.

—¿El Capitán Marlowe? —La voz de Elizabeth traicionó su sorpresa. La idea de que alguien tan refinada e impactante como Giovanna Rossi estuviera enredada con el capitán parecía incongruente.

El asentimiento de Julia estaba cargado de insinuación. —En efecto. Parece que nuestro Capitán Marlowe tiene un encanto que atrae a ciertos... gustos exigentes, podríamos decir.

Los pensamientos de Elizabeth se desviaron hacia su propia breve interacción con el capitán y su invitación bastante directa para una visita privada. No pudo evitar sentir una punzada de simpatía por Giovanna.

Giovanna se sentaba sola, aparentemente ajena a los murmullos circundantes. Sus ojos, profundos y expresivos, contenían una melancolía que sugería un mundo de emociones bajo su exterior sereno. Elizabeth observó el ligero ceño de Giovanna, el tipo que hablaba de un alma apasionada, la esencia misma que quizás alimentaba sus celebradas actuaciones.

Sin embargo, en la soledad de Giovanna, Elizabeth percibió algo más que la artista temperamental; había una profundidad enigmática, un ámbito muy alejado del resplandor de la fama. La mirada de Elizabeth se prolongó, reflexionando sobre las capas de verdad en los susurros de Julia y la intrincada red de la relación de

Giovanna con el Capitán Marlowe. ¿Podría haber más en la historia, se preguntó, que la simple especulación de otra pasajera?

La conversación a su alrededor era animada, pero la mirada de Elizabeth se desvió hacia el reloj. Al darse cuenta de que la tarde se le había escapado, se puso de pie. —Debo disculparme —dijo—. Aún tengo que deshacer el equipaje.

—¿No puedes quedarte un poco más, Elizabeth? Teníamos la esperanza de que te unieras a nosotros para una partida de bridge —sugirió el señor Hammond con una sonrisa afable.

Elizabeth ofreció una sonrisa de pesar. —Por tentador que suene, me temo que el deber me llama, y no quisiera llegar tarde a la fiesta de cócteles de esta noche —Con cálidas despedidas, dejó al grupo con su juego, saliendo del salón hacia el tranquilo pasillo, sus pensamientos ya en la velada que le esperaba.

La quietud de su camarote marcaba un fuerte contraste con el ambiente animado que Elizabeth había dejado atrás. Desabrochó su maleta y comenzó a deshacer el equipaje, sus acciones deliberadas pero teñidas de introspección. Mientras doblaba su ropa, sus pensamientos se desviaron hacia Meli. El recuerdo de encontrar la cama de Meli vacía esa mañana, sabiendo que su prima se había marchado sin una despedida apropiada, persistía con un toque de tristeza. La ausencia de Meli había dejado un vacío en lo que debería haber sido una despedida sentida, y Elizabeth sentía el peso de ese momento ausente.

Levantando una blusa que su prima había admirado, Elizabeth se permitió un momento para reflexionar sobre la distancia ahora física y emocional entre ellas. El espíritu aventurero de Meli, tan similar al suyo, siempre había sido una fuente de conexión, pero ahora, había contribuido a este silencio poco característico. Con un suave suspiro, Elizabeth dobló la blusa, colocándola en el armario.

Al profundizar más en el baúl, encontró el libro de su abuela, sus ojos rozando la portada, suave y arrugada por la edad. Se acurrucó en su cama, sus dedos trazando delicadamente las palabras de su abuela mientras pasaba las páginas donde la escritura meticulosa

corría junto a delicados dibujos de plantas y flores. Cada ilustración estaba emparejada con notas detallando nombres y orígenes, un mundo botánico manuscrito.

Entonces, un boceto de flores azules en forma de estrella con hojas plateado-verdosas saltó ante sus ojos, evocando un vívido recuerdo. Estaba de vuelta en Asteria, sus pequeñas manos aferrando esas mismas flores. Recordó la urgencia en la voz de su yiayia: «¡Suéltalas, Elizabeth mou! ¡Esas flores roban pensamientos y hacen girar las mentes hacia la locura!» Las manos de su yiayia habían frotado apresuradamente las suyas en un arroyo cercano, lavando el peligro imaginario.

Los ojos de Elizabeth, pesados por las emociones del día y el suave movimiento del barco, se cerraron lentamente, con el mundo floral del libro aún abierto en su regazo.

Despertada bruscamente, Elizabeth se incorporó en una confusa neblina. Entrecerrando los ojos en la tenue luz, captó un fugaz vistazo de una figura que desaparecía por la puerta de su camarote, ahora ligeramente entreabierta. Con el corazón acelerado, saltó de la cama y corrió hacia el pasillo. El espacio habitualmente bullicioso ahora se sentía ominosamente desierto, la gruesa alfombra amortiguando cualquier sonido revelador. Escrutó las sombras, esperando a medias ver un rostro o una figura, pero no había nada, solo el silencio resonante de los pasillos desiertos.

La duda y el desasosiego luchaban dentro de ella. ¿Podría su mente, aún nebulosa por el sueño, haber imaginado la figura? Sin embargo, la puerta abierta argumentaba contra un simple truco de la imaginación.

El corazón de Elizabeth latía con fuerza ante la sensación de intrusión. Cerró la puerta firmemente, sus manos temblando ligeramente mientras comprobaba dos veces la cerradura. Presionando su espalda contra la puerta, rápidamente escaneó la habitación. Las sombras proyectadas por la tenue luz parecían ocultar secretos, y cada rincón aparecía como un potencial escondite. La idea de alguien desconocido en su camarote mientras

dormía le envió un escalofrío helado por la columna. No podía sacudirse la imagen de la figura sombría, dejándola envuelta en una persistente sensación de inquietud.



Capítulo Cuatro

ELIZABETH ESTUDIÓ SU REFLEJO en el espejo de cuerpo entero, deteniendo la mirada con aprecio en el vestido de Jeanne Lanvin que había elegido. El terciopelo azul medianoche, que recordaba al crepuscular mar que lamía suavemente el casco del Andromeda, se sentía lujoso contra su piel, ondulando con cada uno de sus movimientos. El bordado de cuentas plateadas, meticulosamente colocado, brillaba como rayos de luna bailando sobre la superficie del océano, visible a través de su ojo de buey. La cintura baja fluía con elegancia, culminando en una falda suavemente recogida que añadía un movimiento vivaz con cada paso que daba hacia el tocador.

Con habilidad experimentada, Elizabeth se aplicó una sombra de ojos ahumada, realzando el calor de sus ojos color avellana. Una pasada de pintalabios rosado añadió un sutil toque de color a su tez cremosa, completando su look. Su cabello negro y liso, adornado con un peinecillo de plata con marquesitas, complementaba perfectamente su conjunto.

Los dedos de Elizabeth se detuvieron un momento en el delicado collar de plata, un preciado recuerdo de su difunta *yiayia*, antes de abrochárselo alrededor del cuello. Mientras se asentaba contra su piel, un fugaz recuerdo de los desagradables acontecimientos del día

provocó una ola de inquietud en su interior. Se tomó un momento, cerrando los ojos y respirando profundamente para calmarse, antes de que el recuerdo se disolviera en el fondo.

Al abrir los ojos, se concentró en los zapatos plateados, deslizando sus pies en ellos. Cogiendo un bolso de mano compacto, con una superficie reluciente de lentejuelas plateadas a juego, comprobó su contenido —solo lo esencial para la noche.

Por último, se echó un chal de seda sobre los hombros, su tejido de un rico azul crepúsculo que armonizaba bellamente con su vestido. El chal, bordeado con delicado hilo plateado, colgaba con elegancia, ofreciendo una suave caricia contra el frío del aire marino de noviembre. Se sentía como una última capa protectora, no solo contra la brisa fresca, sino también contra los restos de las tensiones del día.

Elizabeth tiró firmemente de la puerta de su camarote, oyendo y sintiendo el tranquilizador clic de la cerradura. Este pequeño pero significativo sonido la anclaba con una sensación de seguridad. Con un gesto seguro de asentimiento, confirmó la seguridad de su santuario y se dirigió hacia el salón, donde la esperaba la fiesta de cócteles.

Al acercarse al salón, los pasos de Elizabeth se ralentizaron instintivamente, su atención atraída por una tensa escena que se desarrollaba en un rincón poco iluminado. Bajo el brillo apagado de los apliques de pared, Giovanna Rossi se encontraba inmersa en un intenso intercambio con el capitán Marlowe. Sus movimientos eran bruscos, cargados de emoción, mientras que él presentaba un marcado contraste —alto, inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho, emanando una firme resolución.

Este drama silencioso, narrado a través de su contrastante lenguaje corporal, cautivó a Elizabeth. Se detuvo, su curiosidad despertada pero moderada por la discreción. La vívida muestra de la ferviente animación de Giovanna contra la estoica calma del capitán pintaba un claro cuadro de conflicto. Incluso su conversación en voz

baja, apenas audible sobre el suave jazz del salón, insinuaba problemas serios y sin resolver.

Con una última mirada discreta a la pareja, Elizabeth siguió adelante, el eco de su tensión coloreando sutilmente sus pensamientos. Entró en el salón, donde la atmósfera cambió drásticamente. El aire estaba vivo con una mezcla de conversaciones, un animado contraste con la silenciosa tormenta que acababa de presenciar.

En un acogedor rincón, una banda de jazz tocaba una animada versión de Sweet Georgia Brown, llenando el aire con una energía contagiosa. Las vibrantes notas rebotaban en los paneles de madera pulida, entretejiendo a través de la multitud, invitando a un sutil balanceo de los oyentes.

Cuando Elizabeth se acercó, los Hammond y el Mayor Sinclair se giraron, sus rostros iluminándose. Los ojos de Julia se detuvieron en el vestido de Elizabeth, una sonrisa de genuina apreciación curvando sus labios.

—Elizabeth, tu vestido es exquisito. Jeanne Lanvin, ¿a menos que me equivoque?

—Efectivamente —respondió Elizabeth, ofreciendo una cálida sonrisa. Su mirada se desvió brevemente cuando Giovanna Rossi hizo su entrada, moviéndose con pasos rápidos y decididos. Elizabeth observó cómo interceptaba con prontitud una copa de un camarero, apurando su contenido de un solo trago. Casi inmediatamente, su mano alcanzó otra copa, sus movimientos abruptos, traicionando una corriente subyacente de inquietud.

La atención de Elizabeth se desvió de la conversación, irresistiblemente atraída por los movimientos agitados de Giovanna Rossi por la sala. La imagen de su tenso encuentro con el capitán Marlowe persistía en su mente, ensombreciendo las bromas despreocupadas a su alrededor. Asintió distraídamente a la charla cercana, sus pensamientos firmemente anclados en el drama silencioso que había observado antes.

La pregunta de Julia cortó bruscamente los pensamientos de Elizabeth.

—Elizabeth, ¿tienes a alguien especial esperándote en Londres? —La inesperada naturaleza personal de la pregunta sacudió a Elizabeth de vuelta al presente, apartándola abruptamente del comportamiento de Giovanna.

Queriendo mantener el tono ligero y evitar cualquier incomodidad, Elizabeth respondió con una suave sonrisa.

—Por el momento, mis actividades académicas en Londres son bastante exigentes. Son casi como pretendientes en sí mismas, compitiendo por mi atención —dijo, su voz teñida con un toque de humor.

La atmósfera del salón cambió perceptiblemente con la entrada de Spyros Demetriou. Moviéndose con el ágil y seguro paso reminiscente de un felino de la jungla, su alta figura y llamativos rasgos mediterráneos cautivaron la sala, atrayendo muchas miradas de admiración.

Elizabeth se encontró observando a Spyros. Su piel olivácea, pelo oscuro y intensos ojos de ónix irradiaban un atractivo difícil de ignorar. Recordó el ardiente arrebato que había presenciado antes, un marcado contraste con el encantador y sereno comportamiento que ahora presentaba. Esta contradicción pintaba un retrato complejo de él —un hombre con una sonrisa tan cautivadora como enigmática, intrigante pero que merecía cierto grado de cautela.

Julia se inclinó hacia Elizabeth, asintiendo discretamente hacia Spyros.

—Ah, el señor Demetriou —murmuró, un toque de intriga coloreando su tono—. Guapo, rico y todo un soltero codiciado, aunque se le conoce por ser algo pícaro.

Cuando la mirada de Spyros Demetriou encontró a Elizabeth, mantuvo sus ojos con una intensidad coqueta que parecía cargar el aire. Elizabeth, momentáneamente atrapada en su mirada, la devolvió con una mirada serena y medida.

Julia Hammond, notando el intercambio, se acercó más.

—Parece que el señor Demetriou se ha interesado por ti —observó, su voz teñida de diversión—. Pero ten cuidado con él; es tan encantador como problemático, o eso dicen. —Su tono era ligero, pero llevaba el peso de un consejo amistoso.

Elizabeth respondió con un destello de diversión en sus ojos.

—Si la reputación del señor Demetriou es como dicen, entonces seré doblemente cautelosa para no caer ni en su encanto ni en sus problemas.

Cuando la actuación de la banda de jazz llegó a su fin, un camarero elegantemente vestido dio un paso adelante.

—Damas y caballeros, por favor, acompáñennos a cenar en el comedor principal —anunció, inclinándose cortésmente.

Respondiendo a la invitación, los invitados se dirigieron hacia el comedor, sus conversaciones cambiando de la atmósfera relajada del salón al ambiente más formal de la cena.

Elizabeth, acompañada por el Mayor Sinclair y los Hammond, entró en el comedor, uniéndose al flujo de otros pasajeros. Sobre ellos, las arañas doradas del techo brillaban como finas joyas, acentuando la decoración dorada y granate de la sala. A su alrededor, las mesas dispuestas con vajilla de bordes dorados y cubiertas con manteles blancos con el emblema del barco esperaban a los invitados. Lujosas sillas granates estaban posicionadas invitadoramente junto a grandes ventanas que enmarcaban el mar oscurecido, ahora un lienzo para las estrellas emergentes.

Sin embargo, la mirada de Elizabeth quedó cautivada por *La Travesía* de Étienne Laroche, un contemporáneo del famoso Jean Dunand. La maestría de la pintura en Art Déco era inconfundible. Viva con azules profundos, granates y motas doradas, representaba un barco navegando sin miedo a través de olas estilizadas. La vibrante energía de la obra, haciendo eco del pulso de la época, formaba un marcado contraste con la elegancia refinada del comedor.

La contemplación de Elizabeth de *La Travesía* fue interrumpida por una voz profunda y segura de sí misma, su cadencia griega

refinada por el pulido de una educación inglesa. Se giró para ver a Spyros Demetriou de pie a su lado.

—Impresionante, ¿verdad? —dijo, moviendo su mirada desde la pintura para encontrarse con la de ella, con una clara chispa de interés en sus ojos.

—El uso del color es ciertamente impactante —respondió Elizabeth, manteniendo un tono neutro.

Él sonrió, una curiosidad juguetona iluminando sus ojos.

—Refleja la belleza cruda del océano, ¿no cree? Impredecible, pero absolutamente cautivadora.

Manteniendo su mirada, Elizabeth replicó:

—Ciertamente. Pero la belleza superficial del océano a menudo oculta sus profundidades más oscuras y peligros escondidos.

Su conversación se detuvo cuando una mujer, vestida sencillamente y con aspecto algo inquieto, se acercó.

—Señor Demetriou —dijo con un sentido de urgencia—, la señora Demetriou solicita su presencia en la mesa del capitán.

Un breve destello de fastidio cruzó el rostro de Spyros, revelando momentáneamente un lado menos sereno. Sin embargo, rápidamente suavizó su expresión con una sonrisa irónica. Volviéndose hacia Elizabeth, dijo:

—Parece que me llama otro tipo de canto de sirena. Espero que tengamos la oportunidad de continuar nuestra conversación más tarde.

Elizabeth observó cómo Spyros Demetriou se disculpaba y se alejaba. Su breve intercambio, lleno de significados velados y respuestas tácticas, la dejó sintiéndose intrigada y cautelosa al mismo tiempo, reflexionando sobre el enigmático encanto que poseía.

Luego se unió al Mayor Sinclair y los Hammond en su mesa, donde el comedor zumbaba con el gentil murmullo de las conversaciones y los suaves sonidos de la fina vajilla. Mientras charlaban, Julia Hammond se inclinó hacia Elizabeth, sus ojos brillando con curiosidad.

—Tu conversación con Spyros Demetriou de antes parecía bastante... intrigante —señaló.

Con una sonrisa diplomática, Elizabeth respondió:

—Fue simplemente una apreciación compartida por la obra de arte, nada más.

La ceja de Julia se arqueó juguetonamente, luego su mirada se desvió hacia la mesa del capitán.

—Violet Demetriou parece estar prosperando bajo la atención, ¿no crees? Deleitándose con la adoración del capitán como si fuera un pavo real.

Los ojos de Elizabeth siguieron los de Julia hacia Violet. Vestida llamativamente con un traje de noche color aguamarina de Coco Chanel, con su cabello castaño rojizo peinado en ondas y coronado con una pieza enjoyada, Violet exudaba glamur de estrella de cine. Comandaba la atención de la sala, especialmente la del capitán Marlowe, quien parecía completamente cautivado a su lado. Cerca, Spyros, sentado junto a su madrastra, se mostraba cada vez más distante, su mano alcanzando su bebida con más frecuencia mientras su expresión se nublaba. A su lado, la mujer vestida sencillamente se sentaba incómodamente, su malestar era evidente.

A medida que la velada avanzaba con animadas conversaciones y una serie de exquisitos platos, Elizabeth se encontraba mirando a menudo a Giovanna Rossi, quien cenaba sola. Su presencia solitaria era pronunciada, sus ojos ocasionalmente posándose en la mesa del capitán.

La sala se silenció cuando el capitán Marlowe se puso de pie y golpeó su copa, atrayendo la atención. Tras un breve saludo, se volvió hacia Violet con ojos adoradores.

—Señoras y caballeros —declaró alegremente—, ¡estoy emocionado de anunciar que esta hermosa mujer a mi lado ha aceptado ser mi esposa! —Los aplausos estallaron por toda la sala, pero la atención de Elizabeth estaba en Spyros, cuyo rostro traicionaba su shock e incredulidad.

Sin embargo, fue Giovanna Rossi quien cautivó a todos. Levantándose suavemente, su rostro una máscara de ira controlada, se acercó al capitán y, con un rápido movimiento, le arrojó su bebida a la cara antes de salir tempestuosamente. Su dramática salida dejó un silencio atónito a su paso.

Mientras los susurros y especulaciones giraban a su alrededor, Elizabeth reflexionó sobre el giro dramático de la velada. El *SS Andromeda*, con sus elegantes corredores y lujosos espacios, se estaba revelando rápidamente como un crisol de relaciones intrincadas y narrativas ocultas, cada interacción añadiendo al complejo mosaico de emociones y secretos.



Capítulo Cinco

AL AMANECER, ELIZABETH YACÍA al borde del despertar en la penumbra silenciosa de su camarote. La noche había sido inquieta, su mente atrapada en un remolino de emociones —desde despedidas no pronunciadas hasta encuentros incómodos. Los recuerdos de Meli persistían, el aguijón de su despedida perdida era conmovedor, y los pensamientos del intruso en su camarote regresaban sin ser invitados.

En esas tranquilas horas tempranas, Elizabeth se sentía a la deriva, navegando por el mar tumultuoso de sus propios pensamientos. Tamizaba los vestigios de conversaciones pasadas y preocupaciones no abordadas con su prima, anhelando el confort de la familiaridad y el consuelo de la resolución.

Elizabeth se levantó de su cama, sacudiéndose la inquietud de la noche. Tomándose un momento para refrescarse, se salpicó agua fría en la cara, eliminando los restos de sueño y pensamientos persistentes. Luego, abrió su armario y seleccionó un vestido verde aguamarina, su suave tejido cayendo con elegancia y meciéndose justo por debajo de la rodilla.

De pie frente al espejo, se cepilló el cabello, rizando las puntas para que descansaran a la altura de la mandíbula. Un toque de colorete aportó calidez a su tez, mientras que un pintalabios de tono

rosado coloreaba sutilmente sus labios. Deslizándose en sus zapatos de tacón bajo y cogiendo un pequeño bolso, salió, con la brisa marina prometiendo despejar su persistente malestar.

Caminó por la cubierta, el vasto océano desplegándose ante ella como un lienzo de azules profundos y suaves aguamarinas bajo el sol de la mañana temprana. Cada susurro de la brisa marina traía consigo el aroma fresco y salado del océano, refrescando sutilmente sus sentidos. El suave balanceo del barco, los gritos de las aves marinas que volaban en círculos y los sonidos distantes de la tripulación comenzando su día formaban un reconfortante telón de fondo. A solas con la extensión atemporal del mar, encontró un consuelo calmante, el ambiente rítmico desatando gradualmente los nudos de preocupación e incertidumbre de su mente. Respirando profundamente, se hizo una nota mental de escribir a Meli a su regreso a casa, sintiendo que comenzaba a apoderarse de ella una sensación de ligereza.

Su tranquila ensoñación se rompió repentinamente cuando pasó por una puerta parcialmente abierta. Las voces elevadas en el interior llamaron su atención. Era el capitán Marlowe, su voz afilada con una agudeza amenazante. —No me importa cómo lo consigas, ese no es mi problema.

Otra voz, que reconoció como la del oficial O'Connor, sonaba desesperada. —No puedo simplemente hacer aparecer dinero de la nada.

—Ese no es mi problema —replicó el capitán con brusquedad—. O encuentras la manera de conseguirme ese dinero, o me aseguraré de que las autoridades se enteren de todo lo que tú y tus amigos italianos estáis tramando.

Se detuvo, la tensión de la confrontación que acababa de escuchar asentándose sobre ella como un pesado manto. La cruda desesperación en la voz del oficial O'Connor contrastaba fuertemente con el frío chantaje del capitán, ofreciéndole una visión inquietante de la dinámica oculta del barco. Las preguntas giraban en su mente: *¿Quiénes eran los amigos italianos a los que se refería el capitán?*

¿En qué estaban implicados el oficial O'Connor y sus amigos italianos? ¿Y por qué el capitán toleraba tales actividades ilegales?

Respirando profundamente para calmarse, se alejó de la puerta. El peso de los secretos y amenazas que acababa de descubrir proyectó una sombra sobre ella, disminuyendo su apetito para el desayuno.

Mientras Elizabeth se dirigía a su camarote, notó a Eleni Papadopoulos, la renombrada botánica, profundamente absorta en un libro. Tras un momento de duda, su curiosidad prevaleció, y se acercó. —Señorita Papadopoulos, espero no estar importunando —comenzó con cautela—. Encontré su reciente artículo sobre la flora mediterránea y sus usos medicinales bastante esclarecedor.

Eleni levantó la mirada, su sonrisa cálida. —En absoluto. Es un placer conocer a alguien que comparte mi pasión —respondió, su inglés fluido con un toque de su origen griego—. Por favor, acompáñame a tomar el té —ofreció, señalando una silla vacía y haciendo una señal a un camarero—. Y por favor, llámame Eleni.

—Gracias, sería espléndido —contestó Elizabeth, tomando asiento —. Soy Elizabeth Hawthorne.

El reconocimiento iluminó los ojos de Eleni. —¿Lady Elizabeth Hawthorne? ¿De la familia Diomaros?

—Sí, efectivamente —confirmó Elizabeth con un asentimiento.

Eleni se inclinó hacia delante, su curiosidad claramente despertada. —He oído mucho sobre el libro botánico de tu *yiayia*. Es famoso en nuestro campo. ¿Es tan extraordinario como dicen?

La sonrisa de Elizabeth se ensanchó. —Realmente lo es. Afortunadamente, lo tengo conmigo. Estaría encantada de mostrártelo —ofreció, evidente su entusiasmo por compartir el trabajo de su *yiayia*.

—Estaría encantada de verlo —respondió Eleni con genuino interés.

—¿Nos retiramos a mi camarote? —sugirió Elizabeth.

Los ojos de Eleni brillaron con anticipación. —Sería maravilloso, gracias.

Mientras el camarero colocaba silenciosamente su té en el camarote y salía, Elizabeth abrió cuidadosamente el antiguo libro para revelar sus maravillas botánicas. Eleni, pausando momentáneamente su té, se inclinó, cautivada por las ilustraciones. —Esta colección es extraordinaria —susurró, su dedo trazando delicadamente una ilustración—. Tanto detalle... y hay plantas aquí que nunca he visto.

Elizabeth relató el momento en que recogió Aegean Starwort cuando era niña. Eleni, con una expresión pensativa, respondió: —Ah, Asteriella Egeou —tan hermosa como peligrosa, se rumorea que lanza un hechizo de confusión. ¿Puedo tomar algunas notas? Hay tanto aquí que podría mejorar mi investigación.

—Por supuesto, me sentiría honrada —dijo Elizabeth, sus ojos iluminándose ante la idea de que el trabajo de su *yiayia* contribuyera a la investigación de Eleni. Se sumergieron más profundamente en el libro, con Eleni tomando notas y Elizabeth compartiendo anécdotas, el tiempo pasando inadvertido en su absorbente conversación.

Cuando Elizabeth miró su reloj, se dio cuenta de cuánto tiempo había pasado. —Eleni, lo siento, pero he perdido la noción del tiempo y tengo un compromiso para almorzar al que debo asistir.

Eleni se puso de pie, con entendimiento en su mirada. —Por supuesto, Elizabeth. Esta mañana ha sido esclarecedora. ¿Quizás podamos continuar en otra ocasión?

—Me encantaría —dijo Elizabeth, acompañando a Eleni hasta la puerta. Después de despedirse, guardó cuidadosamente el libro, reflexionando sobre el intercambio de la mañana.

Se tomó un momento frente al espejo para refrescarse, retocando rápidamente su pintalabios y cepillando su cabello en su lugar. Satisfecha, tras una última revisión, se aseguró de que la puerta de su camarote estuviera bien cerrada antes de dirigirse al salón para su cita para almorzar con el mayor Sinclair.

Elizabeth se acercó al mayor Sinclair, su sonrisa cálida. —Buenas tardes, tío. Es un día tan hermoso, ¿verdad? —comentó, tomando asiento frente a él.

El mayor Sinclair asintió, sus ojos siguiendo al camarero mientras colocaba su almuerzo. —Ciertamente lo es, Elizabeth. ¿Y cómo ha ido tu mañana? —Su mirada volvió a ella justo cuando el camarero colocaba un ligero plato de pescado a la plancha y una ensalada fresca de jardín en la mesa.

Elizabeth relató animadamente su mañana con Eleni, sus palabras cediendo momentáneamente para saborear la deliciosa comida. —Tuvimos una mañana muy agradable discutiendo su trabajo y el libro de mi *yiayia* —compartió, haciendo una pausa para disfrutar de un bocado de su pescado.

A medida que avanzaba la comida, la expresión de Elizabeth se volvió más seria. Después de tomar un sorbo de su té, bajó la voz. —Tío Percival, hay algo preocupante que necesito discutir contigo —comenzó, mirando alrededor para asegurar la privacidad. Luego relató en voz baja los detalles del tenso intercambio que había escuchado entre el capitán Marlowe y el oficial O'Connor.

—¿Crees que el capitán podría estar chantajeándolo? ¿Y qué hay de su mención de amigos italianos? ¿Notaste algo inusual cuando el Andrómeda atracó en Nápoles?

El mayor Sinclair hizo una pausa, frunciendo el ceño mientras consideraba sus palabras. —El chantaje es un asunto grave, Elizabeth. ¿Estás segura de lo que escuchaste? —preguntó, las líneas de preocupación profundizándose alrededor de sus ojos.

Elizabeth lo miró a los ojos, su asentimiento resuelto. —Estoy segura —confirmó con tranquila confianza—. La conversación no dejó lugar a dudas.

La ceja del mayor Sinclair se arqueó, su voz teñida de escepticismo. —¿Podría haberse referido a un préstamo, quizás?

La respuesta de Elizabeth fue inmediata, su cabeza negando decisivamente. —No, el tono era demasiado ominoso para eso. Y su mención de las conexiones italianas del oficial O'Connor... es demasiado específica para ser mera coincidencia.

La preocupación se coló en las facciones del mayor Sinclair mientras reflexionaba sobre sus palabras. —Si es lo que estoy

pensando... ciertamente es motivo de preocupación.

—¿Qué quieres decir, tío? ¿Quiénes crees que podrían ser estos asociados italianos? —preguntó Elizabeth, su voz apenas por encima de un susurro.

El mayor Sinclair lanzó una mirada cautelosa alrededor, inclinándose más cerca. —Sospecho que se refiere a la Camorra. Su participación va más allá del contrabando de alcohol; su imperio criminal es extenso.

La voz de Elizabeth se redujo para igualar la suya, con una nota de alarma en su tono. —¿La Camorra? ¿Te refieres a la mafia?

Él respondió con un asentimiento grave. —Exactamente. Están implicados en todo tipo de contrabando, desde tesoros culturales hasta narcóticos, y posiblemente más.

—¿Qué más podrían estar contrabandeando? —Elizabeth sintió un escalofrío ante la idea.

El mayor Sinclair suspiró, su mirada distante. —La gama es amplia: arte robado, drogas, antigüedades, incluso armas.

La siguiente palabra de Elizabeth fue apenas audible, teñida de miedo. —¿Armas?

El mayor Sinclair la miró a los ojos, los suyos serios y firmes. —Sí. Pero debemos abordar esto con cuidado. Sin pruebas concretas, estas son solo conjeturas. Y las conjeturas, en una situación como esta, pueden ser peligrosas.

Elizabeth reconoció la cautela del mayor Sinclair, pero persistía una sensación inquietante de que había algo más bajo la superficie. Su conversación había abierto una caja de Pandora de posibilidades, cada una más alarmante que la anterior.

Mientras Elizabeth y el mayor Sinclair concluían su discusión, notaron a los Hammond haciéndoles señales desde una mesa al otro lado del salón. —Elizabeth, mayor, ¿os gustaría uniros a nosotros para un juego de bridge? —preguntó Julia.

Agradeciendo la oportunidad de distraerse, Elizabeth asintió con entusiasmo. —Nos encantaría —dijo, dirigiéndose a la mesa con el mayor. Mientras se acomodaban en el juego, Elizabeth encontró su

atención ocasionalmente atraída hacia Violet Demetriou, acompañada por una mujer más joven en una mesa cercana. Había captado levemente el nombre Sarah en el flujo de la conversación anteriormente, que ahora relacionaba con la asistente de Violet. La mirada de Elizabeth se posó en Violet, un destello de empatía cruzando sus facciones mientras contemplaba el inminente matrimonio de la mujer con el capitán, especialmente dado su cuestionable carácter. Sin embargo, al vislumbrar la manera cortante de Violet con la joven asistente, su empatía se transformó en inquietud. Observó su interacción, la manera en que la elegante compostura de Violet contrastaba con sus gestos bruscos, casi despectivos, hacia Sarah. Elizabeth reflexionó sobre la marcada similitud entre Violet y el capitán: bajo sus exteriores bien elaborados yacía una dureza oculta e inflexible.

Julia Hammond se volvió hacia Elizabeth, un brillo travieso en sus ojos. —Parece que estás sumida en la observación, Elizabeth. ¿Quizás estás pendiente de cierto caballero apuesto que se unirá a su madrastra?

Los labios de Elizabeth se curvaron en una sonrisa cómplice. —Es la señora Demetriou quien ha captado mi atención, Julia. La observación revela tanto, ¿no es así? En cuanto al señor Demetriou, es todo un misterio, similar a esta intrigante mano de Bridge que estamos jugando. Tan fascinante como esquivo.

Durante el juego, la atención de Elizabeth ocasionalmente divagaba. Observaba silenciosamente las interacciones matizadas alrededor del salón, contemplando las dinámicas subyacentes y los motivos ocultos entre los pasajeros.

Una vez concluido el juego, Elizabeth y el mayor Sinclair compartieron educadas despedidas con los Hammond. De camino a su camarote, su mente se dirigió a la noche que se avecinaba. La perspectiva de cenar en la mesa del capitán despertó en ella una sensación de anticipación inquieta, dejándola preguntándose qué podría deparar la velada.

En la soledad de su camarote, Elizabeth se sumergió en un baño con aroma a lavanda, dejando que el calor del agua la envolviera. Sus pensamientos divagaban por los eventos del día: el tenso intercambio entre el capitán Marlow y el oficial O'Connor, su agradable encuentro con Eleni Papadopoulos y las inquietantes revelaciones del mayor Sinclair. Al salir y envolverse en un albornoz, Elizabeth se encontró reflexionando sobre el comportamiento imperioso de Violet hacia Sarah, preguntándose qué podría saber Violet sobre el verdadero carácter del capitán.

Vistiéndose para la cena, se deslizó en su vestido de Jean Patou, sintiendo una oleada de anticipación. El vestido, confeccionado en suntuoso terciopelo de seda en un rico zafiro inspirado en el crepúsculo, envolvía su figura. El sofisticado escote barco y el audaz escote en V en la espalda creaban una cautivadora mezcla de sofisticación clásica y atractivo contemporáneo.

En su tocador, Elizabeth aplicó su maquillaje con trazos deliberados. El rímel oscureció sus pestañas, añadiendo dramatismo a su mirada, mientras que la sombra de ojos ahumada acentuaba los destellos dorados en sus ojos color avellana. Un toque de colorete trajo un rubor natural a sus mejillas, y un brillo rosa adornó sus labios, completando el look.

Aseguró su bob negro tinta con un clip art deco enjoyado, sus piedras brillantes contrastando hermosamente con su cabello. Joyería de filigrana plateada, un bolso de cuentas, zapatos plateados con tiras en T y un chal de gasa completaron su conjunto.

Una última mirada en el espejo de cuerpo entero mostró la apariencia serena de Elizabeth, ocultando la agitación de pensamientos de los eventos del día. La discusión que había escuchado y las revelaciones del mayor Sinclair sobre la Camorra habían introducido una corriente subterránea de intriga al pulido exterior del barco. Mientras ajustaba su clip para el cabello, Elizabeth reflexionó sobre la noche que se avecinaba. La cena, aunque una ocasión social, ahora llevaba un aire de sutil complejidad. Se

preguntó, no sin un toque de curiosidad, qué conversaciones y dinámicas podría revelar la reunión.



Capítulo Seis

—¿LISTA, QUERIDA? —LA PRESENCIA del Mayor Sinclair llenó el umbral del camarote de Elizabeth, sus ojos irradiando calidez. Se erguía como la viva imagen de la precisión militar con su traje impecablemente confeccionado, de líneas definidas y exactas. Sus zapatos brillaban con tanto lustre que reflejaban la tenue luz del pasillo. La contempló con una mirada amable y apreciativa—. Elizabeth, estás absolutamente radiante esta noche. Me recuerdas tanto a tu madre —dijo, con la voz impregnada de nostalgia—. Ella tenía esa notable capacidad de iluminar cualquier habitación, tal como lo haces tú.

—Eres demasiado amable, tío. —Sus ojos se nublaron momentáneamente con un recuerdo agridulce—. A menudo desearía haber tenido más tiempo, más recuerdos con ella. —Se permitió un breve momento de reflexión, mientras la sombra de su pérdida cruzaba su rostro.

—¿Vamos a cenar? —el Mayor Sinclair le ofreció su brazo en un gesto de apoyo.

—Por supuesto —asintió, tomando su brazo con una familiaridad natural. Mientras caminaban hacia el comedor, una sensación de silenciosa determinación la envolvió. Presentía que la velada requeriría no solo finura social sino también una dosis de la

reconocida fortaleza de su madre para sortear los desafíos que se avecinaban.

Elizabeth y el Mayor Sinclair entraron en el comedor, inmediatamente absorbidos por el pulso animado de la noche. La sala bullía con la energía de invitados elegantemente vestidos, cuyas conversaciones y risas creaban un ambiente animado y atractivo. Los comensales, ataviados con sus mejores galas, mantenían conversaciones vivaces alrededor de mesas adornadas con reluciente platería y copas de cristal. El aire estaba impregnado con las enérgicas melodías de la banda de jazz, su música mezclándose con el murmullo de las charlas. El Viaje presidía la reunión como un observador silencioso. Arriba, las arañas de luces destellaban, proyectando un suave resplandor dorado que iluminaba los rostros animados de los invitados y hacía brillar sus centellantes joyas.

Elizabeth cruzó la mirada con Julia Hammond desde el otro lado de la sala, intercambiando breves y cálidas sonrisas. Mientras ella y el Mayor Sinclair se dirigían a la mesa del capitán, el Capitán Marlowe se puso de pie, emanando un aire de importancia. —Lady Elizabeth, qué placer tenerla con nosotros. Permítame hacer algunas presentaciones —dijo, gesticulando con grandilocuencia hacia Violet. Vestida con un impresionante vestido de Coco Chanel, cada lentejuela plateada resplandeciendo bajo las arañas de luces, Violet era la personificación del glamour—. Permítame presentarle a Violet Demetriou —dijo el Capitán Marlowe, volviéndose hacia ella con evidente orgullo—. Quizás la reconozca como Violet Deveraux, la mundialmente famosa estrella de cine.

Violet reconoció la presentación con un elegante asentimiento y una sonrisa cuidadosamente elaborada. Sus ojos brillaron con un atisbo de deleite al mencionar su antigua fama, aunque mantuvo una fachada de modestia.

El tono del Capitán Marlowe cambió sutilmente al volverse hacia Spyros. —Y este es el señor Spyros Demetriou, hijo del difunto y estimado Alexandros Demetriou.

Spyros, impecablemente vestido, extendió la mano para estrechar la de Elizabeth. Su apretón se prolongó un poco más de lo debido, sus ojos manteniendo un destello de interés no disimulado. —Ya he tenido el placer —comentó.

La presentación del Capitán Marlowe se dirigió brevemente a Sarah. Su vestido era discreto, de un apagado tono beige que contrastaba con los atuendos más vibrantes de la sala. Su cabello, de un tono castaño ratonil natural, estaba recogido hacia atrás en un estilo simple y poco moderno. Su rostro, fresco y sin maquillaje. —Y Sarah, la asistente de Violet —comentó, mencionándola rápidamente y sin ceremonias.

El Mayor Sinclair recibió una presentación más familiar. —Y por supuesto, el Mayor Sinclair, un rostro familiar para todos nosotros —dijo el capitán con una risa cordial, reconociendo la presencia del Mayor.

Concluidas las presentaciones, el Capitán Marlowe tomó el protagonismo con historias de sus días en la marina mercante. —He navegado los siete mares, cada viaje una historia en sí misma —proclamó, su voz hinchándose de orgullo.

Violet, completamente absorta, se inclinó más cerca del capitán. —Oh, George, tus aventuras son simplemente maravillosas —murmuró con un claro acento transatlántico, una mezcla de refinado americano y tonos británicos típicos de la época dorada de Hollywood. Su mano descansaba ligeramente sobre su brazo, su mirada fija en él con una mezcla de admiración y fascinación. Su risa, con su cadencia única y pulida, y sus exclamaciones de asombro, subrayadas por la distinta elegancia de su discurso, puntuaban sus relatos, haciendo que su fascinación fuera inconfundiblemente clara.

Con la llegada de la sopa de marisco, cuyo rico aroma impregnaba el aire, el capitán continuó con sus cautivadoras historias. Violet, cautivada por sus palabras, prestaba poca atención a su comida. Su cuchara se movía por la cremosa superficie de la sopa con un gesto desganado.

Spyros, mientras tanto, parecía más absorto en su vino que en las historias del capitán o en la sopa. Se sirvió otra copa, sus movimientos suaves pero distantes.

La mirada de Elizabeth se dirigió hacia Giovanna Rossi. Sentada en soledad, Giovanna estaba envuelta en un vestido negro de gasa de Jeanne Lanvin, sus elegantes líneas y su tonalidad sombría reflejando la melancolía en su comportamiento. Estudiaba al Capitán y a Violet atentamente, sus emociones momentáneamente olvidadas mientras se bebía rápidamente su copa y hacía señas para pedir otra.

Spyros captó la atención de Elizabeth mientras se acercaba sutilmente. —Lady Elizabeth, he oído que la Galería Tate está exponiendo la obra de Étienne Laroche. ¿Podría ser usted mi guía en Londres?

Elizabeth, con una sonrisa teñida de un atisbo de diversión, respondió: —Señor Demetriou, un hombre de sus viajes seguramente no necesita una guía.

Su respuesta, suave pero cargada de insinuación, llegó rápidamente: —Quizás se trate más de deseo que de necesidad. — La torpeza de Sarah quebró abruptamente su compostura cuando accidentalmente derramó agua sobre su traje. El barniz de su pulida conducta vaciló brevemente cuando reaccionó con brusquedad—. ¡Ten cuidado! —espetó, sacudiéndose rápidamente los pantalones húmedos.

El Mayor Sinclair cruzó la mirada con Elizabeth desde el otro lado de la mesa, su expresión claramente desaprobando la reacción de Spyros.

Violet intervino, una vez más haciendo de pacificadora ante el temperamento impredecible de su hijastro. Suspiró. —Spyros, por favor, es solo agua. Deja de montar tanto alboroto.

Elizabeth lo miró con expresión ponderada. Parecía que el temperamento del señor Demetriou era tan impredecible como el clima inglés.

El Mayor Sinclair levantó su copa, con la intención de aligerar el ambiente. —Brindemos por la última obra maestra del chef —anunció mientras los camareros presentaban el siguiente plato de pato asado.

—Por supuesto —coincidió el capitán—. Jean-Pierre, nuestro chef, es uno de los mejores de Francia. Solía... —Sus palabras se apagaron, sus ojos repentinamente fijos en un hombre de aspecto distinguido, de pelo canoso y con un parche en el ojo, que levantaba su copa en un brindis conspicuo desde el otro lado de la sala. Este breve pero cargado intercambio captó la atención de Elizabeth, que notó la sutil tensión.

—Trabajaba en el Ritz de Londres antes de que lo atrajéramos a nuestro lado, es lo que George está intentando decir. Sinceramente, querido, te estás volviendo casi tan olvidadizo como yo —bromeó Violet.

A medida que avanzaba la cena, Elizabeth observaba discretamente al Capitán Marlowe, notando su creciente inquietud. Su risa sonaba hueca, y su comportamiento se volvía cada vez más ansioso, su mirada dirigiéndose repetidamente hacia el hombre de pelo canoso.

Los camareros presentaron una mousse bellamente elaborada, que Violet apartó con indiferencia. Elizabeth observó que, a lo largo de los platos anteriores, la comida de Violet había permanecido prácticamente intacta. Se preguntó si la falta de apetito de Violet se debía a una preocupación por su figura o a las tensiones subyacentes de la velada.

La mirada de Elizabeth se desplazó de la mousse intacta a Violet, que ahora estaba absorta en los exóticos relatos del Mayor Sinclair. Inclinándose hacia delante, sus ojos brillaban con intriga. —Mayor, sus experiencias en Egipto suenan fascinantes. Cuénteme más.

Sarah intentó intervenir, pero Violet la cortó bruscamente con un gesto desdeñoso de su mano. —Ahora no, Sarah —dijo Violet con brusquedad, su irritación abriéndose paso momentáneamente a través de su fachada compuesta.

Sin desanimarse, Sarah deslizó una pastilla azul hacia Violet. —Pero señora Demetriou, es bastante...

Violet suspiró, su paciencia menguando. —He dicho que más tarde. Mi té, si eres tan amable. Siento que me está entrando dolor de cabeza.

Spyros intervino. —Violet, quizás deberías escuchar a Sarah. Recuerda el consejo del médico.

La respuesta de Violet fue rápida y cortante, su mirada dirigiéndose hacia Spyros. —¿Ese curandero? No confiaría en él ni para tratar un resfriado común, y mucho menos mi cabeza —replicó con desdén, un movimiento de su mano subrayando su desprecio.

Elizabeth observó cómo Sarah destapaba hábilmente una botella de cristal, su ornamentado diseño brillando bajo las arañas de luces. Vertió una cinta de líquido ámbar en la taza de té de Violet, su contenido arremolinándose en el té con un suave movimiento de una cucharilla de plata. Deslizando la taza hacia Violet, un hilo de vapor se elevó, flotando hacia el cielo, como un fino velo translúcido.

Violet respiró profundamente, sus párpados cerrados en un momento de anticipación. Saboreó el primer sorbo, escapándosele un suave suspiro de satisfacción.

—¿Su pastilla? —le recordó Sarah suavemente, rompiendo el hechizo.

Los ojos de Elizabeth brillaron con interés. —Señora Demetriou, ¿podría ser esto algún remedio especial? —indagó.

Los ojos de Violet se iluminaron con entusiasmo. —¡Absolutamente! Es una mezcla milagrosa de un boticario ateniense que conoce Spyros —compartió.

Elizabeth se inclinó hacia adelante, intrigada. —Qué fascinante. Tengo un gran interés en los remedios herbales y elixires naturales. ¿Puedo probarlo?

Violet asintió, con una amplia sonrisa. —Ciertamente. Era uno de los favoritos de mi difunto marido, e incluso he persuadido a George para que lo use.

Sarah, sosteniendo la botella casi vacía, ofreció una sonrisa de disculpa. —Me temo que está casi vacía.

—Bastará con una pequeña prueba —aseguró Elizabeth.

Mientras Sarah ofrecía la botella, su manga se enganchó en el borde de la mesa, enviando el recipiente de cristal al suelo. Se rompió con un crujido nítido y resonante. —Oh, cielos, mis disculpas, señora Demetriou —exclamó Sarah, su rostro enrojecido por la vergüenza.

Sin previo aviso, un joven desaliñado, con los ojos desorbitados por el miedo y la urgencia, irrumpió por las puertas, sus pasos rápidos resonando por toda la sala.

El Oficial O'Connor, con el rostro fijo en una determinación sombría, apareció persiguiéndole de cerca. El joven, en un intento desesperado por escapar, se escabulló temerariamente entre las mesas, enviando fina porcelana y platería al suelo a su paso.

Elizabeth, con la mano aferrando su tenedor, observaba la escena desarrollarse con incredulidad. A su alrededor, los comensales retrocedían y jadeaban, algunos levantándose de sus asientos alarmados, otros encogiéndose, mientras la persecución zigzagueaba por la sala.

La habitación quedó en silencio, salvo por los jadeos desesperados del joven mientras luchaba contra el implacable agarre de O'Connor. Sus esfuerzos se volvieron cada vez más débiles, el agarre del oficial apretándose como un torno. La atmósfera crepitaba con una tensión palpable, la sofisticación anterior hecha añicos por el drama que se desarrollaba. Todos los ojos estaban fijos en la escena, conteniendo la respiración a la espera de lo que sucedería a continuación.

El Capitán Marlowe se levantó abruptamente, su voz retumbando con incredulidad. —¿Qué significa esto?

—Lo sorprendí en sus aposentos, señor —declaró el Oficial O'Connor, su agarre sobre el joven inquebrantable.

El rostro del Capitán Marlowe se contorsionó, la furia transformándose en agonía en un instante. Sus manos se aferraron

a su garganta mientras tropezaba hacia atrás, su cuerpo desplomándose en el suelo con un golpe resonante que rompió el silencio, el eco de su caída reverberando por toda la sala.

En un destello, el Mayor Sinclair saltó a la acción, su rostro una máscara de desesperación mientras caía de rodillas junto al capitán. La sala se sumió en un silencio atónito, los invitados petrificados, sus corazones palpitando con pavor. Las manos de Sinclair trabajaban frenéticamente, buscando cualquier indicio de vida. Cada segundo parecía una eternidad, el aire espeso con una creciente aprensión. Finalmente, levantó la cabeza, sus hombros hundiéndose bajo el peso de la verdad. —Ha muerto —declaró, su voz un eco sombrío y sin emoción que rompió la quietud, dejando un frío vacío a su paso.

Una ola de incredulidad recorrió a la multitud reunida. Violet, con el rostro desprovisto de color, se derrumbó junto al Capitán Marlowe, sus manos temblorosas intentando en vano reanimarlo. Sus sollozos, crudos y desgarradores, cortaron el murmullo inquieto de la sala.

En medio del torbellino de conmoción, el joven luchaba desesperadamente contra el agarre implacable del Oficial O'Connor. Su feroz forcejeo hizo que su sombrero cayera al suelo, revelando una cascada de rizos castaños enmarcando un rostro sorprendentemente familiar para Elizabeth.

La mano de Elizabeth se alzó instintivamente para cubrirse la boca, sus ojos agrandándose mientras el shock y el reconocimiento chocaban dentro de ella. —¿Meli? —El nombre escapó de sus labios, la incredulidad impregnando cada sílaba. Su mente corría, intentando comprender las implicaciones de la súbita e inesperada aparición de su prima.



Capítulo Siete

EL SILENCIO ENVOLVIÓ AHORA el comedor, desplazando bruscamente el animado bullicio que tan solo momentos antes llenaba el ambiente. Cuatro camareros, con rostros marcados por la solemnidad, se acercaron al cuerpo inmóvil del capitán Marlowe. Se movieron con reverencia deliberada, levantando cuidadosamente al capitán sobre la camilla y cubriéndolo con un paño oscuro. La eficiencia de sus movimientos ocultaba la gravedad de su tarea.

La mano de Violet voló hacia su pecho. —No puedo creer que se haya ido —susurró, con una voz de frágil temblor, atravesando el denso silencio. Sus ojos, abiertos y ausentes, reflejaban la conmoción que parecía ondular entre los invitados reunidos.

Susurros, callados pero penetrantes, cortaron el silencio reinante, cada uno cargado de incredulidad y desasosiego. Un camarero principal redirigió sutilmente la atención de los invitados, gestionando hábilmente la salida del capitán.

Elizabeth rodeó con un brazo reconfortante a su joven prima Meli, siguiendo atentamente con la mirada la solemne marcha de los camareros hacia la enfermería. Una sensación surrealista de desprendimiento se filtró en ella, distanciándola de los murmullos y las especulaciones en voz baja de los pasajeros que se

arremolinaban a su alrededor, llenando el vacío dejado por la abrupta partida del capitán.

El rostro de Giovanna Rossi dejaba entrever una tormenta de emociones, con los ojos llenos de lágrimas mientras observaba pasar a los camareros. En medio del dolor, solo consiguió un trémulo susurro, *Guarda cosa sono diventata.*

En la sala, cargada de dolor e incredulidad, destacaba el hombre canoso con el parche en el ojo. Su expresión era desconcertantemente incongruente entre el mar de rostros afligidos. Por un fugaz momento, una enigmática sonrisa asomó en su rostro.

Cerca, Spyros permanecía rígido, con la mandíbula apretada en silenciosa tensión. Por un brevísimo instante, sus ojos se encontraron con los de Sarah, en un intercambio fugaz y casi imperceptible.

Sarah colocó una mano suave en la espalda de Violet y se inclinó cerca. —Vamos a llevarla a su camarote, señora Demetriou —murmuró con suavidad. Su tacto era tierno, su voz una presencia reconfortante en el tumulto de la noche. Violet, sacando fuerzas del apoyo de Sarah, comenzó a moverse con pasos inestables. Mientras navegaban por la silenciosa sala, las miradas de los invitados circundantes resonaban silenciosamente con los trágicos acontecimientos de la noche.

La voz del oficial O'Connor, severa y cortante, rompió el pesado ambiente. —¿Y qué pasa con ella? —Su dedo apuntaba a Meli, una acusación en cada gesto.

Elizabeth sintió cómo su indignación surgía, una ola caliente que se elevaba en su interior. —¿Disculpe? —replicó.

—Es una ladrona —contestó el oficial O'Connor, con los ojos clavados en Meli, implacables.

Elizabeth se irguió, su instinto protector encendiéndose. —Mi prima no es ninguna ladrona —afirmó, su voz resonando con convicción y un toque de ultraje.

Impasible, el oficial O'Connor continuó—: La encontré en el camarote del capitán. Si no era para robar, ¿entonces para qué? —

Su mirada, inflexible, parecía atravesar a Meli.

El desafío destelló en la postura de Meli, sus ojos encendidos de indignación—: Le aseguro que el robo no era mi intención. Le vi a usted registrando los cajones. —Sus palabras, afiladas y acusatorias, cortaron la sala, provocando susurros entre los invitados.

El oficial O'Connor, momentáneamente descolocado, recuperó la compostura. —Está mintiendo. La vi entrar. Yo solo estaba investigando —afirmó, con voz firme pero con un matiz demasiado defensivo.

Meli, aprovechando el momento, se inclinó hacia delante. —Pero esa no es toda la verdad, ¿verdad? —Su tono, inquisitivo y acusatorio, sugería una historia no contada.

La sala zumbaba con susurros, la curiosidad de los invitados avivada por el drama que se desarrollaba. Cuando la tensión alcanzó su punto máximo, el mayor Sinclair intervino con una presencia tranquila pero autoritaria. —Ya es suficiente por esta noche —anunció. Su autoridad era inconfundible, pero resonó en el aire, dejando tras de sí preguntas sin resolver y sospechas persistentes.

Elizabeth, con un suave toque en el hombro de Meli, la empujó hacia el camarote. —Vamos, te ayudaré a asearte —murmuró.

Meli, con aspecto desaliñado, con mechones de pelo sueltos y la cara manchada de suciedad, asintió en silencio. La camisa demasiado grande y los pantalones holgados, ceñidos a su cintura con una cuerda deshilachada, evidenciaban su dura experiencia.

Mientras Elizabeth caminaba a su lado, su mirada permaneció en Meli, con pensamientos acelerados por preguntas sin respuesta sobre los secretos de su prima. La suave iluminación del pasillo proyectaba largas sombras, reflejando la creciente inquietud en la mente de Elizabeth.

Mientras Meli se bañaba, Elizabeth dispuso que llevaran una comida ligera al camarote. Cuando reapareció, vestida con un camisón blanco del armario de Elizabeth, el cambio en Meli era sorprendente. Sus rizos castaños húmedos enmarcaban su rostro, cayendo en ondas naturales alrededor de sus hombros. Sus ojos

color caramelo brillaban contra los tonos cálidos de su piel olivácea. Su complexión menuda contradecía su resistencia. Elizabeth, deshaciendo rápidamente las ropas sucias con un gesto de disgusto, se volvió para ver a Meli. Su prima estaba devorando ansiosamente la comida, dando grandes bocados. —Debes tener bastante hambre —dijo Elizabeth con una pequeña sonrisa.

Meli hizo una pausa, una leve sonrisa cruzando fugazmente sus labios. —No me había dado cuenta de cuánta hasta ahora —admitió, con palabras teñidas de agotamiento.

Elizabeth, con la mente rebosante de preguntas, decidió esperar las respuestas que buscaba. —Hablemos mañana, después de que hayas descansado —propuso. Observando a Meli meterse en la cama, los pensamientos de Elizabeth daban vueltas confusamente. La repentina presencia de Meli a bordo del *SSAndromeda*, su disfraz y, lo más inquietante, su encuentro en los aposentos del capitán, todo formaba un rompecabezas que Elizabeth aún no podía resolver. Su prima, antes una parte familiar de su vida, ahora se sentaba envuelta en un velo de misterio, dejando a Elizabeth lidiando con preocupación, confusión y una inquietud creciente.

Con Meli ya profundamente dormida, Elizabeth se escabulló del camarote. El pasillo, normalmente lleno de actividad, permanecía inquietantemente silencioso; los acontecimientos de la noche habían proyectado un manto sobre la típica vitalidad del barco. Se dirigió directamente al camarote del mayor Sinclair, buscando su consejo sobre la difícil situación de Meli. Al no encontrar respuesta allí, se encaminó hacia la enfermería.

Elizabeth entró en la enfermería, con su mobiliario austero y escaso y su distintivo aroma antiséptico, un fuerte contraste con la decoración ornamentada del barco. Las lámparas del techo arrojaban una luz clínica y cruda por toda la sala; su atmósfera tranquila se acentuaba con filas ordenadas de camas desocupadas, cada una con sábanas limpias e inmaculadas.

En la sala privada trasera de la enfermería, encontró al mayor Sinclair de pie junto al cuerpo del capitán Marlowe. El capitán,

cubierto con una sábana blanca que dejaba al descubierto sus hombros y brazos, yacía inmóvil. El mayor Sinclair, normalmente imperturbable, parecía visiblemente preocupado mientras estudiaba al capitán.

—¿Está todo bien, tío? —preguntó Elizabeth, acercándose al mayor Sinclair.

Él hizo una pausa, con expresión grave. —Al principio pensé que era un ataque al corazón —confió en voz baja el mayor Sinclair. Luego, señalando al capitán, añadió—: Pero mira aquí, el tono azulado de su piel, sus labios y este inusual anillo amarillo alrededor de sus iris.

Inclinándose, Elizabeth notó los signos sutiles pero significativos. La voz de Sinclair llevaba una pesada implicación. —Estos no son síntomas típicos de un ataque al corazón. Estos síntomas... indican envenenamiento.



Capítulo Ocho

ELIZABETH ESTABA JUNTO A la cama de Meli, con la mente acelerada. La respiración tranquila de Meli contrastaba con el alboroto de la noche anterior: el disfraz, las acusaciones, los misterios sin resolver. *¿Por qué?*, se preguntó Elizabeth en un susurro, sintiendo el peso de las preguntas sin respuesta.

La sombra de la muerte del Capitán Marlowe, ahora envuelta en sospechas de envenenamiento en lugar de un simple ataque al corazón, se cernía amenazadoramente. Elizabeth no podía deshacerse de esa sensación que flotaba pesadamente en el aire.

La mente de Elizabeth se desvió entonces hacia su tío y su tía, sin duda preocupados por el paradero de su única hija. Enviaría un mensaje esa misma mañana para tranquilizarlos.

Por ahora, Meli yacía en un sueño pacífico, su respiración era un ritmo silencioso en la quietud. Pero Elizabeth sabía que esta paz era fugaz. El camarote parecía encogerse con el peso de lo que les esperaba: preguntas que exigían respuestas.

Dejando a Meli descansar, seleccionó de su armario un ligero vestido de lino color gris paloma, con la falda plisada cayendo justo por debajo de las rodillas. Añadió un collar de perlas y terminó con una pasada de pintalabios rosa. Después de cepillarse el cabello, ya estaba lista para desayunar con el Mayor Sinclair.

Elizabeth salió de su camarote a los pasillos desiertos, ahora envueltos en un silencio inusual. Se movió por los corredores, las paredes de madera pulida reflejando la suave luz, la mullida alfombra amortiguando sus pasos. El murmullo rítmico del mar en el exterior proporcionaba una banda sonora relajante, pero inquietante, a sus pensamientos.

En un rincón tranquilo del salón, Elizabeth se enfrentó al Mayor Sinclair, con una tensión palpable entre ellos. La mesa, dispuesta con fina porcelana y una variedad de delicias para el desayuno como croissants calientes, pan tostado y surtidos de mermeladas, permanecía en gran parte ignorada. El Mayor Sinclair, con una mirada que reflejaba una profunda inquietud, fijó los ojos en Elizabeth. —Después del desayuno, hablaré con el Oficial O'Connor sobre la muerte de Marlowe. Hay un aspecto inquietante en su fallecimiento que no puedo ignorar. Tengo intención de sugerir una autopsia —dijo con voz firme.

—¿Prevés alguna complicación, tío? —preguntó Elizabeth, con un ligero ceño fruncido en su frente.

—Es el protocolo habitual, pero dado que el Oficial O'Connor es ahora el oficial superior en funciones, necesitaré su aprobación. Y si Marlowe fue efectivamente envenenado, como sospechamos, entonces el asunto se vuelve mucho más grave —su mirada, firme e intensa, transmitía claramente el peso de su situación.

La mano de Elizabeth tembló ligeramente al dejar su taza. —Y si es como sospechamos, eso significa que el SS Andrómeda alberga a un asesino.

El Mayor Sinclair asintió gravemente. —En efecto. Así que debemos estar todos en guardia. ¿Has hablado ya con Meli?

Elizabeth negó con la cabeza, sus dedos trazando distraídamente el borde de su taza. —No, estaba completamente agotada anoche. Y francamente, me aterra lo que pueda revelar.

—Elizabeth, su comportamiento podría contener claves para este rompecabezas.

—Lo sé, pero todo esto es tan inquietante —susurró, apartando el croissant, con el apetito perdido entre los crecientes temores.

La conversación entre Elizabeth y el Mayor Sinclair se detuvo cuando los Hammond se acercaron a su mesa. —¿Podemos acompañaros? —preguntó Julia Hammond, dejándose caer en su silla con un ademán que pareció agitar el aire—. Qué mañana tan lúgubre, ¿verdad? —declaró, su voz llevando un tono dramático que resonaba con el sombrío ambiente del salón—. Todo el mundo habla sobre el Capitán Marlowe y lo que ocurrió anoche.

David Hammond, de pie justo detrás de su esposa, asintió en señal de acuerdo. —De hecho, es la comidilla del barco. Toda una conmoción.

Elizabeth arqueó una ceja, sutilmente alentando más debate. —¿Qué has oído, Julia? —preguntó, con su curiosidad apenas disimulada.

Julia se inclinó, con los ojos iluminados por la emoción del cotilleo. —Oh, abundan las teorías. Pero entre nosotros —bajó la voz —, algunos dicen que la muerte del capitán no fue un accidente — sus palabras quedaron suspendidas en el aire, cargadas de implicaciones mientras Giovanna Rossi entraba. Vestida con un vestido de día de tonos sombríos, grandes gafas de sol ocultando sus ojos, irradiaba angustia. Julia, sin perder el ritmo, susurró—: Giovanna dijo algo anoche, algo bastante inquietante. Mi italiano no es perfecto, pero sonaba como mira lo que me has hecho hacer. Bastante ominoso, ¿no crees?

El grupo cayó en un silencio contemplativo, asimilando la gravedad de sus palabras. Tras un momento de pausa, la curiosidad no tan sutil de Julia rompió el silencio. —Oh, Elizabeth —comenzó, sus ojos observando atentamente la expresión de Elizabeth—, quería preguntarte, ¿cómo está tu pariente esta mañana?

La mano de Elizabeth se tensó momentáneamente alrededor de su taza de té, levantando su guardia interior contra la naturaleza entrometida de Julia. Su sonrisa, aunque agradable, estaba controlada, las comisuras de su boca elevándose lo justo para ser

educada. —Está bastante agotada, me temo —respondió, con su voz cuidadosamente medida para no revelar nada de sus verdaderas preocupaciones.

—Un asunto tan terrible —la pregunta de Julia fue como una chispa, reavivando su curiosidad.

—Sí, ciertamente —convino Elizabeth, con un asentimiento mínimo.

—Meli es un nombre tan bonito. Es griego, ¿verdad?

Con un movimiento rápido, Elizabeth dejó su taza, el tintineo de la porcelana marcando sutilmente el final. —Sí, es correcto. Significa miel —afirmó, con tono cálido pero su sonrisa ahora era apenas un atisbo de cortesía. Al ponerse de pie, su postura transmitía un final silencioso pero firme a la conversación.

El Mayor Sinclair se levantó, las líneas de su rostro marcadas por una seriedad que reflejaba el peso de la tarea que tenía entre manos. —Si me disculpáis, yo también debo pediros permiso para retirarme —anunció, con voz baja—. Un asunto urgente con el Oficial O'Connor requiere mi atención —hizo una pausa, con cierta firmeza en sus ojos—. Sin duda, nos reuniremos más tarde.

Al marcharse, Elizabeth habló con un camarero para organizar una bandeja de desayuno para Meli. Sus pasos de regreso al camarote eran pausados. Su mente giraba en un torbellino de preocupaciones por su prima: el enigma de su presencia a bordo, su descubrimiento en los aposentos del capitán y los secretos que podría estar ocultando.

Al volver a entrar en el camarote, el corazón de Elizabeth se aceleró al ver la cama vacía. —¿Meli? —su voz, aguda por la urgencia, atravesó el silencio. Sus ojos recorrieron la habitación, buscando a su prima—. ¿Meli?

—Aquí —respondió Meli con naturalidad desde el baño, su tono ligero, contrastando con la tensión. Salió con una sonrisa irónica jugando en las comisuras de su boca, su postura relajada en marcado contraste con la preocupación de Elizabeth.

Elizabeth exhaló, aflojando el nudo de preocupación en su pecho. —¡Ahí estás! Temía –

Meli levantó una ceja, su sonrisa ampliándose. —¿Que me había esfumado en el aire? —su voz tenía un tono burlón, resonando en la quietud matinal del camarote.

Elizabeth logró una pequeña risa, los restos de su preocupación aún evidentes en sus ojos. —Pensé que quizás... No importa —miró hacia la puerta—. He organizado el desayuno. ¿Por qué no buscas algo que ponerte de mi armario antes de que llegue?

Los ojos de Meli brillaron de emoción mientras se dirigía hacia el armario. Rebuscó entre los vestidos, su mano deteniéndose en un vestido de día que susurraba de juvenil entusiasmo. El vestido, de un cautivador azul cielo, era un tono más claro que la selección típica de Elizabeth, resaltando la calidez de la tez mediterránea de Meli. Adornado con delicadas flores blancas y juguetonas mangas ondulantes, la falda caía elegantemente justo por debajo de sus rodillas. Un delgado cinturón blanco ceñía la cintura, realzando su esbelta figura.

El vestido reflejaba bellamente el espíritu de Meli: vibrante, juguetón, con un toque de picardía. Era un encantador contraste con la elegancia más refinada de Elizabeth.

En el momento en que el camarero colocó la bandeja del desayuno, Meli se lanzó sobre su comida con un entusiasmo que trajo tanto una sonrisa como un ceño de preocupación al rostro de Elizabeth. Devoró cada bocado como si fuera su primero en días.

Allí estaba sentada Meli, joven y despreocupada, aparentemente intacta por la tormenta que se avecinaba en su situación. Sin embargo, la mente de Elizabeth bullía con preguntas que necesitaban respuestas.

Dejando su taza de té a un lado, Elizabeth se inclinó hacia adelante, con la mirada intensa sobre Meli. —Meli, ¿cómo llegaste a estar en este barco? —preguntó, su voz cargada de preocupación.

Los ojos de Meli se encontraron con los suyos, desafiantes. —Estaba desesperada por ver Londres —admitió, su tono rebelde—.

Mamá nunca habría estado de acuerdo. Ya sabes cómo es. Así que, me las apañé por mi cuenta.

El corazón de Elizabeth dio un vuelco, el miedo y la exasperación arremolinándose dentro de ella. —Dios mío, Meli. No te habrás colado como polizón, ¿verdad? —sus ojos se agrandaron con incredulidad, el peso de las acciones de Meli hundiéndose en ella. Juntó las manos con fuerza en su regazo, el pensamiento de Meli, tan joven y atrevida, emprendiendo una aventura tan peligrosa, enviando oleadas de preocupación a través de ella.

La mirada de Meli cayó, sus dedos retorciendo nerviosamente el dobladillo de su vestido. —Tenía que hacerlo —murmuró—. Quería viajar, ver cosas nuevas, justo como tú lo haces.

Elizabeth se inclinó hacia delante, su expresión mezclando preocupación y frustración. —Meli, ¿dónde has estado escondida en este barco? ¿Y quién te ha ayudado?

Meli se encogió de hombros, su despreocupación desmintiendo la gravedad de sus acciones. —No sé su nombre... Lo conocí en una cafetería —respondió, su tono casi despectivo.

Los ojos de Elizabeth se estrecharon, sus instintos protectores aflorando. —Has estado escondida a bordo de este barco, con tu paradero desconocido para todos nosotros, confiando en alguien que apenas conoces. Meli, ¿te das cuenta de los riesgos que has tomado?

La expresión de Meli se suavizó, un indicio de ingenuidad asomando a través de su valiente fachada. —Estaba tan desesperada por escapar que no consideré los riesgos —admitió. El rostro de Meli se suavizó, un destello de ingenuidad juvenil asomándose a través de su valiente fachada—. No lo pensé de esa manera —confesó, su voz bajando casi a un susurro.

Elizabeth inhaló profundamente, su mente un torbellino de preocupación. —¿Dónde dormías?

—En tercera clase —respondió Meli—. Dimitri me encontró un lugar.

—¿Dimitri? —repitió Elizabeth, un destello de preocupación cruzando sus rasgos. El nombre desconocido despertó una nueva ola de aprensión dentro de ella. La respuesta casual de Meli hizo poco por aliviar la creciente ansiedad de Elizabeth.

—Es quien me cuidó —dijo Meli con despreocupación.

Elizabeth exhaló lentamente, su mente corriendo con pensamientos sobre los muchos peligros que Meli podría haber encontrado en los rincones sombríos del barco. Dimitri, una figura misteriosa que había ayudado a Meli, ahora se alzaba como una variable desconocida en el intrincado rompecabezas a bordo del Andrómeda.

La mirada de Elizabeth, firme e inquisitiva, se posó en Meli. —Dime, Meli, ¿qué estabas haciendo en los aposentos del capitán?

Meli se movió incómoda, sus ojos desviándose brevemente de la mirada firme de Elizabeth. Reuniendo un fugaz atisbo de valor, miró a los ojos a su prima. —Perdí mi collar —confesó, su voz teñida con un temblor—. Me moría de hambre, y alguien en tercera clase mencionó que podría encontrar comida de sobra en el almacén. Pero entonces el capitán me encontró, y en nuestro forcejeo, mi collar —el que solía llevar la *Yiayia*—, se rompió y se cayó —sus palabras, bordeadas con un toque de desesperación, pintaban una vívida imagen del caótico encuentro.

El rostro de Elizabeth se suavizó. —¿Así que volviste a recuperarlo?

Meli asintió. —Pero entonces entró alguien —su voz vaciló ligeramente—, y fue cuando noté al Oficial O'Connor rebuscando en los cajones de los aposentos del capitán. Intenté irme, pero me vio —bajó la mirada, evitando la de Elizabeth.

Los dedos de Elizabeth se apretaron alrededor del brazo de Meli en un suave y reconfortante apretón, transmitiendo su preocupación sin palabras. —De verdad, Meli, ¿en qué estabas pensando para tomar tales riesgos? —sus ojos buscaron en el rostro de Meli una respuesta, su preocupación evidente.

Meli, captando la preocupación en los ojos de Elizabeth, se mordió el labio inferior en un momento de duda. —No lo sé —admitió finalmente, su mirada cayendo a su regazo—. Solo quería encontrar mi collar.

Elizabeth dejó escapar un suspiro, más una liberación de miedos acumulados que un simple aliento. Sus pensamientos, arremolinándose con los peligros invisibles que Meli podría haber encontrado en los recovecos ocultos del barco con el misterioso Dimitri. Casi podía oír los crujidos y gemidos del barco, como si hicieran eco de su turbación interior.

La reciente elevación del Oficial O'Connor a capitán en funciones, tras la prematura muerte del Capitán Marlowe, solo aumentaba la precariedad de la situación de Meli.

La mirada de Elizabeth se posó en Meli. —Meli, debes escuchar —imploró—. Colarse como polizón no es asunto menor. Con el capitán desaparecido y el Oficial O'Connor al timón, es crucial que te confines al camarote, dado tu reciente encuentro.

Meli se volvió a Elizabeth, la incertidumbre nublando sus ojos. —¿Qué va a pasar cuando lleguemos a Inglaterra? ¿Qué pasará conmigo?

En respuesta, la voz de Elizabeth, firme y compuesta, rompió la tensión. —Ya he informado a tus padres de tu paradero. Una vez en Londres, discutiremos los asuntos con tu padre.

Meli se retorció las manos. —Va a estar furioso. Querrá que me envíen directamente a casa. Y tú, probablemente estás deseando librarte de mí después de los problemas que he causado.

Elizabeth abrió la boca para responder cuando un fuerte golpe la interrumpió. Se levantó, cruzando la habitación para encontrar al Mayor Sinclair de pie allí. Su mirada cayó sobre Meli mientras hablaba. —Meli —comenzó, con voz cálida—. Confío en que te sientas mejor después de tu calvario.

Meli bajó la mirada. —Sí, gracias, Mayor Sinclair.

Él ofreció a Meli una cálida, ligeramente pesarosa sonrisa. —Debo admitir que fue toda una sorpresa encontrarte aquí, en tan

inesperadas circunstancias.

Las mejillas de Meli se tiñeron de rubor, sus ojos elevándose para encontrarse con los suyos. —Mayor, de verdad lamento todos los problemas que he causado.

La cabeza del Mayor Sinclair se inclinó en un gentil asentimiento, su expresión suavizándose. —Todo está bien, querida —su mirada entonces cambió, posándose en Elizabeth con una gravedad que desmentía su calidez anterior. Inclinó ligeramente la cabeza hacia la puerta—. ¿Elizabeth, una palabra?

Saliendo al pasillo, el Mayor Sinclair se acercó. —He hablado con el Oficial O'Connor respecto al capitán —murmuró, su voz baja, asegurándose de que su conversación permaneciera privada—. Está firmemente en contra de una autopsia, alegando falta de pruebas para cualquier investigación adicional.

Los ojos de Elizabeth se estrecharon. —¿Le informaste de tus sospechas?

—En efecto lo hice, pero sin su permiso, me temo que tengo las manos atadas... oficialmente.

—¿Cuál crees que debería ser nuestro siguiente curso de acción? —preguntó, su tono firme a pesar del torbellino de pensamientos arremolinándose en su interior.

El suspiro del Mayor Sinclair fue apenas audible, su frustración evidente en el breve tensamiento de su mandíbula. —Bueno, todavía necesito reunir información para el forense.

—Supongo que podríamos usar esto como excusa para llevar a cabo nuestras propias investigaciones.

Las manos del Mayor Sinclair se cerraron brevemente, sus ojos escaneando el pasillo antes de volver a Elizabeth, una sombra de preocupación cruzando por su rostro. —Elizabeth, me has leído la mente —dijo con un destello conspiratorio en su mirada—. La resistencia del Oficial O'Connor levanta sospechas, sin embargo. Quizás está ocultando algo.

—Estoy de acuerdo, tío. Es de lo más peculiar —respondió Elizabeth, sus ojos entornándose ligeramente mientras consideraba

las implicaciones de sus palabras.

El Mayor Sinclair miró su reloj. —Debo atender algo en la enfermería, pero ¿nos reunimos en una hora en cubierta? Y Elizabeth, recuerda que debemos actuar con cautela en nuestras indagaciones. La discreción es clave.

Elizabeth asintió, su postura enderezándose mientras asimilaba sus palabras. —Entendido, tío.

Mientras el Mayor Sinclair se daba la vuelta para marcharse, Elizabeth observó su figura alejándose, su mente ya tejiendo a través del laberinto de intriga en el que estaban entrando. Una mezcla de determinación y una pizca de aprensión se instaló en ella. El juego, de hecho, estaba en marcha, e iba a necesitar una cuidadosa combinación de tacto y fortaleza para llevarlo a cabo.



Capítulo Nueve

AL SALIR A LA cubierta, Elizabeth sintió el aire fresco, un recordatorio caprichoso del rumbo siempre cambiante de su viaje. Observó el sol luchando contra las nubes, su calor jugando al escondite en su piel. La cubierta, un caleidoscopio de elecciones de los pasajeros, iba desde los optimistas con poca ropa hasta aquellos cómodamente envueltos en lana. Los pasajeros, abrigados con abrigos y sombreros, se agrupaban en rincones protegidos o se sentaban en parejas en los bancos, sus conversaciones silenciosas e intercaladas con humeantes tazas de té o café. Pasó por las tumbonas, ahora mayormente abandonadas, cuyo vacío evocaba días más soleados, y se dirigió hacia el rincón que ella y el Mayor Sinclair habían elegido —un refugio de los caprichos del tiempo y de las miradas inquisitivas de los demás pasajeros.

Elizabeth se acercó al Mayor Sinclair, sentado en una pequeña mesa donde una tetera humeante y tazas estaban perfectamente dispuestas. Él estaba sirviendo el té cuando ella se unió, el calor de la taza un consuelo bienvenido en sus manos. El Mayor Sinclair miró a Elizabeth mientras se acomodaba con su té.

—¿Cómo está Meli? ¿Sigue en tu camarote?

—Sí, le he aconsejado que se quede allí por ahora, hasta que las cosas se calmen —respondió Elizabeth, envolviendo sus manos

alrededor de la taza caliente.

—¿Le han informado sobre nuestras sospechas respecto a la muerte del capitán?

Elizabeth negó con la cabeza.

—No, creo que es mejor que permanezca al margen. Desconoce la verdadera naturaleza de nuestras preocupaciones.

—Muy acertado —asintió él—. Es lo mejor.

Elizabeth bajó la voz, con una sombra de preocupación cruzando sus facciones.

—Hablé con ella sobre cómo llegó a bordo del *SS Andromeda*. Su imprudencia ingenua es preocupante, tío. Parece ajena a los peligros que tal impulsividad puede acarrear.

La expresión del Mayor Sinclair se suavizó momentáneamente, reconociendo la preocupación de Elizabeth.

—En efecto, su falta de conciencia es inquietante, especialmente en estos tiempos inciertos —dijo pensativo—. Debemos vigilarla más de cerca.

Se inclinó ligeramente hacia delante, enfatizando la seriedad de sus palabras.

—En cuanto a la muerte del capitán, simplemente no podemos dejarla sin explicación —dijo, su voz cargada con el peso de la responsabilidad—. Y con la aparente reticencia del Oficial O'Connor, la situación se vuelve aún más complicada.

Elizabeth golpeó suavemente con los dedos el lateral de su taza caliente, reflexionando sobre las palabras del Mayor Sinclair. Levantó la mirada, con una mirada firme.

—Tienes razón, tío. No podemos dejar de lado la muerte del capitán. Con la reticencia del Oficial O'Connor, parece que debemos tomar el asunto en nuestras manos.

—Efectivamente —afirmó él, con un tono impregnado de urgencia —. Pero debemos actuar con cautela, Elizabeth. El Oficial O'Connor debe permanecer ajeno a nuestras sospechas, y debemos evitar alertar al posible culpable.

Elizabeth sacó su cuaderno y pluma de su bolso mientras ella y el Mayor Sinclair comenzaban a esbozar a sus sospechosos.

—Anoche, tío, oí a Giovanna Rossi en una acalorada discusión con el capitán —susurró Elizabeth, sus palabras casi perdiéndose en la brisa marina—. No pude entender los detalles, pero su angustia era evidente.

El Mayor Sinclair se reclinó en su silla, con los dedos entrelazados bajo el mentón. Su ceño se fruncía mientras asimilaba la información, su mirada distante pero concentrada. Las comisuras de su boca se tensaron de manera casi imperceptible, un sutil signo de que su mente trabajaba mientras metódicamente juntaba las piezas del rompecabezas que tenía ante sí.

—Recuerda el relato de Julia Hammond sobre el arrebato de la señorita Rossi: *mira lo que me has obligado a hacer*. Podría haber sido una confesión inadvertida, quizás. Sin embargo, no debemos precipitarnos en nuestras conclusiones.

—Por otro lado, no olvidemos su reacción ante el anuncio del compromiso: arrojar una bebida a la cara del capitán —le recordó Elizabeth, mientras su pluma garabateaba notas. En la parte superior de la lista, escribió Giovanna Rossi - Incidente de la bebida en el anuncio de compromiso, seguido por Intercambio acalorado con el capitán y ¿Confesión?.

—¿Qué hay de la señora Demetriou? —Elizabeth reflexionó sobre el reciente compromiso de Violet con el capitán, su tono reflexivo—. Si descubrió algo desagradable sobre el capitán y la señorita Rossi, ¿quizás los celos podrían ser un motivo?

El Mayor Sinclair asintió, contemplando los matices de las emociones humanas a bordo del barco.

—Los celos ciertamente podrían empujar a alguien a medidas drásticas. Necesitamos considerar si la señora Demetriou tenía alguna razón para sentirse amenazada por la conexión de la señorita Rossi con el capitán.

Debajo del nombre de Giovanna, escribió Violet Demetriou - Celos.

—Hubo esa feroz discusión que escuché entre el Oficial O'Connor y el capitán.

—Ciertamente —arqueó una ceja el Mayor Sinclair—. La posibilidad de chantaje proporciona al Oficial O'Connor un motivo potente para eliminar al capitán. Esto también arroja una luz sospechosa sobre su objeción a la autopsia.

El acuerdo de Elizabeth fue claro, sus pensamientos alineándose perfectamente.

—Precisamente. Su firme negativa a permitir una autopsia parece cada vez más sospechosa. ¿Está ocultando algo?

La conducta del Mayor Sinclair se volvió más solemne.

—Es bastante posible.

Su lista creció mientras Elizabeth añadía otro nombre - Oficial O'Connor - Chantaje.

Los ojos de Elizabeth se iluminaron con un súbito recuerdo.

—Había un hombre de pelo canoso con un parche en el ojo en la cena de anoche. El capitán parecía bastante inquieto después de verlo.

—¿Un parche en el ojo? Podría ser el señor Henry Wallace —respondió él, con un indicio de reconocimiento en su voz.

—¿El señor Wallace? —Elizabeth inclinó ligeramente la cabeza, entrecerrando los ojos—. ¿Le conoces?

—Apenas —asintió levemente, confirmando su respuesta—. Hemos jugado al bridge juntos con los Hammond. Wallace y su esposa son conocidos suyos.

Añadiendo otro nombre a la lista, escribió - Henry Wallace - ¿?

La voz de Elizabeth tembló ligeramente con incertidumbre.

—¿Podría estar involucrado Spyros Demetriou?

El Mayor Sinclair se frotó la barbilla, con los ojos pensativos.

—El señor Demetriou... Es difícil ver qué ganaría con el fallecimiento prematuro del capitán —hizo una pausa, pensativo—. ¿Podría haber un ángulo financiero?

—Quizás —reflexionó Elizabeth—, pero ¿no está la fortuna de los Demetriou estrictamente controlada por fideicomisarios? Parece poco

probable que el capitán pudiera acceder a ella.

El Mayor Sinclair asintió lentamente.

—Cierto, pero hay algo en ese joven que no encaja. Hay algo... inquietante en él.

Elizabeth estuvo de acuerdo, su intuición activándose.

—Así es. A pesar de la improbabilidad de un motivo financiero, hay algo desconcertante en él.

—Incluyamos al señor Demetriou como sospechoso potencial. Aunque solo sea una corazonada, no podemos pasar por alto ninguna posibilidad en este complejo rompecabezas.

Añadió su nombre a la lista - Spyros Demetriou - ¿Financiero?.

Repasando la lista, Elizabeth se centró en el nombre de Giovanna Rossi.

—¿Deberíamos empezar con la señorita Rossi? Sus palabras en el momento de la muerte del capitán fueron bastante reveladoras.

El Mayor Sinclair asintió.

—Ciertamente, *mira lo que me has obligado a hacer* es demasiado incriminatorio para ignorarlo en estas circunstancias.

La mirada de Elizabeth se desvió por un momento, perdida en sus pensamientos.

—Pero tío, ¿cómo justificamos nuestro interrogatorio?

La respuesta del Mayor Sinclair fue inmediata y segura.

—Simplemente estamos recogiendo declaraciones para el forense. Es un procedimiento estándar en estos casos y nos da una razón sólida para nuestras indagaciones.

Abandonando su mesa, Elizabeth y el Mayor Sinclair se movieron por la cubierta, con pasos pausados. Los ojos de Elizabeth divisaron a Giovanna Rossi, una figura solitaria contra la inmensidad del océano.

—Tío, ahí está la señorita Rossi —susurró.

Acercándose a Giovanna, el Mayor Sinclair anunció sutilmente su presencia aclarándose la garganta.

—Señorita Rossi —comenzó con una cortés inclinación de cabeza —, estamos recopilando información para ayudar con la

investigación del forense sobre la muerte del capitán. ¿Podríamos hablar del asunto?

Giovanna les hizo frente, con un breve indicio de malestar ensombreciendo sus facciones.

—Mi inglés, es... *come si dice*? —vaciló, buscando las palabras—. No bueno, *si*?

El Mayor Sinclair ofreció una sonrisa suave y alentadora.

—No se preocupe —respondió, con un tono cálido y comprensivo —. Mantendremos las preguntas simples.

La mirada de Giovanna cambió, un indicio de vacilación parpadeando en sus ojos. Por un momento, pareció sopesar sus palabras, sus labios entreabriéndose ligeramente como si fuera a hablar. Después, con un asentimiento apenas perceptible, las comisuras de su boca se curvaron en una sonrisa reticente. Era una sonrisa que no llegaba a sus ojos, traicionando su resignación.

—¿Qué tan bien conocía al capitán? —articuló lenta y claramente.

Su respuesta, teñida con un matiz cauteloso, llegó entrecortadamente.

—*Io*... yo no conocía *il capitano* bien —admitió, su voz un mosaico de inglés e italiano vacilante.

—¿Y le conocía desde hace mucho tiempo? —inquirió Elizabeth, con una dicción clara y deliberada.

—Un poco tiempo —respondió Giovanna, desviando la mirada, una sutil contradicción a su implicación anterior de una relación distante.

—Debo preguntar, aunque pueda ser indiscreto —continuó Elizabeth—, ¿usted y el capitán mantenían una relación romántica?

Giovanna desvió la mirada, un destello de actitud defensiva en su postura.

—Yo... *Io non capisco* —esquivó, su evasión un tanto demasiado orquestada—. *Per favore*, el aire de mar, debo... descansar mi voz, *si*?

—¿Quizás podríamos hablar dentro? —sugirió Elizabeth.

Giovanna dudó, su mirada desviándose brevemente antes de volver.

—Otra vez... quizás —se excusó rápidamente, su pronta partida delatando cierta urgencia.

Elizabeth la observó marcharse, luego se volvió hacia el Mayor Sinclair, encontrándose sus ojos en un momento de entendimiento tácito.

—Durante su confrontación con el capitán, su dominio del inglés parecía bastante adecuado.

El Mayor Sinclair, con la mirada siguiendo la partida de Giovanna, asintió lentamente, su expresión contemplativa.

—En efecto, Elizabeth. Sin embargo, meras observaciones no bastarán para desafiar eficazmente las afirmaciones de Giovanna. Deberíamos observar discretamente sus interacciones con otros en el barco, recabando pruebas más concretas.

—Mayor... Gracias a Dios —Sarah apareció casi de la nada, su respiración entrecortada y agitada como si hubiera estado corriendo. Se detuvo bruscamente frente a ellos, su pecho agitándose con el esfuerzo—. Mayor, es la señora Demetriou, está postrada en cama en un estado lamentable —anunció atropelladamente.

El Mayor Sinclair se giró hacia ella, su expresión cambiando instantáneamente a una de preocupación profesional.

—¿Qué ocurre, Sarah? ¿Está enferma la señora Demetriou?

—No, señor —logró decir entre jadeos, recuperando el aliento—. No creo que sea una enfermedad. Simplemente está... muy angustiada por el capitán.

—Debería ir contigo —dijo Elizabeth—. Quizás pueda ofrecer algún consuelo a la señora Demetriou.

Él respondió con un rápido y decidido asentimiento. Girando sobre sus talones, se dirigió hacia la enfermería, con paso rápido y determinado.

—Haremos una breve parada para recoger mi maletín médico —dijo por encima del hombro.

Al entrar en los aposentos de Violet Demetriou, se encontraron envueltos en un aura dramáticamente opuesta a la habitual vitalidad del barco. Las sombras, proyectadas por cortinas fuertemente cerradas, envolvían la habitación en tonos sombríos, convirtiendo el espacio en un santuario de luto. En la esquina, un gramófono giraba suavemente, su aguja trazando los surcos de "What'll I Do" de Irving Berlin, impregnando el aire de un estado de ánimo melancólico.

Violet, ataviada con un impactante conjunto negro, yacía tendida en su chaise longue, la viva imagen del dolor. En un momento, su cuerpo se estremecía con sollozos crudos y desgarrados; al siguiente, adoptaba una pose de desesperación teatral, como si fuera consciente de una audiencia invisible. Sus manos, ora agarrando un pañuelo, ora revoloteando hacia su rostro, coreografiaban un poético ballet de tristeza. Cada cambio en su postura, cada aleteo de sus pestañas, parecía eco de la inquietante melodía, pintando una imagen de dolor que era tanto intensamente personal como curiosamente performativa.

El Mayor Sinclair se acercó, sus pasos medidos, el suave clic de sus zapatos contra el suelo de madera puntuando la melancólica melodía. Se aclaró la garganta, no para hablar sino para anunciar su presencia.

—Señora Demetriou, ¿puede decirme qué es lo que más le preocupa en este momento?

Violet, con los ojos brillantes en la tenue luz, agarraba un pañuelo entre sus manos temblorosas.

—Oh, Mayor —susurró, su voz temblando como una frágil hoja al viento—, el shock... el dolor... es como si me estuviera ahogando en un mar de desesperación —mientras hablaba, miró hacia Sarah, que se encontraba cerca—. Sarah, más té, por favor.

Elizabeth, de pie un paso detrás del Mayor Sinclair, notó la taza humeante ya sobre la mesa junto a Violet. Sarah dudó un instante, sus ojos vacilando entre la taza llena y Elizabeth antes de moverse para cumplir.

El Mayor Sinclair, con una mirada medida sobre Violet, se inclinó ligeramente, sugiriendo más que afirmando:

—Entiendo que este es un momento difícil, señora Demetriou, pero quizás un sedante podría aliviar su angustia. Podría ayudarla a descansar y recuperar fuerzas.

La respuesta de Violet fue mínima, un leve asentimiento, su mirada perdida en algún lugar más allá de los confines del camarote.

Con facilidad experimentada, el Mayor Sinclair administró el sedante, sus movimientos precisos y suaves. Luego se volvió hacia Sarah, su voz firme:

—Por favor, notifícame inmediatamente si hay algún cambio en la condición de la señora Demetriou.

La afirmación de Sarah fue rápida.

—Por supuesto, Mayor.

Mientras Elizabeth y el Mayor Sinclair recorrían los pasillos del *Andromeda*, los pasos de Elizabeth se ralentizaron, cada pisada un suave eco contra las paredes envueltas en secretos no pronunciados. Su mirada se alejó, perdida en pensamientos.

—Pobre señora Demetriou —murmuró, casi para sí misma.

En el silencioso pasillo, sus palabras persistieron, su eco mezclándose con las distantes y melancólicas notas de un gramófono que sonaba desde los aposentos de Violet. La música, un fantasmal recordatorio de la tristeza omnipresente, parecía tejerse a través del aire, entrelazándose con los pensamientos de Elizabeth.

—El dolor —continuó, su susurro casi fundiéndose con la inquietante melodía—, puede ser tan profundo e impredecible como el océano. Remodela las orillas que una vez conocimos, alterando nuestros paisajes de maneras que nunca imaginamos.



Capítulo Diez

MELI, TUMBADA SOBRE LA cama, con los dedos trazando perezosamente las intrincadas ilustraciones en el tomo botánico de su *yiayia*, apenas notó el suave balanceo del barco, una débil distracción de su inquietud interior. Dejó escapar un suspiro, abandonando el libro, y vagó hacia el ojo de buey. Apoyando su frente contra el frío cristal, contempló el vasto mar, mientras los gritos amortiguados de gaviotas distantes subrayaban la soledad de su capullo marinero.

Al apartarse, sus pasos resonaron suavemente contra el suelo, y el reducido espacio amplificó su anhelo de libertad, reflejado en las páginas abiertas del libro olvidado.

Elizabeth, observando en silencio, sintió una oleada de preocupación. Rompió el silencio, con voz suave aunque teñida de inquietud:

—Meli, es evidente la tensión que sufres, pero vagar sola por el barco es demasiado arriesgado.

Meli se dio la vuelta, con frustración grabada en su rostro.

—¿Qué peligros podría haber, Elizabeth, en un barco rodeado de nada más que agua?

Elizabeth dudó por un breve momento, eligiendo cuidadosamente sus palabras.

—Este barco alberga más de lo que parece, Meli. Hay capas ocultas, y tu papel como polizón es cualquier cosa menos insignificante.

Se detuvo a medio paso, la tensión en sus facciones disolviéndose lentamente, sus manos, antes apretadas por la irritación, ahora relajadas a sus costados.

—Sé que fue imprudente, pero no podía soportar la idea de una vida que no fuera de mi propia elección.

La mirada de Elizabeth se mantuvo fija en Meli, llena de una comprensión silenciosa. Recordó sus propias luchas contra las rígidas expectativas de su sociedad, y el empuje implacable hacia el matrimonio. La admiración de Elizabeth por la valentía de Meli se entrelazaba con una creciente preocupación por las repercusiones de sus acciones impulsivas al subir al barco.

Reanudando su paseo, los pasos de Meli marcaban un patrón rítmico en el suelo. La atención de Elizabeth alternaba entre la lista de sospechosos en su cuaderno y los movimientos agitados de Meli, su mente lidiando con el enigma: atender las preocupaciones del Mayor Sinclair sobre la misteriosa muerte del capitán, manteniendo así a Meli a salvo en la seguridad de su camarote, o debería abordar la creciente necesidad de libertad y compromiso de Meli?

Meli, con su curiosidad despertada, se inclinó más cerca de Elizabeth, mirando por encima de su hombro.

—¿Por qué están los nombres de otros pasajeros en tu cuaderno? Y estas notas a su lado... ¿son motivos? —preguntó, sus ojos escudriñando intensamente la página.

Elizabeth cerró el cuaderno de golpe. Su voz era firme, aunque con un matiz de despreocupación forzada.

—Son meramente observaciones, nada significativo —respondió, esperando disuadir a Meli de seguir indagando.

La mirada de Meli se agudizó, con una súbita comprensión destellando en sus facciones.

—Esto está relacionado con la muerte del capitán, ¿verdad? —preguntó, su voz teñida con una nueva gravedad. Una pausa se

cernió en el aire, cargada de implicaciones, antes de que continuara — ¿Fue asesinado?

La pausa de Elizabeth fue momentánea, pero llena de tensión.

—Asesinato es un término bastante fuerte, Meli. Es mejor no hacer suposiciones precipitadas —advirtió, con el pulso acelerándose.

Meli, sin intimidarse por la cautela de Elizabeth, insistió:

—Pero si fue asesinado, el veneno parece el método más probable. No había signos de violencia, ni arma.

La respuesta de Elizabeth fue un breve silencio, una mezcla de admiración por la perspicacia de Meli y preocupación sobre cuánto revelar. Los confines del camarote se sentían cada vez más restrictivos bajo el peso de su discusión.

En un esfuerzo por aligerar la atmósfera, Elizabeth sugirió:

—Quizás almorzar en el salón sería refrescante. Un cambio de escenario podría hacernos bien.

El ánimo de Meli cambió como un rayo de sol atravesando las nubes, sus anteriores frustraciones desvaneciéndose.

—¿De verdad? ¿Podemos? —exclamó, con voz efervescente de anticipación—. Debo cambiarme primero, por supuesto —sus ojos brillaron con picardía mientras reflexionaba sobre su elección de atuendo.

La sonrisa de Elizabeth no pudo ocultar completamente el destello de preocupación en sus ojos, pero asintió ante el entusiasmo de Meli.

—Por supuesto. Siéntete libre de tomar prestado lo que quieras de mi armario —ofreció, con tono suave y alentador.

El entusiasmo de Meli llenó la habitación mientras exploraba ávidamente la colección de ropa de Elizabeth. Elizabeth observaba con una agridulce mezcla de emociones —encantada por la renovada alegría de Meli, pero incapaz de descartar por completo la inminente sensación de peligro que acechaba más allá del santuario de su camarote.

Adornada con un vestido coral bordeado con finos puños de encaje, Meli encarnaba la esencia misma de la exuberancia juvenil. En el salón, Elizabeth, siempre vigilante, seleccionó un rincón apartado para su comida. Meli saboreó su ensalada de pollo con evidente placer, deleitándose luego con la tarta de limón, un delicioso equilibrio de acidez y dulzura, realzado por la suave crema y las frambuesas maduras. Elizabeth optó por un surtido de sándwiches artesanales acompañados de una humeante tetera de té perfumado.

El Mayor Sinclair se acercó, el cansancio grabado en sus facciones, atemperado por la calidez de su sonrisa al saludar a Meli.

—Meli, es maravilloso verte fuera y activa. Imagino que el aislamiento de tu camarote empezaba a afectarte.

Meli rebosó de alivio:

—Oh, Mayor Sinclair, era absolutamente sofocante ahí dentro. Me sentía como un pájaro atrapado en una jaula.

Alejando la conversación de la injusticia percibida por Meli, Elizabeth preguntó:

—Tío, ¿has tenido oportunidad de visitar a la señora Demetriou?

La expresión del Mayor Sinclair se nubló brevemente con el peso de sus deberes.

—Desafortunadamente, no. La enfermería ha exigido toda mi atención esta mañana. El brote de gripe me mantiene bastante ocupado. Afortunadamente, la señorita Papadopoulos se ha ofrecido a intervenir desde que la enfermera Andrews sucumbió a esta maldita enfermedad. Su experiencia como enfermera durante la guerra ha sido una bendición.

Elizabeth inclinó la cabeza, un sutil destello de sorpresa en sus ojos.

—Sabía de su trabajo como botánica, pero ¿enfermería? Eso es toda una revelación.

Su expresión se animó mientras hablaba de su peculiar combinación de habilidades.

—En efecto, sus múltiples talentos han resultado invaluables durante este brote. La forma en que sus conocimientos botánicos se complementan con sus habilidades de enfermería es simplemente extraordinaria —dijo, con un tono de asombro.

Meli, con curiosidad brillando en sus ojos, se inclinó hacia adelante, con voz de intriga susurrada:

—¿Crees que la señora Demetriou podría ser la asesina?

Su pregunta cortó el silencio, dejando a Elizabeth y al Mayor Sinclair momentáneamente inmóviles, con el té suspendido en el aire.

Cogido por sorpresa, las cejas del Mayor Sinclair se levantaron.

—¿Asesinato, Meli? ¿Qué te hace pensar que fue asesinado?

El ceño de Elizabeth se profundizó mientras Meli desarrollaba su teoría del envenenamiento, tejiendo una peligrosa telaraña con sus palabras.

El Mayor Sinclair, encontrándose con la mirada de Elizabeth con una mezcla de preocupación y cautela, intentó reconducir la conversación.

—Una teoría interesante, Meli —concedió.

Elizabeth, sintiendo la necesidad de frenar la especulación desenfrenada de Meli en un lugar tan público, intervino firmemente:

—La especulación no es nuestra aliada aquí, Meli. No es ni útil ni apropiada.

Meli, impertérrita, gesticuló hacia el bolso de Elizabeth con una mirada conocedora.

—Pero tus notas, Elizabeth... insinúan algo más, ¿verdad?

El Mayor Sinclair, interviniendo con suavidad, abordó su preocupación.

—Son notas preparatorias para el forense, Meli. Con nuestra llegada inminente, es prudente anticipar cualquier pregunta de las autoridades.

Meli frunció el ceño, con su curiosidad aún más despierta.

—Pero has enumerado posibles motivos junto a cada nombre, seguramente eso habla de algo más que simple previsión.

Elizabeth captó la mirada del Mayor Sinclair, una conversación silenciosa pasando entre ellos. Con un cambio deliberado, dirigió el tema hacia aguas más seguras.

—Tío, pensaba ir a ver a la señora Demetriou más tarde.

El Mayor Sinclair, captando la señal tácita, ofreció un asentimiento, su alivio apenas oculto tras su tensa sonrisa.

—Sería muy apreciado, Elizabeth —dijo, su mirada encontrándose brevemente con la curiosa mirada de Meli antes de volver a posarse en Elizabeth.

Meli, con ojos grandes y una súplica no expresada, se acercó más a Elizabeth.

—¿Puedo acompañarte a ver a la señora Demetriou?

Elizabeth hizo una pausa, su mirada posándose suavemente en Meli antes de desviarse, una señal silenciosa de su decisión.

—Meli —comenzó, con voz firme—, no es el momento adecuado. La señora Demetriou necesita descansar.

Colocó una mano tranquilizadora en el hombro de Meli, un gesto destinado a suavizar la negativa.

El aire brevemente contuvo la decepción de Meli, sus hombros hundiéndose, su respiración una rendición silenciosa al argumento de Elizabeth.

—Muy bien.

Mientras el Mayor Sinclair se preparaba para irse, hizo una pausa, lanzando una mirada cansada hacia Elizabeth.

—Elizabeth —comenzó—, por favor infórmame inmediatamente si la condición de la señora Demetriou justifica otra visita.

Elizabeth respondió con un asentimiento decidido:

—Por supuesto, tío.

Con una breve sonrisa de apreciación, el Mayor Sinclair se volvió, su figura pronto desapareciendo entre los otros pasajeros. Elizabeth entonces volvió su atención a Meli.

—Volvamos al camarote —sugirió.

Meli, aunque visiblemente desanimada por el fin de su breve escapada de los confines de su camarote, accedió. Caminó detrás de

Elizabeth, sus pasos lentos, con reluctancia en cada movimiento.

En el camarote, las facciones de Meli se suavizaron en una mirada suplicante. Se acercó a Elizabeth, sus ojos implorando:

—Elizabeth, por favor, ¿puedo acompañarte a visitar a la señora Demetriou?

Elizabeth enfrentó la mirada de Meli, su expresión firme. Colocó suavemente una mano en el hombro de Meli en un gesto apaciguador.

—Meli, entiendo tus frustraciones, pero la señora Demetriou necesita descansar, no visitas.

Los hombros de Meli se hundieron mientras se dejaba caer en la cama, su suspiro haciendo eco de su decepción. Miró hacia arriba, una chispa de esperanza titilando en sus ojos.

—¿Podría al menos dar un breve paseo? Prometo mantenerme fuera de la vista —aventuró esperanzada.

El corazón de Elizabeth se encogió ante la obvia infelicidad de Meli.

—Lo entiendo, pero debemos mantener la cautela —respondió—, al menos por ahora. Lo siento, Meli, pero esa es mi última palabra.

Elizabeth dudó en la puerta, su mano descansando sobre el frío latón del pomo. Lanzó una última mirada anhelante hacia su prima antes de salir al pasillo.

Los susurros apagados de los secretos del barco parecían seguirla mientras navegaba los corredores tenuemente iluminados. Sus pasos mesurados contrastaban fuertemente con el tumulto de pensamientos que corrían por su mente —la muerte prematura del capitán, la creciente lista de sospechosos, y las inquietantes perspicacias de Meli.

Al llegar al camarote de la señora Demetriou, Elizabeth hizo una pausa, inhalando profundamente para calmar sus pensamientos arremolinados. Levantó la mano y golpeó suavemente la puerta, que pronto se abrió con un crujido. Sarah, la asistente de la señora Demetriou, la recibió con un sombrío asentimiento. La habitación, envuelta en una luz tenue, se sentía como un mundo aparte del

resto del barco, cada rincón impregnado de un aire pesado, cargado de dolor.

Entró, sus ojos adaptándose a la penumbra. En el rincón, un gramófono tocaba "Swingin' Down the Lane" de Isham Jones. Su ritmo alguna vez animado ahora parecía hacer eco de la melancolía de la habitación.

—¿Ha habido algún cambio? —murmuró.

Sarah, negando con la cabeza, respondió en un susurro:

—Me temo que no hay cambios.

Volviéndose hacia la chaise longue, la mirada de Elizabeth recayó sobre Violet. Yacía allí, una imagen de desesperación, su esbelta forma envuelta en terciopelo, aparentemente perdida en un mar de tristeza. Las notas vivaces del gramófono, arremolinándose a su alrededor, se sentían como un recordatorio inquietante de tiempos más felices.

Elizabeth se acercó.

—¿Cómo se encuentra, señora Demetriou? —preguntó suavemente, su voz apenas por encima del melancólico tono de la música.

La mirada de Violet, brillando con lágrimas no derramadas, se dirigió hacia el gramófono, su mano temblando levemente mientras extendía la mano, los dedos curvándose en el aire como para capturar un recuerdo fugaz.

—Esta canción... —su susurro, frágil como el cristal, llenó la habitación tenuemente iluminada—. Era nuestra... Bailamos con ella una vez... bajo un cielo sembrado de estrellas... —su voz se desvaneció, dejando sus ojos distantes, perdidos en un vals de antaño.

Abruptamente, el humor de Violet cambió. Se volvió, con claridad titilando en sus ojos mientras fijaba su mirada en Sarah.

—Más té, si eres tan amable —ordenó, un atisbo de su antiguo ser aflorando. Cerca, una taza de té humeaba silenciosamente sobre una mesa, sus volutas elevándose como hilos etéreos de una conversación hace tiempo pasada.

Elizabeth y Sarah compartieron una mirada, un entendimiento tácito pasando entre ellas. Sarah, con voz suave, le recordó:

—Señora Demetriou, su té está justo a su lado.

Los ojos de Violet bailaron entre Sarah y la taza, un momento de desorientación nublando su rostro. Entonces el reconocimiento amaneció, una leve sonrisa floreciendo mientras delicadamente tocaba el asa de la taza.

—Ah, gracias, querida —murmuró, con una suavidad volviendo a su voz.

El gramófono, impertérrito, continuó tocando su melodía melancólica, las notas tejiéndose por la habitación, proyectando sombras y luz en una danza silenciosa. En el mundo que Violet habitaba, el tiempo parecía fluido, pues pronto se volvió de nuevo, la confusión nublando sus ojos.

—Sarah, ¿mi té? ¿Dónde ha ido?

Elizabeth, una observadora silenciosa de esta conmovedora escena, sintió que su corazón se contraía con empatía. Violet Demetriou, en otro tiempo un retrato de vivacidad, ahora perdida en un mar de recuerdos tan frágiles como el encaje que adornaba su vestido. La luz menguante de la habitación, junto con los acordes melancólicos de la música, proyectaba un cuadro de una danza entre el pasado y el presente.

Acercándose, Elizabeth extendió su mano, dejándola flotar por un momento antes de tocar suavemente el hombro de Violet. Este sutil gesto ofrecía un apoyo silencioso en medio de un dolor abrumador.

Violet inhaló profundamente, su pecho agitándose en un ritmo que delataba su lucha por mantener la compostura.

—Gracias, Lady Elizabeth —susurró. Un ligero cambio en su postura invitó a Elizabeth a sentarse a su lado.

Mientras Elizabeth se acomodaba en la silla, una comunión silenciosa salvó el espacio entre ellas. Violet levantó la mirada, sus ojos rebosantes de súplicas tácitas por comprensión, buscando una aliada en medio de su océano de dolor.

—¿Puedo ofrecer alguna ayuda? —preguntó Elizabeth, sus palabras llegando en el silencio como un salvavidas.

Los labios de Violet se abrieron, luego se cerraron como capturando sus pensamientos. El breve surco en su frente revelaba su tormento interior. Tras un momento de vacilación, encontró su voz, frágil pero resuelta en medio de su dolor.

—Me siento tan absolutamente sola, Lady Elizabeth. Él era... era mi todo.

Elizabeth permaneció en silencio por un momento, absorbiendo las palabras de Violet. Entendía el poder de simplemente estar allí para escuchar, a veces más sanador que cualquier palabra de consuelo.

—No está sola en esto —murmuró finalmente, su voz portando la calidez de su empatía.

Mirando a los ojos de Violet, que reflejaban un pozo de preocupación, Elizabeth sugirió suavemente:

—¿Debería pedirle al Mayor Sinclair que la visite? Podría recetarle algo para ayudarla a descansar mejor.

Violet, momentáneamente perdida en sus propios pensamientos, redirigió su atención con un pequeño movimiento de cabeza.

—Gracias, Lady Elizabeth, por su amabilidad —dijo, encontrando un semblante de fuerza en su voz—. Pero me las arreglaré. He sorteado tormentas más duras que esta.

Elizabeth, notando el sutil resurgimiento de la resolución en los ojos de Violet, asintió, su comprensión tácita.

—Por supuesto. Pero recuerde, tiene un círculo de apoyo aquí: el señor Demetriou, Sarah y yo. Todos estamos aquí para usted.

Un destello de gratitud pasó por el rostro de Violet, iluminándolo por un breve momento.

—Gracias —dijo, su sonrisa fugaz pero sincera.

Cuando Elizabeth salió de la habitación, con la puerta cerrándose suavemente tras ella, se encontró envuelta en un corredor de sombras cada vez más profundas. Su mente lidiaba con la cuestión de si los lapsos intermitentes de Violet en la confusión eran

simplemente manifestaciones de su profundo dolor o indicaciones de un problema más preocupante. Mientras navegaba el pasillo débilmente iluminado de regreso a su camarote, Elizabeth resolvió discutir la condición de Violet con el Mayor Sinclair.



Capítulo Once

EN SU CAMAROTE, ELIZABETH se encontraba de pie frente al espejo de cuerpo entero, contemplando el profundo tono azul zafiro de su vestido de Jeanne Lanvin. La seda satinada se ceñía a su figura, susurrando contra su piel con cada movimiento. Bajo la luz eléctrica, destellos fugaces, semejantes a estrellas, bailaban sobre el intrincado bordado de cuentas en su escote. Las mangas, elegantemente abullonadas en los hombros, se estrechaban hasta sus muñecas.

En la cama, Meli descansaba con la mirada fija en Elizabeth. De ella emanaba una sensación de inquietud. —¿De verdad tengo que quedarme aquí, Elizabeth? Es insoportablemente aburrido —se quejó, su voz delatando su frustración.

Apartándose del espejo, Elizabeth se acercó a su tocador. Mientras comenzaba a aplicarse el maquillaje, se encontró con el reflejo de Meli en el cristal. —Sé que es difícil, Meli, pero debes entender la gravedad de que te descubran como polizona, especialmente en los aposentos del capitán.

—Pero ¿por qué me están castigando cuando el oficial O'Connor tampoco tenía por qué estar allí? —protestó Meli, con tono desafiante.

Haciendo una pausa, Elizabeth sonrió al reflejo de Meli, con un toque de diversión suavizando sus facciones. —Teniendo en cuenta el lujo de primera clase, difícilmente podría llamar a esto un castigo —respondió, con los ojos brillando de humor.

Meli suspiró profundamente. —Pero me estoy perdiendo todo: las fiestas, las cenas, la vida social.

—Comimos en el salón antes —razonó Elizabeth, deslizando un toque de brillo rosado sobre sus labios—. Te haré traer la cena.

—Comimos —la expresión de Meli transmitía su insatisfacción—. Eso apenas es lo mismo.

Elizabeth terminó de aplicarse el maquillaje y se volvió hacia ella. —Lo entiendo, pero dadas las circunstancias, es más seguro mantener un perfil bajo. —Mientras hablaba, Elizabeth no pudo evitar sentir una punzada de culpabilidad, preguntándose si estaba siendo excesivamente cautelosa a costa de la felicidad de Meli. Elizabeth se levantó, una arruga de preocupación marcándose en su frente cuando el barco se tambaleó inesperadamente bajo sus pies, un claro recordatorio de la naturaleza impredecible del océano por el que viajaban.

Meli se incorporó de golpe, con los ojos iluminados por la intriga. —¿Más seguro? No pensarás realmente que quien asesinó al capitán querría asesinarme a mí también, ¿verdad? —Inclinándose hacia delante, bajó la voz—. A menos, claro, que pienses que el oficial O'Connor es el asesino.

—Meli, no debes hablar así. No tenemos pruebas de que el capitán fuera asesinado. —Su mirada se detuvo en Meli, vestida con un vestido que no era suyo, un recordatorio silencioso de su llegada abrupta y poco ortodoxa a bordo. Odiaba mentir a su prima, pero cuanto menos supiera Meli, mejor.

Calzándose sus zapatos plateados de noche con correa en T, Elizabeth cogió su estola, colocándosela sobre los hombros, proporcionándose un escudo contra el frío de la noche. —No volveré tarde —le prometió a Meli con una sonrisa tranquilizadora antes de salir del camarote.

Al entrar en el comedor, la mirada de Elizabeth instintivamente encontró a Spyros Demetriou. Era un marcado contraste con su habitual compostura; apoyado en la barra, un ligero desorden empañaba su aspecto normalmente impecable. Su cabello oscuro estaba despeinado y sus hombros cargaban un cansancio que era casi tangible. Su corbata colgaba floja, un signo poco característico de desaliño, y sombras persistían bajo sus ojos como oscuros secretos.

—Lady Elizabeth, siempre un deleite para los ojos cansados en estos tiempos difíciles —saludó, su encanto atenuado por la fatiga en su voz.

Elizabeth se acercó, sus ojos captando brevemente el brillo de la copa en su mano. —Buenas noches, señor Demetriou —saludó, con un tono educado pero cauteloso—. ¿Y la señora Demetriou? ¿Cómo se encuentra esta noche?

La mirada de Spyros vaciló, momentáneamente nublada. —Ah, la encantadora Violet... —comenzó, interrumpiéndose antes de recomponerse—. Está tan bien como cabría esperar, dada su... condición, supongo —dijo, con un indicio de inquietud en su voz.

Elizabeth se acercó más, su preocupación sutilmente grabada en su expresión. —¿Está todo bien?

Spyros desvió la mirada hacia la ventana, donde las olas, antes suaves, ahora coincidían con el creciente tumulto del barco. Observó el mar, su agitación incesante reflejando los dramas ocultos del barco.

—Las mareas de la vida son curiosas, ¿no crees? —reflexionó, sus palabras cargadas de dobles sentidos—. Trazamos un rumbo, sólo para ser arrastrados a aguas desconocidas por eventos imprevistos.

Manteniendo su mirada un momento más, Elizabeth buscó un mensaje subyacente. —Os dejaré con vuestra velada, señor Demetriou —dijo finalmente, excusándose. Al apartarse de la barra, las enigmáticas palabras de Spyros sobre Violet y la imprevisibilidad de la vida persistieron en su mente, envolviendo el enigma de Spyros Demetriou en un misterio aún más profundo.

Elizabeth, sola en su mesa, giraba distraídamente el contenido de su copa de vino, perdida en sus pensamientos sobre las crípticas palabras de Spyros. Fuera, el mar, antes plácido, se agitaba; las olas golpeaban contra el barco en un ritmo cada vez más errático. Arriba, las arañas de luces se balanceaban sutilmente en sincronía con los movimientos del barco, proyectando un baile de sombras por todo el comedor.

Julia Hammond navegaba con facilidad por el suelo cambiante mientras se acercaba. El barco dio un notable balanceo, lo que llevó a Julia a aferrarse a una silla para mantener el equilibrio. —Elizabeth, tan radiante como siempre —comenzó con una sonrisa—. ¿Es esa otra creación de Jeanne Lanvin la que llevas?

Elizabeth levantó la mirada, ofreciéndole una cálida sonrisa en respuesta. —Tienes buen ojo, Julia.

Julia, inclinándose ligeramente, bajó la voz juguetona. —¿No hay mayor Sinclair esta noche? —Miró hacia la barra—. ¿O quizás estás esperando otro tipo de compañía esta noche? —Un destello de picardía brilló en sus ojos.

Elizabeth respondió con discreción practicada, su tono ligero sin revelar nada. —Me temo que el mayor Sinclair está bastante ocupado con la enfermería. El brote de gripe ha sido muy exigente.

El asentimiento de Julia transmitió comprensión, dirigiendo sin esfuerzo su conversación hacia un tema más ligero. —¿Por qué no te unes a nosotros? La velada promete ser bastante animada, especialmente con el señor Wallace compartiendo sus aventuras en alta mar. —Su voz transmitía una calidez invitadora, encendiendo una luz en sus ojos.

La mención del señor Wallace encendió un destello de curiosidad en Elizabeth. Permitió que su mirada se desviara hacia el animado grupo, una pausa pensativa marcando su expresión. —¿El señor Henry Wallace? —preguntó, una sutil inclinación de cabeza revelando su interés.

—Ese mismo. ¿Le conoces? —Las cejas de Julia se arquearon inquisitivamente.

La momentánea pausa de Elizabeth, sus dedos trazando distraídamente el borde de su copa de vino, habló de su contemplación. —No, no puedo decir que le conozca —respondió finalmente, su voz impregnada de una nueva curiosidad. Se levantó, con el bolso de mano en la mano—. Sin embargo, estaría encantada de unirme a vosotros, Julia. Gracias.

Mientras se dirigían a la mesa, Julia resplandecía con un sentido de orgullo. Gesticuló grandiosamente hacia Elizabeth. —Permitidme presentaros a Lady Elizabeth Hawthorne —su tono resonando con un toque de fanfarria.

La sonrisa de Elizabeth se extendió mientras saludaba a cada persona, su mano extendiéndose en una serie de apretones amistosos y seguros.

Julia, con una inclinación casual de la cabeza, dirigió la atención de Elizabeth hacia su marido. —Conoces a David, por supuesto. —La sonrisa de David hacia Elizabeth fue de cálida familiaridad.

Julia entonces se volvió hacia una figura alta e imponente. —Y este, Elizabeth, es Henry Wallace. —El parche en el ojo del hombre le confería un aire de misterio, su postura y su traje finamente cortado emanando un aura de riqueza y discernimiento. Henry extendió su mano en un gesto que era a la vez firme e invitador. —Un placer conocerla, Lady Elizabeth —entonó, su voz profunda acompañada de una sonrisa que momentáneamente suavizó su severo semblante.

La mano de Julia entonces se deslizó hacia la mujer al lado de Henry. —Y esta es su esposa, Margaret. —Margaret Wallace era sorprendentemente atractiva, su atuendo elegante, su sonrisa radiante mientras saludaba a Elizabeth. —Encantada de conocerla.

Presentando a la siguiente pareja con un gesto relajado, Julia dijo: —Aquí tenemos a Edward e Irene Clarkson. —Edward, un hombre de complexión robusta y cabello canoso, estrechó la mano de Elizabeth con cordial calidez. —¿Lady Elizabeth Hawthorne, ha dicho? ¿Algún parentesco con Lord William Hawthorne?

Elizabeth, con las cejas ligeramente alzadas en sorpresa, respondió: —Sí, es mi hermano. ¿Le conoce?

La sonrisa de Edward se amplió, líneas de buen humor grabándose en su rostro. —En efecto, le conozco, un tipo espléndido —respondió alegremente—. Somos miembros del mismo club.

Irene, ligeramente más baja que su marido, su cabello peinado en elegantes ondas, intervino: —Lady Elizabeth, Julia nos ha hablado tanto de usted.

—Todo bueno, espero. —Elizabeth arqueó una ceja mientras se acomodaba en su asiento, una sonrisa despreocupada jugando en sus labios. Posicionada entre David Hamilton y Henry Wallace, se encontró sutilmente atraída por la dinámica del grupo, particularmente intrigada por la evidente cercanía de los Wallace. En medio del flujo y reflujo de la conversación, su mirada ocasionalmente se desviaba hacia la ventana, observando el sordo retumbar de un trueno lejano y el creciente balanceo del barco: una sutil danza con la tormenta que se aproximaba.

Volviéndose hacia Henry, la voz de Elizabeth contenía una nota de intriga mientras un distante retumbar de trueno subrayaba sus palabras. —Señor Wallace, Julia habló de su pasado naval. Los océanos del mundo deben de haberle mostrado muchas maravillas.

La respuesta de Henry, tan profunda y vasta como los mares que describía, llevaba un matiz de nostalgia. —En efecto, Lady Elizabeth. El mar, un narrador implacable, me ha llevado desde las costas doradas de África hasta las enigmáticas orillas del Lejano Oriente.

Elizabeth asintió, su mirada reflejando un interés pensativo. —Con viajes tan extensos, me pregunto si sus caminos se habrán cruzado alguna vez con los del capitán Marlowe. —Su pregunta coincidió con un suave bamboleo del barco, como si el propio navío se inclinara para escuchar la respuesta.

La pausa de Henry fue reflexiva, su mirada distante, como perdida en la inmensidad de un mar tormentoso. —¿George Marlowe? El nombre me suena, aunque no puedo recordar nada

específico. —Tomó un sorbo contemplativo de su bebida, el suave retumbar de un trueno lejano acompañando sus palabras.

Elizabeth captó el sutil matiz en su mención del nombre completo del capitán. —¿Podríais haber servido juntos? Creo que el capitán Marlowe tuvo sus andanzas marítimas en su juventud —sondeó suavemente.

—Es posible —concedió Henry, su tono firme, reflejando la solidez de un barco enfrentándose a olas agitadas—. Pero como mencioné, el mar tiene multitud de historias, y no todas permanecen en la memoria.

La mirada de Elizabeth se agudizó sobre Henry, su intención clara mientras se inclinaba ligeramente hacia adelante, navegando por su velada expresión. Afuera, el crescendo de truenos otorgaba una silenciosa urgencia a su conversación, como una corriente silenciosa en un mar antes plácido.

Mientras la tormenta fuera comenzaba a intensificarse, Irene Clarkson, con los ojos atraídos hacia el mar agitado, murmuró con un toque de preocupación: —Parece que el mar está cambiando de humor.

Un silencio cayó sobre los comensales, puntuado por murmullos apagados y miradas intercambiadas. Los rostros de algunos invitados reflejaban una leve alarma, mientras que otros ocultaban su aprensión con conversaciones forzadas. El personal de servicio mantenía la compostura, aunque sus ocasionales miradas a través de las ventanas traicionaban una preocupación compartida.

Edward Clarkson, intentando aligerar la atmósfera, se inclinó con una despreocupación forzada que quedaba desmentida por su rápida y cauta mirada a las aguas turbulentas. —Parece que nos espera un poco de drama esta noche, ¿eh? —Su sonrisa, aunque tensa, era un esfuerzo por tranquilizar.

Margaret Wallace, percibiendo el cambio en el comportamiento de su marido, ofreció un pequeño gesto de asentimiento. —El mar ciertamente tiene su propio temperamento —comentó, su voz

tranquila, pero su breve y preocupada mirada hacia la ventana revelaba sus pensamientos.

El ambiente del comedor cambió cuando el oficial O'Connor entró, su presencia exudando una callada autoridad que captó la atención de todos. Examinó la sala con una mirada mesurada antes de señalar hacia las salidas, su voz encarnando tanto firmeza como tranquilidad. —Señoras y señores, debido al empeoramiento del tiempo, les rogamos que regresen amablemente a sus camarotes por seguridad. Nuestra tripulación está bien preparada, pero debemos priorizar la precaución.

Los invitados se levantaron con expresiones grabadas en preocupación, sus movimientos hacia las salidas reflejando una creciente comprensión del peligro potencial de la tormenta.

Elizabeth intercambió rápidas despedidas con sus compañeros de mesa, cada palabra de despedida —"manteneos a salvo"— cargada de genuina preocupación. Sus asentimientos fueron reconocimientos mutuos de la urgencia.

Acelerando el paso por los pasillos del barco, Elizabeth podía oír los aullidos distantes de la tormenta, su amenazador coro filtrándose a través de las paredes. Una creciente preocupación por Meli, sola en su camarote, presionaba sus pensamientos. El balanceo del barco, antes suave, ahora parecía palpitar con su creciente aprensión.

Al entrar en el camarote, un inquietante silencio la recibió. La habitación, habitualmente animada por la presencia de Meli, estaba escalofriante en su quietud. Los ojos de Elizabeth escudriñaron el espacio, un nudo de preocupación apretándose en su estómago. —¿Meli? —llamó, su voz traicionando un ápice de miedo. Su llamada solo fue respondida por los embates incesantes de la tormenta contra el barco, su furia haciéndose eco de su propio pánico creciente.



Capítulo Doce

ELIZABETH PERMANECÍA SOLA DENTRO de su camarote, envuelta por el rugido incesante de la tormenta. El vacío donde debería estar Meli solo amplificaba su creciente sensación de inquietud. Cada crujido y gemido del barco bajo el asalto de la tormenta le provocaba un escalofrío de miedo, reflejando el caos que se desataba en el exterior.

Se aventuró al pasillo con pasos cautelosos. Las luces parpadeaban de forma ominosa, proyectando sombras fantasmales que bailaban al compás del tumultuoso balanceo del barco. Los murmullos distantes de pasajeros ansiosos se filtraban por el aire, una expresión tangible de la aprensión colectiva.

Con cada paso, diferentes escenarios sobre el paradero de Meli cruzaban por la mente de Elizabeth, cada uno más inquietante que el anterior. Su determinación se solidificó con resolución; necesitaba encontrar a Meli entre los secretos y peligros de esta noche cargada de tormenta. La tempestad exterior era más que un enfrentamiento con la naturaleza; preparaba el escenario para una búsqueda más profunda y personal.

Elizabeth marchó por los pasillos del barco, ahora tempestuosos bajo la furia de la tormenta. Cada zancada era una batalla contra el rugido de la tempestad. Abrió de golpe las puertas del salón,

enfrentándose a una escena de inquietante quietud donde antes había habido vitalidad. Su mirada recorrió las sillas volcadas y las copas abandonadas, un testimonio silencioso de una partida apresurada. Ningún rastro de Meli.

Inhalando profundamente para calmarse, procedió hacia el comedor. La visión de su última cena, ahora un caótico revoltijo de platos y cubiertos, era un duro eco del repentino giro de la noche. Su búsqueda a través del desorden fue metódica, pero cada espacio sin revisar disminuía su esperanza. La ausencia de Meli en este entorno antes reconfortante solo alimentó su determinación. La tormenta exterior reflejaba su creciente urgencia.

Con el corazón latiendo tan rápido como el pulso de la tormenta, Elizabeth descendió a las cubiertas inferiores del barco. El navío se elevaba y se sacudía bajo el dominio de la tempestad, cada paso un desafío a través del vendaval aullante. Navegó por la traicionera cubierta, resbaladiza por la lluvia, con las olas implacables amenazando con derribarla a cada instante.

Al descender a la tercera clase, Elizabeth entró en un mundo muy alejado del lujo de las cubiertas superiores. Los aposentos tenuemente iluminados y estrechos, con literas alineadas en filas apretadas, hablaban de practicidad sobre comodidad, un fuerte contraste con sus propios alojamientos. El aire estaba cargado con los olores de humedad y espacios reducidos, un recordatorio de la marcada división entre primera clase y tercera.

Sus ojos rápidamente encontraron a Meli posada en una litera austera. Con pasos veloces, Elizabeth se acercó a ella, buscando cualquier señal de angustia.

—Gracias a Dios que estás a salvo —exhaló Elizabeth, el alivio en su voz mezclándose con una preocupación persistente—. He estado tan preocupada.

Meli logró esbozar una pequeña sonrisa tranquilizadora mientras acunaba a un cachorro tembloroso.

—Estoy bien, Elizabeth. Pero este pequeñín —hizo un gesto hacia el cachorro—, está aterrorizado. —Sus ojos se desviaron hacia un

joven en la litera contigua—. Dimitri lo encontró. Estaba completamente solo cuando golpeó la tormenta —explicó, suavizando su tono mientras el cachorro se acurrucaba más cerca.

Dimitri, al escuchar su nombre, se volvió hacia ellas, su comportamiento una mezcla de cautela y respeto. El reconocimiento tácito de su papel en el pasaje clandestino de Meli en el Andrómeda flotaba en el aire.

Elizabeth encontró su mirada con una frialdad medida.

—Encantada de conocerle —dijo, con voz controlada pero educada.

Dimitri ofreció un respetuoso asentimiento a cambio.

—Lady Hawthorne —habló con un ligero acento griego, su inglés moldeado por el tiempo que pasó trabajando alrededor de los muelles y a bordo de barcos.

El tono apagado de una charla cercana captó la atención de Elizabeth. Un pasajero, con una sonrisa astuta, dio un codazo a su compañero.

—Te ves bastante contento contigo mismo, ¿no? ¿Has vuelto a ganarle a O'Connor a las cartas?

El hombre aludido se rio con ganas, haciendo girar una moneda entre sus dedos.

—No tiene mucha suerte en la mesa.

Su amigo, acercándose, añadió con un gesto cómplice:

—No es común ver a un oficial como él aquí abajo con nosotros, los plebeyos.

—Pero su dinero vale lo mismo —bromeó el primer hombre.

Elizabeth, intrigada por la mención del oficial O'Connor, se volvió hacia Dimitri.

—¿El oficial O'Connor frecuenta este lugar para jugar a las cartas?

Dimitri, ansioso por contribuir, asintió.

—Viene aquí casi todas las noches, después del toque de queda.

Una voz jovial se sumó desde el grupo, el hablante palmeando su bolsillo con una sonrisa.

—Y siempre estamos un poco mejor cuando se va.

Elizabeth se inclinó más cerca, con la curiosidad despertada.

—¿Alguna vez habla sobre su trabajo, algo fuera de lo común?

Dimitri se encogió de hombros con indiferencia.

—No, principalmente habla de las cartas.

La mente de Elizabeth regresó a su encuentro inicial con el oficial O'Connor, recordando su gran interés en el Pergamino de Aristón. Su decepción por su falta de valor monetario ahora resonaba con implicaciones más profundas.

Mientras Elizabeth indagaba más, un pasajero mayor, que había estado escuchando atentamente, intervino.

—Conozco a O'Connor desde hace años. He navegado con él antes —dijo con gravedad—. Tiene un grave problema con el juego, está endeudado con ciertos tipos criminales.

El grupo a su alrededor intercambió miradas cómplices, una mezcla de preocupación y comprensión en sus expresiones.

—He oído que ha estado traficando para la mafia para saldar sus deudas —continuó el hombre. En ese momento, un trueno sacudió el barco, como subrayando sus palabras.

—Ha estado en apuros desde que el capitán descubrió sus negocios turbios y empezó a chantajearlo.

Esta revelación encajaba con las conversaciones que Elizabeth había mantenido con el Mayor Sinclair. La idea de O'Connor enredado con la mafia, recurriendo al contrabando, pintaba una nueva y peligrosa capa en el misterio de la muerte del capitán.

Mientras la furia de la tormenta disminuía a meros susurros, Elizabeth se puso de pie, su voz cortando a través del silencio persistente.

—La tormenta está amainando, Meli. Volvamos a nuestro camarote.

Meli, acunando al tembloroso cachorro, levantó la mirada, sus ojos reflejando una súplica.

—No puedo simplemente dejarlo aquí —imploró, estrechando su abrazo alrededor de la pequeña criatura.

La expresión de Elizabeth se suavizó, su mirada cayendo sobre el cachorro tembloroso.

—Lo llevaremos con nosotras por ahora, pero debemos ser discretas —cedió, consciente de la estricta política de no-animales en sus habitaciones.

Meli envolvió más firmemente su abrigo alrededor del cachorro, sus acciones llenas de una suave protección.

—No hará ni un ruido —susurró, sus palabras apenas audibles sobre los últimos alientos de la tormenta.

Al acercarse a su camarote, los pasos de Elizabeth se ralentizaron, un sonido tenue captando su atención. Se preguntó si era solo el barco reacomodándose después de la tormenta o algo más. Sacudiéndose la sensación, guió a Meli al interior, su preocupación compartida por el cachorro momentáneamente apartando otros pensamientos.

Una vez dentro, Elizabeth cerró la puerta, permitiéndose un momento para reflexionar. Las revelaciones sobre el oficial O'Connor —sus apuestas, posibles conexiones con la mafia y sospecha de contrabando—persistían en sus pensamientos. Estos fragmentos de información, aunque dispersos, comenzaban a formar un rompecabezas más grande y complejo.

Mientras observaba a Meli acomodar al tembloroso cachorro en una cama improvisada, la mente de Elizabeth continuaba trabajando. La tormenta exterior podría haber amainado, pero la tempestad de preguntas y misterios dentro de ella no mostraba señales de calmarse. Por ahora, estos pensamientos tendrían que esperar mientras se concentraba en la tarea inmediata: asegurarse de que Meli y su nuevo y pequeño compañero estuvieran cómodos.



Capítulo Trece

FUERA DE LAS VENTANAS del salón, el mar se fundía a la perfección con el cielo nítido de la mañana, su vasta extensión resplandeciente con tonos de azules y verdes bajo la luz del nuevo día. Esta escena tranquila contrastaba fuertemente con la agitación de la noche anterior, insinuando un mundo renacido. El *SS Andromeda*, firme en su viaje hacia el norte, transmitía el fresco frío de las costas inglesas que se aproximaban.

En el interior, Elizabeth se encontraba sola. Su mirada alternaba entre el sereno paisaje marino y la puerta del salón. Untaba mantequilla sobre un croissant distraídamente, con movimientos automáticos y pensamientos a la deriva. El salón, normalmente bullicioso de actividad, estaba inusualmente tranquilo, un ambiente que dejaba a su mente vagar hacia las sorprendentes revelaciones de la noche anterior.

Cuando el Mayor Sinclair entró, su presencia interrumpió la quietud. Saludó a Elizabeth con una sonrisa amable, acortando la distancia con pasos seguros. —Qué contraste con la tormenta de anoche —observó, acomodándose en su silla. Una breve mirada al plácido mar siguió—. Parece que hemos dejado la tempestad atrás.

Elizabeth respondió con un gesto afirmativo, una nota de alivio en su voz. —En efecto, un respiro bienvenido después de la

agitación de anoche.

—Vine a veros a ti y a la pequeña Meli anoche después de salir de la enfermería. Como no hubo respuesta, supuse que os habíais retirado.

—No exactamente, tío —mientras el Mayor Sinclair hacía señas a un camarero, su pedido fue conciso—. Huevos y tostadas, por favor. Y algo de ese excelente té —su atención volvió entonces a Elizabeth.

Ella se inclinó hacia delante, con expresión seria. —Tuve una noche bastante movida. Durante la cena, mantuve una interacción peculiar con Henry Wallace... —le detalló su conversación, enfatizando su reticencia a reconocer su relación con el capitán, a pesar de conocer su nombre completo.

La mano del Mayor Sinclair se detuvo, suspendida en el aire con su taza de té. —Intrigante —reflexionó—. Quizás una conexión oculta. Pero, ¿qué motivo podría tener para tal secretismo?

—Exactamente lo que pensé. Pero eso no es todo —la expresión de Elizabeth se tornó sombría. Acercó su silla una fracción más, su voz un suave murmullo contra la quietud de la sala.

El Mayor Sinclair, con su interés visiblemente agudizado, arqueó una ceja, un sutil endurecimiento de su postura traicionando su estado de alerta. —¿En serio?

—Sí —respondió Elizabeth, su mano alisando distraídamente el mantel—. Anoche, descubrí detalles preocupantes sobre el Oficial O'Connor. Parece que le gusta apostar y está fuertemente endeudado con la mafia italiana, y para pagar esas deudas, ha estado utilizando su posición para ayudar con sus operaciones de contrabando —se detuvo, permitiendo que la seriedad de sus palabras resonara.

La expresión del Mayor Sinclair se volvió solemne, sus ojos enfocados en Elizabeth. Con un tono bajo y medido, reconoció: —Esa es una acusación grave.

Manteniendo su mirada, ella continuó: —Y hay más. El Capitán Marlowe había descubierto los negocios del Oficial O'Connor y lo estaba utilizando a su favor, chantajeándolo por su silencio.

El Mayor Sinclair dejó su taza, la porcelana haciendo un suave tintineo contra la mesa. —Esto arroja una luz bastante siniestra sobre la negativa del Oficial O'Connor a realizar una autopsia —dijo, su voz cargando una gravedad que llenó el espacio entre ellos—. Debemos proceder con cautela, Elizabeth. Si está confabulado con la mafia y tuvo parte en la muerte del capitán, no es solo un oficial corrupto; es una amenaza real.

Una oleada de adrenalina aceleró el pulso de Elizabeth. —Tienes razón. Las deudas del Oficial O'Connor podrían haberle llevado a extremos desesperados. Necesitamos hablar con él, averiguar qué tiene que decir —afirmó.

Sinclair asintió lenta y deliberadamente, su mirada penetrante mientras consideraba su próximo movimiento. —Sí, lo haremos. Vamos a buscarlo después del desayuno.

A su alrededor, el suave zumbido del barco y las esporádicas llamadas de aves marinas distantes creaban un tranquilo telón de fondo, en marcado contraste con el remolino de intriga y peligro que ahora envolvía su investigación.

Mientras Elizabeth y el Mayor Sinclair continuaban su desayuno, un movimiento en la periferia de la visión de Elizabeth llamó su atención. Al otro lado del salón, Violet Demetriou, acompañada de su asistente, Sarah, estaba sentada en una mesa cercana. Elizabeth parpadeó sorprendida, su mano deteniéndose a medio camino hacia su plato.

El Mayor Sinclair siguió su mirada, su expresión registrando una sorpresa similar. —¿Es esa la Sra. Demetriou? —preguntó, con voz baja—. Debo decir que su presencia aquí es bastante inesperada, considerando su reciente estado de angustia.

Elizabeth asintió, sus ojos aún fijos en Violet. —En efecto, es bastante notable. Solo ayer parecía tan completamente abrumada por el dolor —observó cómo Violet conversaba con Sarah, un marcado contraste con la mujer retraída de los días anteriores.

—Todo un cambio —reflexionó el Mayor Sinclair, su frente arrugándose ligeramente en contemplación—. Uno se pregunta qué

podría haber precipitado tal recuperación.

La mirada de Elizabeth se posó en Violet, inclinando su cabeza hacia el Mayor Sinclair. —¿Deberíamos interesarnos por la salud de la Sra. Demetriou antes de marcharnos? —El Mayor Sinclair respondió con un silencioso asentimiento, el acuerdo tácito guiando sus pasos hacia la mesa de Violet.

Al acercarse, la expresión de Elizabeth se suavizó, sus palabras impregnadas de genuina preocupación. —Buenos días, Sra. Demetriou, Sarah. Parece más tranquila hoy.

La respuesta de Violet fue una sonrisa tentativa, su voz apenas por encima de un susurro. —En efecto, me siento algo mejor, gracias —sin embargo, el ligero temblor en su mano, mientras se cernía sobre su taza de té, no escapó a la mirada de Elizabeth.

El Mayor Sinclair, con sus ojos revoloteando entre Violet y su taza, aventuró un comentario despreocupado: —Parece que la partida de la tormenta nos ha traído a todos un toque de alivio.

Una sombra de angustia cruzó los rasgos de Violet, sus ojos desviándose momentáneamente. —¿Tormenta? Ah, sí, la tormenta... —su voz se desvaneció en el silencio, una expresión distante velando su semblante.

Sarah, rápida para llenar la pausa, intervino con un tono alegre: —Quizás un paseo por la cubierta después del desayuno estaría en orden, Sra. Demetriou. El aire de mar hace maravillas, ¿verdad, Mayor? —el asentimiento de Violet fue lento, su mirada aún perdida en algún pensamiento lejano.

Las cejas del Mayor Sinclair se juntaron ligeramente, un indicio de preocupación jugando en los bordes de sus palabras. Su mirada se detuvo una fracción más, como si buscara algo no expresado. —Sra. Demetriou, si le parece bien, podría visitarla más tarde para asegurarme de que está cómoda.

Sarah, su respuesta rápida y tranquilizadora, replicó: —Oh, la Sra. Demetriou se está recuperando espléndidamente. Un poco de descanso, y volverá a ser ella misma en un abrir y cerrar de ojos.

Elizabeth y el Mayor Sinclair intercambiaron una mirada fugaz. —Si está segura —la voz de Elizabeth vaciló, revelando un atisbo de duda.

—Absolutamente —insistió Sarah, su seguridad inquebrantable.

Al excusarse, Elizabeth se inclinó hacia el Mayor Sinclair, su voz un murmullo bajo. —Temo que no todo es como aparenta con la Sra. Demetriou. Sarah parece demasiado ansiosa por afirmar su recuperación.

El Mayor Sinclair, lanzando una mirada hacia atrás a Violet, murmuró con un toque de preocupación: —¿Notaste sus ojos? Un leve tinte amarillo alrededor del iris.

El ceño de Elizabeth se arrugó de preocupación. —¿Similar a la condición del capitán?

—En efecto —el Mayor Sinclair hizo una pausa, bajando su voz a un tono más sombrío—. Sí. Es sutil, y normalmente no estaría demasiado preocupado, pero en vista de lo sucedido, creo que es motivo de inquietud.

La mirada de Elizabeth se desvió, el ligero fruncimiento de su ceño insinuando las graves preocupaciones que ocupaban sus pensamientos. Murmuró: —Tengo un terrible presentimiento de que algo está muy mal, pero simplemente no puedo identificar qué es.

—La visitaré más tarde —respondió el Mayor Sinclair—, por la tranquilidad de ambos.

Su conversación continuó en susurros mientras navegaban por los pasillos del *Andromeda*, en ruta hacia la oficina del Oficial O'Connor. El sutil zumbido del barco, puntuado por los distantes y amortiguados sonidos de la tripulación, los envolvía en un ambiente de silenciosa eficiencia. Al pasar por los aposentos del capitán, un repentino estrépito amortiguado desde dentro detuvo a Elizabeth en seco, una chispa de curiosidad iluminando sus ojos.

El Mayor Sinclair, deteniéndose a su lado, inclinó ligeramente la cabeza, sus agudos oídos atentos a los sonidos más allá de la puerta. Con un silencioso y mutuo acuerdo, empujó suavemente la puerta.

Dentro, encontraron al Oficial O'Connor en medio de una vorágine de papeles sobre el escritorio del capitán, sus movimientos apresurados y ligeramente erráticos. Levantó la mirada, su sorpresa momentáneamente sin guardia, antes de esculpir apresuradamente sus facciones en una apariencia de compostura. —Mayor Sinclair, Lady Elizabeth —tartamudeó ligeramente—, ¿a qué debo esta visita inesperada?

El Mayor Sinclair, su postura encarnando una tranquila autoridad, dio un paso adelante. —Estamos aquí para recabar información sobre el desafortunado fallecimiento del capitán, en preparación para la investigación del forense al atracar —declaró con calma.

La fachada tranquila del Oficial O'Connor flaqueó, un breve destello de inquietud lo traicionó. —Seguramente eso no será necesario —murmuró, evitando el contacto visual y desviando su mirada intranquilamente—. El fallecimiento del capitán no fue sospechoso, después de todo.

Imperturbable, el Mayor Sinclair continuó, su tono insistente: —Los procedimientos dictan un informe exhaustivo en tales circunstancias, Oficial O'Connor. Debemos adherirnos al protocolo.

La mirada de Elizabeth permaneció fija en el Oficial O'Connor, estudiando cada uno de sus movimientos. El sutil temblor en sus manos, mientras intentaba mantener su compostura segura, no pasó desapercibido para ella. Había un destello de energía nerviosa en sus ojos, revelando la agitación de sus pensamientos. Su pregunta fue directa, su voz compuesta, y sus ojos nunca vacilaron mientras preguntaba: —¿Desde hace cuánto tiempo conocía al Capitán Marlowe?

Los ojos del Oficial O'Connor se desviaron, una señal reveladora de incomodidad. —Varios años —respondió, el breve titubeo en su voz traicionando su ansiedad—. Hemos servido juntos en varios barcos a lo largo de los años.

Elizabeth se inclinó ligeramente, su aguda mirada sin perder detalle. —¿Y cómo describiría su relación con él? —indagó, su curiosidad evidente.

—Estrictamente profesional —respondió un poco demasiado rápido, su actitud defensiva filtrándose.

Percibiendo las narrativas no expresadas detrás de sus palabras, Elizabeth intercambió una mirada cómplice con el Mayor Sinclair. Las cautelosas respuestas del Oficial O'Connor y su manera de eludir el contacto visual sugerían complejidades en su relación con el capitán, potencialmente cruciales para desentrañar el enigma de la muerte del capitán.

Detectando una oportunidad, Elizabeth levantó una ceja interrogante hacia el Mayor Sinclair, quien asintió sutilmente en señal de aprobación, animándola silenciosamente a profundizar más. Volviendo a centrarse en el Oficial O'Connor, preguntó: —En los días previos a la muerte del capitán, ¿notó algún comportamiento inusual por su parte?

El Oficial O'Connor, con los dedos tamborileando nerviosamente sobre el escritorio, hizo una pausa. Después de un momento, dijo: —¿Inusual? No, nada por el estilo. Fue un día normal.

El Mayor Sinclair se enderezó, su presencia imponente sin necesidad de palabras. —Es esencial para nosotros entender todos los aspectos de los últimos días del capitán —afirmó, su voz resonando con un timbre tranquilo pero autoritario—. A menudo es en los detalles más pequeños donde la verdad se esconde.

El Oficial O'Connor, su expresión una maraña de irritación e inquietud, se movió incómodamente. —No ocurrió nada inusual —insistió, sus ojos desviándose, sus palabras bordeadas de actitud defensiva. La mirada fugaz y los hombros tensos hablaban más alto que su tono cortante.

Elizabeth, agudamente sintonizada con la incomodidad del Oficial O'Connor, alteró su táctica. —Oficial O'Connor, ¿podría ser tan osada como para preguntar sobre su situación financiera? —aventuró.

La pregunta, inesperada y afilada, lo pilló desprevenido, haciéndole tropezar con sus palabras. —¿Mis... finanzas? —repitió, su voz perdiéndose en un silencio desconcertado—. No estoy seguro de cómo se relaciona esto con el fallecimiento del Capitán Marlowe.

El Mayor Sinclair dio un paso adelante, manteniendo un tono diplomático, pero firme. —Explorar todas las vías es estándar en tales investigaciones. Relaciones, circunstancias, todo pinta el cuadro más amplio.

El Oficial O'Connor, una tormenta de enojo burbujeando bajo la superficie, intentó una desestimación. —Mi estado financiero seguramente no tiene relevancia aquí —dijo, su mirada vacilando entre Elizabeth y el Mayor.

El Mayor Sinclair sostuvo su mirada firmemente. —Tenemos motivos para creer que el Capitán Marlowe le estaba extorsionando —reveló.

La reacción del Oficial O'Connor fue visceral, casi teatral en su intensidad. —¡Absoluta insensatez! —soltó, con indignación chispeando en sus ojos.

El Mayor Sinclair vaciló, dejando que el silencio se extendiera un momento antes de añadir: —Su situación no es un secreto, Oficial O'Connor. Varias personas a bordo han corroborado esta información.

—Están fabricando historias —insistió, su barniz de control agrietándose, su voz elevándose—. ¿Extorsionándome, por qué, exactamente?

Elizabeth enfrentó su desafío. —Parece que sus pérdidas en el juego han sido bastante cuantiosas, Oficial O'Connor. Y se habla de deudas sustanciales con personajes poco recomendables... la mafia italiana, por ejemplo.

El color se drenó del rostro del Oficial O'Connor, dejándolo un tono más pálido, su bravuconería evaporándose como la niebla. Su boca se abrió, luego se cerró, sin palabras que surgieran. Las palabras de Elizabeth habían dado en el blanco, el peso de la acusación colgando en el aire como una densa niebla.

El Mayor Sinclair, con voz firme, dejó al descubierto la cruda realidad. —El Capitán Marlowe descubrió sus tratos clandestinos: contrabando para la Mafia italiana para compensar sus deudas de juego —declaró, con los ojos invariablemente fijos en O'Connor. Con

cada palabra, metódicamente ensamblaba las piezas de un siniestro rompecabezas—. Su objeción a la autopsia del capitán dice mucho, oficial. Sugiere que podría estar ocultando más de lo que afirma —la habitación, impregnada de un silencio palpable, parecía contener la respiración mientras las afirmaciones de Sinclair echaban raíces.

Conmoción y negación parpadearon en las facciones del Oficial O'Connor, su compostura desmoronándose bajo el escrutinio inquebrantable del Mayor Sinclair. Las palabras parecieron fallarle mientras el aire pendía con acusaciones tácitas.

—Sus deudas de juego y vínculos con el crimen organizado no son ningún secreto —comentó Elizabeth, su mirada firme e imperturbable mientras lanzaba la acusación, la calma en su voz desmintiendo la severidad de sus palabras.

La ira del Oficial O'Connor estalló, obliterando cualquier pretensión restante de cordialidad. —No tenéis ni idea de con qué estáis tratando. Os convendría retroceder si sabéis lo que os conviene —gruñó, su cuerpo tensándose mientras se ponía de pie de un salto. Su puño se estrelló contra el escritorio, haciendo eco de su furia, antes de girarse bruscamente y salir como una tromba, dejando tras de sí un rastro de tensión palpable.

La habitación pareció contraerse, el aire cargado de miedos no expresados. La postura del Mayor Sinclair se tensó mientras se volvía hacia Elizabeth, sus ojos reflejando la gravedad de su situación. Sin una palabra, su mutua comprensión era clara: habían aventurado, en efecto, en territorio peligroso.

Se inclinó hacia delante, sus manos aferrando el borde del escritorio. —Elizabeth —su voz bordeada de urgencia cortó la atmósfera cada vez más densa—. Nos hemos metido en aguas traicioneras, más profundas de lo que nunca anticipamos —su mirada sostuvo la de ella, inquebrantable, transmitiendo el peso de su realidad compartida. El peligro al que se enfrentaban no era solo una amenaza abstracta, sino una preocupación tangible e inmediata.



Capítulo Catorce

ELIZABETH BUSCÓ CONSUELO EN su camarote para el almuerzo, con la mente aún ocupada por el inquietante encuentro con el Oficial O'Connor. Con el Mayor Sinclair ocupado con sus tareas en la enfermería, el camarote le ofrecía un santuario tranquilo para reflexionar y ordenar sus pensamientos. Los sándwiches se mostraban ante ellas en una disposición tentadora: pepino con queso cremoso anidados en un pan suave, jamón con una generosa capa de mostaza, y huevo guarnecido con berros frescos, cada uno meticulosamente cortado en triángulos perfectos. El camarote, un refugio alejado de los animados pasillos del barco, estaba impregnado con el reconfortante aroma del té Earl Grey, cuyo vapor se elevaba en espiral desde una tetera de porcelana.

Cuando Meli abordó el tema del Oficial O'Connor, deslizó subrepticiamente un trozo de jamón en su regazo. Con un toque hábil, limpió la mostaza y discretamente se lo dio al ansioso cachorro bajo la mesa. —Elizabeth, sobre lo que descubrimos anoche respecto al Oficial O'Connor... —comenzó Meli, con la mirada desviándose hacia las travesuras del cachorro.

La postura de Elizabeth se tensó ligeramente, un cambio imperceptible que subrayaba su creciente ansiedad por involucrar a Meli en algo tan peligroso. Su voz se mantuvo firme al hablar, pero el

sutil surco de su ceño insinuaba preocupaciones más profundas. —Meli, son solo chismes de a bordo. Nada de lo que debas preocuparte.

Meli desvió la mirada del cachorro hacia Elizabeth, con expresión endurecida. —No soy una niña, Elizabeth, tengo dieciocho años. Si el Oficial O'Connor es sospechoso, entonces debo saberlo. —Sus dedos se tensaron momentáneamente alrededor de su servilleta, revelando un destello de la frustración que mantenía bajo control.

—Meli, no se trata solo de tu edad. El peligro aquí... es real e impredecible. —Su mirada se encontró con la de Meli, firme y seria, reflejando la gravedad de sus palabras. Como el incesante golpear de las olas del océano contra el casco de un barco, los pensamientos de Elizabeth se agitaban y arremolinaban en su interior. Cada verdad no revelada era un escudo contra el peligro, pero cada omisión se sentía como una traición a la confianza que su prima había depositado en ella.

Meli se inclinó hacia delante, con las manos apoyadas en la mesa, inconscientemente encogidas en pequeños puños. —¿Pero no es conocer el peligro la mejor manera de evitarlo?

Aunque el argumento de Meli era perfectamente válido, hacerla partícipe de sus descubrimientos y sospechas podría ponerla en peligro. Necesitaba una distracción. —¿Por qué no lo sacamos fuera a que tome un poco de aire? —sugirió, mirando al cachorro, esbozando una breve sonrisa.

La emoción bailaba en los ojos de Meli ante la anticipación de una nueva libertad. La perspectiva de explorar más allá de las paredes del camarote que habían sido su mundo llenó sus palabras de una energía vibrante. —Conozco algunos lugares apartados que serían perfectos para un paseo tranquilo, lejos de miradas indiscretas. —Sus palabras, teñidas con un sentido de aventura, reverberaban con la emoción de explorar territorios inexplorados.

Elizabeth, al escuchar las palabras de Meli, sintió una punzada de aprensión. La mera idea de que Meli deambulara por los caminos menos transitados del barco, especialmente dado el secreto que

rodeaba su llegada, le envió una ola de inquietud. Observó la expresión animada de Meli, la luz de la exuberancia juvenil en sus ojos, y a Elizabeth le sorprendió lo poco que sabía de los movimientos clandestinos de Meli a bordo del barco.

Mientras Meli colocaba el abrigo, fabricando un acogedor refugio para el cachorro, la mente de Elizabeth era un torbellino de emociones contradictorias. Él se acurrucó en su acogedor escondite, su pequeña nariz temblando de curiosidad. —Tendremos que mantenerlo tranquilo y callado —susurró Meli, sus caricias afectuosas en su pelaje resultaban reconfortantes en medio de su operación encubierta.

Elizabeth examinó cautelosamente los pasillos mientras se escabullían del camarote, mientras Meli sostenía al cachorro cerca, su diminuta forma oculta entre los pliegues de su abrigo.

Cuando Elizabeth y Meli pisaron la cubierta iluminada por el sol, una refrescante brisa marina las recibió, un delicioso cambio respecto a la quietud del camarote. La cubierta bullía de actividad, los pasajeros disfrutaban del respiro después de la tormenta. Conversaciones alegres y risas llenaban el aire, creando una atmósfera vibrante.

La voz de Julia Hammond se elevó por encima del suave murmullo. —Elizabeth, ¿no es este clima una agradable sorpresa después de la furia de anoche? —Su sonrisa era tan brillante como el día mismo—. ¡Hoy es simplemente glorioso! —Sus palabras flotaban en la brisa, portando una alegría contagiosa.

Elizabeth respondió con una cálida sonrisa. —Ciertamente, Julia, es un cambio de lo más agradable. Pensamos aprovechar al máximo el sol antes de llegar a casa. —Su tono era ligero, insinuando el final de su breve interacción.

La sonrisa de Meli reflejaba la de Elizabeth, añadiendo: —Es el día perfecto para levantar el ánimo de todos. Disfruten de su tarde —dijo, con la voz teñida de la misma ligereza.

Tras despedirse de los Hammond, Meli guió a Elizabeth a una parte apartada del barco. Era un recodo oscuro, envuelto en

quietud, aparentemente intacto por las habituales multitudes del barco. Aquí, Meli bajó cuidadosamente al cachorro, que exploraba sus nuevos alrededores con ansiosos olfateos y juguetones saltos.

La curiosidad tiñó la voz de Elizabeth. —¿Cómo demonios encontraste este lugar? —Examinó el área con ojo crítico. El rincón, escondido detrás de una puerta de servicio raramente usada, era una parte oculta de la anatomía del barco, olvidada por la mayoría. Aquí, en medio del silencioso zumbido de motores distantes y el suave crujir de la madera, se encontraba un área pequeña y discreta. Estaba bordeada por una serie de cajas desgastadas y cuerdas enrolladas, que proyectaban largas y complicadas sombras en la cubierta, ofreciendo un vistazo poco común al encanto marítimo crudo y sin adornos, muy alejado de la grandeza del barco.

Meli respondió con naturalidad: —Me lo enseñó Dimitri. Se escabullen por aquí hasta la cocina para conseguir comida después de las horas permitidas. Es tranquilo aquí. Casi nadie pasa por este camino. —Sus palabras, pronunciadas con facilidad, ocultaban la aguda conciencia que tenía de los espacios menos frecuentados del barco.

Mientras el cachorro se deleitaba en su exploración, Elizabeth abordó un tema delicado: —Meli, sobre Dimitri... ¿Cuán bien le conoces realmente? —Su tono era suave, pero llevaba una corriente subyacente de preocupación.

La expresión de Meli era pensativa. —No muy bien, pero me cuidó en tercera clase. No todos se tomaron demasiado bien que alguien como yo estuviera allí.

Un destello de comprensión cruzó el rostro de Elizabeth. —Ya veo. Es solo que... con todo lo que está sucediendo a bordo, saber en quién confiar es crucial. —Mientras reflexionaba sobre el comentario de Meli, un pensamiento tomó forma silenciosamente en su mente: las formas sutiles pero omnipresentes en que los prejuicios de clase pueden manifestarse, afectando los juicios y la confianza.

Meli replicó: —Ser pobre no le hace indigno de confianza, Elizabeth. Fíjate en el Oficial O'Connor, que, a todos los efectos, parece ser un hombre respetable en la superficie.

Elizabeth asintió en acuerdo. —Cierto. —Reflexionó sobre lo fácil que era pasar por alto las virtudes en los menos afortunados, mientras se atribuía inadvertidamente nobleza a los adinerados. Esta perspectiva persistió en su conciencia, como un recordatorio de las complejas complejidades de la naturaleza humana y del tejido social a bordo del barco—. Has mencionado hambre antes. ¿Era tan duro en tercera clase? —retomó el comentario anterior de Meli.

Una sombra pasó por las facciones de Meli. —Sí, muchos allí apenas tenían lo suficiente para el viaje, mucho menos para comida. Era tan sombrío allí abajo, Elizabeth. —Suspiró, su admisión llevaba el peso de las dificultades que había presenciado.

Elizabeth contemplaba el horizonte distante, las luchas invisibles de aquellos en las cubiertas inferiores pesaban en su mente. —Es un mundo diferente en tercera clase, ¿verdad? Uno que raramente vemos aquí arriba —reflexionó.

Mientras continuaban su paseo, la voz de Meli bajó, con una nota vacilante asomándose. —Yo... me colé una vez en tu camarote buscando comida. No esperaba que volvieras tan pronto. Es que tenía tanta hambre.

Un silencioso jadeo escapó de Elizabeth, mientras las piezas del rompecabezas de sus sospechas anteriores encajaban. —Así que eras tú —murmuró, conectando eventos pasados—. Había sentido que alguien estaba allí, pero pensar que eras tú... Oh, Meli.

Navegando por los márgenes más silenciosos de la cubierta, Elizabeth de repente se detuvo, una brusca inhalación traicionó su sorpresa. Instintivamente, extendió la mano, agarrando ligeramente el brazo de Meli, arrastrándolas a ambas de vuelta a la sombra protectora de una pila de tumbonas. Por casualidad, se habían encontrado con Giovanna Rossi y Henry Wallace, profundamente absortos en una conversación susurrada en un rincón escondido de la cubierta.

El corazón de Elizabeth se aceleró, una oleada de pensamientos arremolinándose en su mente. Había estado tratando de mantener a Meli al margen de la investigación, de protegerla de la red de intrigas que parecía enredar cada rincón del *SS Andromeda*. Sin embargo, aquí estaban, tropezando involuntariamente con lo que podría ser un momento crucial en su indagación clandestina. La improbable pareja de Giovanna y Henry, su elección de un lugar tan aislado para una reunión, todo gritaba de tratos encubiertos.

Observando con cautela, los ojos de Meli se estrecharon. —¿Quiénes son? —su voz era un susurro, apenas audible por encima del suave chapoteo del mar contra el barco.

El agarre de Elizabeth en el brazo de Meli se aflojó, pero su instinto protector no disminuyó. Conocía demasiado bien los peligros que yacían en desenredar el laberinto de secretos a bordo del barco. Con cada nueva revelación, los riesgos parecían incrementarse, y ahora Meli estaba justo en medio de todo con ella. ¿Qué podrían estar discutiendo Giovanna y Henry que requería tal secretismo? Y más importante, ¿cómo podría navegar esta delicada situación sin poner a Meli en peligro? El peso de estas preguntas presionaba fuertemente sobre ella,

—Esa es Giovanna Rossi, y con ella está Henry Wallace —admitió. Elizabeth observaba con atención, sus oídos sintonizados con el tono de la conversación de Giovanna, sorprendentemente fluida en inglés. La revelación encendió en ella una mezcla de sorpresa y sospecha.

—¿Y ella no sospecha nada? —las palabras de Giovanna, teñidas de urgencia, flotaron hasta ellas.

La respuesta de Henry, igualmente silenciosa pero clara, fue una revelación en sí misma. —No, está completamente en la inopia. Creo que hemos conseguido salirnos con la nuestra.

El peso de sus palabras colgaba densamente en el aire. Las piezas del rompecabezas comenzaban a alinearse en la mente de Elizabeth, formando un mosaico de dudas e intriga. *¿Por qué la pretensión? ¿Qué están ocultando?*

El cachorro, un manojo de energía, pareció sentir la atmósfera cargada. Con un repentino arrebato de entusiasmo, se lanzó hacia Giovanna y Henry, sus ladridos perforando el aire silencioso como notas agudas en un pasillo silencioso.

Meli se abalanzó hacia adelante en un desesperado intento por recuperar al cachorro. Sus dedos aletearon en el aire, tejiendo súplicas silenciosas y urgentes, como tratando de atraer al cachorro con hilos invisibles. Sus llamadas susurradas, una mezcla de persuasión y urgencia, apenas se elevaban por encima del sonido del mar, pero el cachorro, ahora fijado en Giovanna y Henry, correteaba juguetonamente, ajeno a la creciente angustia de Meli.

La interrupción captó la atención de Giovanna y Henry, sus cabezas girándose bruscamente hacia la fuente del ruido. La momentánea pérdida de compostura de Giovanna y el destello de molestia de Henry no escaparon a Elizabeth.

Giovanna y Henry intercambiaron palabras susurradas, su apresurada separación traicionaba una urgencia que era palpable. Mientras desaparecían en direcciones opuestas, los ojos de Elizabeth se cruzaron con los de Giovanna. Fue una conexión fugaz, pero cargada con una tormenta de preguntas no expresadas y sospechas arremolinadas.

En la mirada de Giovanna, Elizabeth vio un destello de comprensión, un atisbo de miedo —la máscara deslizándose lo suficiente para revelar la agitación debajo. El estómago de Elizabeth se tensó, una respuesta visceral a la confrontación silenciosa. El aire entre ellas chisporroteaba con tensión, pesado con el peso de secretos y acusaciones no expresadas.

El tiempo pareció ralentizarse, cada segundo alargándose, cargado de significado. Elizabeth sintió la gravedad del momento — el conocimiento de que Giovanna la había visto, que sabía que Elizabeth era consciente de su engaño. La tensión era como una cuerda tensa, lista para romperse.

Entonces, tan rápido como había comenzado, el momento pasó, dejando a Elizabeth con un persistente sentimiento de inquietud. El

nudo en su estómago permaneció, un recordatorio físico de la compleja red de intriga en la que todos estaban enredados a bordo del *SS Andromeda.*



Capítulo Quince

ELIZABETH ENTRÓ EN LA enfermería, donde el característico aroma a antiséptico mezclado con un toque de esencia herbal la envolvió. El aire fresco y estéril le acarició la piel, contrastando bruscamente con la cubierta caldeada por el sol que acababa de abandonar. Avanzó a través del silencioso murmullo de la sala médica, con la nítida y blanca ropa de cama de las pulcras camas difuminándose a su paso, hasta que llegó donde se encontraba el Mayor Sinclair en el pequeño despacho contiguo.

El Mayor Sinclair, desviando su atención de los informes médicos desplegados sobre su escritorio, la recibió con un gesto hacia una bandeja de té recién preparada. La calidez de su voz suavizó la atmósfera formal de la habitación. —Ah, Elizabeth, querida, ¿te apetece un poco de té?

Mientras servía el té, Elizabeth observó cómo el vapor se elevaba en suaves remolinos, suavizando la asepsia clínica de la habitación. —Tío, antes me he encontrado con algo intrigante relacionado con Giovanna Rossi y Henry Wallace. Podría ser significativo para nuestra investigación.

El ceño del Mayor Sinclair se frunció pensativo mientras se reclinaba en su silla. —¿Giovanna Rossi y Henry Wallace? —murmuró, más para sí mismo que para Elizabeth. Sus dedos

tamborileaban inquietos contra los reposabrazos de su silla de cuero, un signo visible de su mente recomponiendo esta inesperada revelación—. No sabía que se conocieran —dijo finalmente, su mirada encontrándose con la de Elizabeth.

Elizabeth dio un sorbo a su té, con la mirada sin centrarse realmente en la taza sino más bien perdida en sus pensamientos. —Yo tampoco —dijo, dejando la taza con un suave tintineo—. Aunque el lugar de su encuentro bastante clandestino plantea varias preguntas. —Su voz se desvaneció, sugiriendo una multitud de pensamientos tácitos arremolinándose bajo la superficie.

Las cejas del Mayor Sinclair se arquearon, una clara señal de su creciente intriga. —¿De verdad? —preguntó, inclinándose ligeramente hacia delante, con la luz reflejando la agudeza en sus ojos.

Elizabeth hizo una pausa, mirándole directamente. —¿Recuerdas nuestra reunión anterior con la señorita Rossi, donde afirmó que apenas hablaba inglés?

Su asentimiento fue lento, pensativo.

—Resultó ser toda una lingüista con Henry Wallace —continuó Elizabeth, bajando un poco la voz mientras se inclinaba, confiándole los detalles de la reunión secreta y la sobresaltada reacción de Giovanna al verla—. ¿Podrían Giovanna Rossi y Henry Wallace haber conspirado en el prematuro final del capitán?

Absorto en sus pensamientos, la mano del Mayor Sinclair se dirigió a su barbilla, sus dedos acariciando distraídamente la piel mientras reflexionaba. —El motivo con la señorita Rossi es evidente, pero ¿Henry Wallace? Sus vínculos con el capitán Marlowe siguen siendo oscuros.

El ceño de Elizabeth se profundizó, reflejando su rompecabezas interno. —Su franqueza acerca de su historia con el capitán deja mucho que desear.

—Entonces, parece que una visita al señor Henry Wallace es necesaria —concluyó el Mayor Sinclair, poniéndose de pie.

Los crujidos y gemidos del barco susurraban en el aire, como un compañero constante en su incesante viaje a través del océano. Elizabeth y el Mayor Sinclair, como navegantes, se adentraron más profundamente en las turbias aguas de su investigación.

Los sospechosos, cada uno envuelto en sus propios misterios, destellaban en los pensamientos de Elizabeth, pintando una película muda de sombras y motivos, cada fotograma cargado de complejas posibilidades.

Al entrar en el salón, bullicioso con la animada esencia de sus invitados, la mirada de Elizabeth encontró inmediatamente a Henry Wallace y su esposa, Margaret, acurrucados en un acogedor rincón. La pareja, absorta en su conversación, parecía instalada en su propio mundo privado, apartada del animado ambiente.

El Mayor Sinclair dio un paso adelante, su voz cortando el murmullo. —Señor y señora Wallace —comenzó, el tono oficial de sus palabras contrastando con el entorno informal—, estamos recopilando declaraciones para el forense sobre el desafortunado fallecimiento del capitán Marlowe. Sus perspectivas podrían resultar invaluables.

La mano de Henry apretó el tallo de su copa de vino, mirando a su alrededor, con un destello de aprensión ensombreciendo brevemente sus rasgos. —No estábamos sentados cerca del capitán cuando ocurrió —afirmó, con un toque de actitud defensiva subyacente en sus palabras—. No estoy seguro de que podamos ayudar con sus pesquisas.

A su lado, la mano de Margaret descansaba tranquilizadoramente sobre su brazo, su gesto tierno pero firme. Se dirigió al Mayor Sinclair con una calma que desmentía las corrientes subyacentes de la conversación. —Por supuesto, Mayor —habló, su voz contrastando suavemente con la tensa respuesta de su marido—. Estaríamos encantados de ayudar con sus investigaciones. Sin embargo, como Henry mencionó, nuestra mesa estaba a cierta distancia de la del capitán y eso puede limitar nuestro conocimiento.

Elizabeth observó el intrincado intercambio entre los Wallace. Sus sutiles gestos —un agarre más firme, un toque de apoyo, una inclinación— eran como delicadas pinceladas que añadían profundidad a su narrativa compartida, revelando un vínculo tácito.

—¿Podemos? —preguntó el Mayor Sinclair, señalando las sillas vacías en la mesa. Henry Wallace asintió a regañadientes, antes de que Elizabeth y el Mayor Sinclair tomaran asiento—. ¿Cuál era su relación con el capitán Marlowe? —Sus ojos, reminiscentes de la aguda mirada de un halcón, se desplazaron de Margaret a Henry con deliberado escrutinio.

Margaret, con su compostura intacta, respondió con suavidad: —Nunca lo había conocido antes de este viaje. —Su voz, tranquila y controlada, no revelaba corrientes subyacentes más allá de su declaración.

La reacción de Henry, sin embargo, estaba teñida de cautela. Se tomó un momento, sus ojos desviándose brevemente de Elizabeth al Mayor Sinclair. Cuando habló, su voz tenía un matiz de reserva. —No recuerdo ninguna interacción particular con el capitán. —Sus palabras fueron deliberadas, y su postura, sutilmente más rígida que antes, hablaba de una tensión no expresada.

Elizabeth observó el sutil cambio en la manera de Henry. Una rápida y significativa mirada intercambiada con el Mayor Sinclair habló por sí sola. Las cautelosas frases, las respuestas medidas; todos eran fragmentos esenciales del complejo rompecabezas que estaban armando.

El Mayor Sinclair, con su sospecha apenas velada, profundizó más. —Señor Wallace, ¿es posible que haya conocido al capitán Marlowe antes de este viaje? —Su mirada, implacable e inquisitiva, buscaba descubrir las capas bajo el compuesto exterior de Henry.

La respuesta de Henry fue una clase magistral en sutileza; un ligero cambio en su asiento, como si el peso de la pregunta fuera tangible. —Mayor, mis viajes han sido extensos, conociendo a muchas personas en el camino. Es concebible que nuestros caminos se hayan cruzado, pero no me viene a la mente ningún recuerdo

específico. —Su tono era casual, aunque cada palabra parecía cuidadosamente elegida. Una pieza de ajedrez movida en un juego de verdades veladas.

A su lado, la mano de Margaret encontró la suya, un silencioso ancla en un mar de escrutinio. Su rostro mantuvo una fachada de calma, pero sus ojos se dirigieron a Henry, un vistazo breve pero revelador de su mundo compartido de palabras no dichas.

Elizabeth, siempre observadora, sintió las corrientes subyacentes en juego. Una historia se desplegaba ante ella, envuelta en medias verdades y silenciosas afirmaciones.

Las palabras de Margaret, apenas más audibles que un suspiro, cortaron el tenso silencio. —Cariño, quizás sea mejor ser sincero.

Los ojos de Henry se encontraron con los de Margaret, una fugaz tormenta de vacilación en su interior. Inhaló profundamente, como un hombre afirmándose al borde de un precipicio.

La mirada de Elizabeth estaba fija, sus instintos alerta. El sutil aliento de Margaret y la lucha interna de Henry eran signos reveladores de una narrativa mucho más compleja de lo que aparentaba en la superficie.

Con un pesado suspiro que parecía cargar con el peso de su pasado, Henry levantó lentamente su parche. La cicatriz debajo no era solo una marca en su piel, sino un recordatorio crudo y visceral de su calvario: un camino nudoso de quemaduras curadas y injertos que serpenteaba hasta su cuello. La mirada de Elizabeth se detuvo en este duro testimonio de supervivencia, sus ojos trazando los contornos de su cicatrizada historia.

—Impresionante, ¿verdad? —La voz de Henry rompió el silencio mientras comenzaba a desabotonarse la chaqueta, cada movimiento sugiriendo una narrativa más profunda y extensa de cicatrices ocultas debajo.

El Mayor Sinclair, su voz una suave interrupción, dijo: —No será necesario. —Su comportamiento revelaba una profunda comprensión de los horrores tácitos que Henry había soportado.

Henry se detuvo, su mano momentáneamente suspendida sobre su chaqueta. La breve vacilación reveló la confusión interna. —Serví con el capitán Marlowe hace muchos años —comenzó de nuevo, su voz cargada con el peso de recuerdos distantes—. Le advertí sobre los riesgos en la sala de calderas numerosas veces... —Su voz se desvaneció, perdida en los ecos de un pasado inquietante—. Era un desastre en ciernes, pero él fue sordo a mis advertencias. Entonces estalló el incendio... —El ojo de Henry se cerró brevemente, como reviviendo el horror—. Los gritos... todavía puedo oírlos. —Tragó saliva con dificultad, una lucha visible en su rostro—. De alguna manera, fui uno de los pocos que sobrevivió. Unos pescadores me encontraron apenas con vida. —Cada palabra que pronunciaba tendía un puente entre el entonces y el ahora, teñido tanto de agradecimiento por su supervivencia como de dolor por aquellos que se perdieron—. Marlowe creyó que había perecido con los demás.

—El capitán te vio como un fantasma de su pasado —murmuró Elizabeth, comprendiendo.

Henry asintió, su ojo solitario una ventana a un mar de traumas pasados. —Para él, yo era el fantasma de una tragedia de la que no podía escapar. —Su mirada se dirigió a Margaret—. Después del accidente, estuve en el hospital durante meses. Ahí es donde conocí a Margaret. —Su mirada hacia su esposa fue una serenata silenciosa de su pasado compartido.

Margaret, con su sonrisa como una suave iluminación en la recordada oscuridad, le apretó la mano. —Fue entonces cuando nuestros caminos se cruzaron.

—Y fue amor a primera vista —añadió Henry, su mirada hacia Margaret tierna, su voz suavizándose, un marcado contraste con la dureza de su relato—. Ese incendio... de alguna manera me llevó a mi esposa y a mi eventual felicidad.

El aire pareció detenerse a su alrededor, el momento un tributo viviente a un vínculo forjado en la adversidad. Sin embargo, Elizabeth, con su mente siempre en la búsqueda de la verdad,

redirigió suavemente la conversación. —Señor Wallace, sobre su relación con Giovanna Rossi...

El cambio fue palpable mientras el comportamiento de Henry se enfrió, su calidez anterior disipándose como la niebla. Vaciló, un destello de confusión cruzando su rostro. —¿Giovanna Rossi? Yo... no estoy seguro de lo que insinúas.

Margaret, que hasta ahora se inclinaba cerca de Henry, visiblemente se encogió, sus cejas frunciéndose. Su reacción era un claro indicador de que la revelación de Elizabeth era novedad para ella.

Impasible, Elizabeth mantuvo su mirada firme. —Os vi juntos antes, en una parte bastante apartada del barco. Parecía bastante... íntimo.

La respuesta de Henry fue un enredo de actitud defensiva y vacilación, sus palabras surgiendo con menos seguridad que antes. —Fue mera coincidencia... intercambiamos algunas cortesías, eso es todo —insistió, aunque su voz tembló, delatando falta de convicción.

Elizabeth notó con perspicacia el cambio en la dinámica. El leve retroceso de Margaret y su evidente dolor hablaban por sí mismos.

Elizabeth se inclinó hacia delante, su tono afilándose. —Un lugar inusual para una charla casual, ¿no cree, señor Wallace? Especialmente dado el... interesante carácter de la conversación.

La fachada de compostura de Margaret se quebró, una ola de dolor y confusión lavando su rostro. Sus ojos, grandes e inquisitivos, revolotearon entre Henry y Elizabeth, la angustia evidente en sus palabras tartamudeadas: —Henry, ¿qué... qué está pasando?

Henry, al ver el dolor grabado en el rostro de su esposa, se dio cuenta de la futilidad de mantener su fachada. Su lenguaje corporal se suavizó, un instinto protector tomando el control mientras alcanzaba su mano, buscando tender un puente sobre la brecha que sus secretos habían creado. —Margaret, iba a ser una sorpresa —comenzó, su voz teñida de arrepentimiento—. Admiras tanto la música de Giovanna. Estaba organizando que actuara en nuestra próxima fiesta de aniversario.

La duda centelleó en los ojos de Margaret como una llama vacilante, lentamente reemplazada por una comprensión naciente y, finalmente, alivio. Una pequeña sonrisa agradecida emergió, su voz temblando de emoción: —Oh, Henry... eso es increíblemente considerado de tu parte.

Cuando salieron del salón, el Mayor Sinclair rompió el silencio con un tono bajo: —Parece que el señor Wallace es improbable que sea nuestro hombre —murmuró, con la voz lo suficientemente baja para que solo Elizabeth pudiera oír.

Elizabeth asintió, su mente acelerada con las implicaciones de sus últimos hallazgos. —En efecto, pero ahora debemos centrar nuestra atención en Giovanna Rossi. Muy bien podría haber actuado sola.

Se detuvieron, sus pasos deteniéndose momentáneamente mientras reflexionaban sobre este nuevo ángulo. Bajando la voz, Elizabeth miró alrededor del pasillo, asegurándose de que su conversación permaneciera confidencial. —Necesitamos entrevistar a Giovanna Rossi a continuación. Sigue siendo una figura enigmática dentro de este complejo rompecabezas.

El Mayor Sinclair sacó su reloj de bolsillo, entrecerrando los ojos. —Dado la hora, y con el baile de la cena esta noche —reflexionó, cerrando el reloj con un suave chasquido—, podría ser prudente esperar hasta mañana. Necesitamos abordar esto con mentes claras y toda nuestra atención.

Ella asintió en acuerdo, su mente ya tejiendo las posibilidades de la velada por venir. —En efecto, el evento de esta noche podría ser la oportunidad perfecta para observar a los otros pasajeros, para reunir más información —sugirió.

—Efectivamente —coincidió el Mayor Sinclair, metiendo el reloj de nuevo en su bolsillo. Sus ojos se encontraron con los de ella, reflejando una resolución compartida—. A primera hora de mañana, hablaremos con la señorita Rossi.

Elizabeth, perdida en un mar de pensamientos, reflexionó sobre la complejidad de su tarea. En un barco lleno de secretos, algunos envueltos en amor y otros en sombras, el camino hacia la verdad

permanecía oscurecido. Elizabeth sabía que su viaje a través de estas aguas turbias estaba lejos de terminar.



Capítulo Dieciséis

ELIZABETH ACUNABA UNA TAZA humeante, su calor penetrando en sus dedos, un bálsamo táctil contra la inquietud del día. El aroma de la manzanilla, suave y calmante, se entretejía en el aire, como un suave desenredo de pensamientos anudados.

Su mirada se desvió hacia Meli, enfrascada en una juguetona conversación con el cachorro. Sus alegres ladridos y despreocupados revolcones proyectaban sombras caprichosas, su ligereza atravesando el velo sombrío del día. La voz de Meli, con una suave cadencia, entrelazada con la exuberancia del cachorro, arrancó una sonrisa reticente de los labios de Elizabeth.

El tictac del reloj, constante y discreto, marcaba el paso hacia la noche. Meli miró a Elizabeth, con un destello juguetón compensando la ligera caída de sus hombros. —Es casi la hora del baile de la cena. ¿No deberías estar preparándote? —observó, sus palabras flotando por encima de las alegres travesuras del cachorro. El cachorro, en su inocente juego, parecía suavizar el filo de su decepción por su confinamiento—. ¿Ya has seleccionado un vestido?

Elizabeth, momentáneamente perdida en el ritmo de sus pensamientos, negó con la cabeza. El peso del día momentáneamente visible en su postura.

Meli se deslizó hacia el armario, su mirada recorriendo pausadamente la colección de vestidos. Deteniéndose ante un vestido color granate de Madeleine Vionnet, sus ojos se iluminaron con aprecio. —Permíteme vivir vicariamente a través de ti seleccionando tu atuendo —dijo, sus palabras suavizadas por una cálida sonrisa. Sus dedos demoraron sobre la tela, luego eligió con seguridad el vestido, cuyas cuentas centelleaban bajo la luz eléctrica mientras se lo presentaba a Elizabeth—. Este —declaró con un floreo —, es absolutamente perfecto para ti.

—Excelente elección —murmuró Elizabeth levantándose, su aprecio evidente mientras se alzaba de la silla. Sintió el peso de la noche asentarse sobre ella, cada paso hacia la preparación haciendo eco de las cuidadosas deliberaciones de un juego estratégico. En su mente, la pista de baile se transformaba en un tablero de ajedrez, los invitados peones inconscientes en una compleja obra de verdad y engaño.

Volviéndose hacia el tocador, Elizabeth comenzó su transformación. Aplicó una sombra de ojos ahumada con un toque ligero, realzando sutilmente sus ojos avellana. Su mano, firme y precisa, pasó rímel sobre sus espesas pestañas, añadiendo profundidad a su mirada. Un toque de colorete en sus mejillas le dio un brillo saludable, y una última pincelada de lápiz labial carmesí completó su aspecto, impactante pero elegante.

Elizabeth hábilmente rizó las puntas de su liso y recto bob para que descansara a lo largo de su mandíbula, creando un elegante marco para su rostro. Fijó un pasador de pelo con incrustaciones de joyas a un lado, las piedras de granate brillando contra sus negros mechones.

En su joyero, contempló sus opciones, finalmente seleccionando pendientes de granate que reflejaban el profundo tono de su vestido. Los complementó con una delgada cadena de oro, cuyo pequeño colgante de granate se asentaba justo por encima de su clavícula.

Con la ayuda de Meli, se metió en el vestido de Madeleine Vionnet. El terciopelo de seda se ajustaba a su figura, su falda susurrando contra su piel mientras se movía. Se giró ante el espejo, los adornos de cuentas centelleando como diminutas estrellas.

Atrapando el reflejo de Meli en el cristal, Elizabeth se volvió a medias, sus ojos interrogantes. —¿Qué te parece? —preguntó, girándose ligeramente hacia ella.

Las manos de Meli se unieron en un suave aplauso, su mirada resplandeciente. —Ese vestido te queda simplemente espectacular.

Una sonrisa floreció en los labios de Elizabeth mientras se ponía sus zapatos de tacón dorados con tira en forma de T. —Meli, ¿podrías pasarme mi estola, por favor?

Meli obedeció, envolviendo la estola de hilo dorado sobre los hombros de Elizabeth, su fleco balanceándose con cada movimiento. —Esta noche, no eres simplemente una rompecorazones —bromeó Meli—. Eres una capturacorazones.

La risa de Elizabeth, ligera y despreocupada, llenó la habitación, levantando momentáneamente el peso inminente de la investigación que tenía por delante. Cogió su bolso de mano, echando una última mirada de aprobación en el espejo, confirmando su disposición para la velada.

Ella navegó por las sombras del pasillo, las cartas náuticas enmarcadas susurrando historias de mares distantes contra el brillo de la caoba mientras se dirigía al comedor.

Elizabeth entró en el comedor, recibida por los familiares tonos de oro y granate y las suaves melodías del "Claro de Luna" de Debussy desde la orquesta de la esquina. Brevemente, su mirada se detuvo en La Travesía, sus vibrantes olas Art Deco haciendo eco de la corriente subyacente de emoción de la noche. Navegando a través de la elegante reunión, se dirigió directamente hacia donde el Mayor Sinclair, junto con David y Julia Hammond, esperaban, su conversación pausándose en anticipación a su llegada.

—Tío Percival —saludó Elizabeth, tomando asiento, su calidez provocando una suave sonrisa que arrugaba las comisuras de sus

ojos. Luego cambió su enfoque, su mirada dirigiéndose a los Hammond—. Julia, David, ambos lucen excepcionalmente distinguidos esta noche.

La respuesta de Julia fue inmediata, sus ojos brillando. —Elizabeth, si no me equivoco, ¿no es eso un Madeleine Vionnet? Simplemente grita su última colección parisina, absolutamente divino.

La respuesta de Elizabeth vino con una sonrisa. El conocimiento de moda de Julia nunca dejaba de sorprenderla. —Efectivamente lo es —confirmó. Su atención fue captada por el atuendo de Julia, un vestido de corte al bies en un elegante tono turquesa que estaba muy de moda—. Tu vestido es realmente impresionante. El color te favorece muchísimo.

Conversaciones suaves y las melodías de la orquesta del barco llenaban el aire, dando vida al comedor. Las ofertas culinarias se transformaban en una forma de arte, con aromático salmón ahumado adornado con eneldo y alcaparras, y suculento pato asado, su piel crujiente complemento perfecto para el cítrico glaseado de naranja.

La mirada de Elizabeth recorrió la sala, finalmente posándose en Violet Demetriou, quien se sentaba rígidamente en la mesa del capitán. Incluso sin oír sus palabras, la tensión alrededor de ellos era densa, visible en la postura rígida de los hombros de Violet y la forzada curva de su sonrisa mientras respondía a Spyros. Sus propios gestos, una inclinación hacia adelante, un asentimiento decisivo, contaban una historia silenciosa de discordia. La observación de Elizabeth fue aguda, los sutiles signos de tensión no escaparon a su atención.

Bebiendo su vino, Elizabeth continuó su escrutinio, notando la fugaz mirada de inquietud de Sarah, rápidamente ocultada tras una apariencia de cortesía, Elizabeth sintió una oleada de empatía. Era un tenso ballet de emociones, todo bajo el disfraz de la civilidad, llevando a Elizabeth a reflexionar sobre las dinámicas ocultas en juego.

El comedor mismo era un torbellino de actividad, vibrante con las festividades de la noche. Las melodías de la orquesta se entretejían a través del murmullo de la conversación, una presencia calmante en medio de los animados intercambios y risas que llenaban el aire. Vestidos con sus mejores galas de noche, los invitados eran una imagen de jovialidad, aunque los sentidos de Elizabeth permanecían aguzados, su intuición de detective en alerta.

La voz de Julia, baja y urgente, cortó a través del ruido ambiental, atrayendo la atención de Elizabeth. —¿Has notado al Oficial O'Connor en la mesa del capitán, Elizabeth? Parece bastante cómodo entre el círculo de la señora Demetriou, y tan pronto después del fallecimiento del pobre capitán.

Lanzando una discreta mirada hacia la mesa del capitán, Elizabeth se inclinó, su respuesta apenas por encima de un susurro. —Destaca, ¿verdad? El Oficial O'Connor está disfrutando del protagonismo, ocupando cómodamente el vacío dejado por el capitán. Su adaptación al papel, casi como si estuviera destinado a él, dice mucho.

La mirada de Elizabeth se detuvo en Giovanna Rossi, quien ahora estaba interactuando con los Wallace con fervor animado. Le pareció curioso, recordando la pretensión anterior de Giovanna de tener dificultades con el inglés, contrastando marcadamente con su intercambio fluido con Henry Wallace. *Una actuación digna de aplauso*, notó silenciosamente, las piezas del rompecabezas alineándose pero sin encajar del todo. *El motivo y la oportunidad a menudo llevan los disfraces más convincentes.*

Cuando el último plato desapareció, discretamente retirado por la eficiencia de los camareros, la banda inició una animada melodía. El cambio en la música dio paso a la formal elegancia de la cena, dando la bienvenida a la promesa de jolgorio de la pista de baile.

—Qué espléndido festín —retumbó el Mayor Sinclair, la satisfacción resonando en su voz—. La obertura perfecta para una noche de baile.

David se puso de pie, y con una reverencia juguetona, ofreció su mano a su esposa. —¿Bailamos?

La aceptación de Julia fue rápida, su mano deslizándose en la suya con una mirada compartida de anticipación. —La pista de baile nos llama —murmuró, con un destello conspirador en su mirada.

La mirada de Elizabeth fue atraída hacia Julia y David mientras se deslizaban por la pista de baile. Julia, en un remolino de seda, giraba en los brazos de David, sus pasos perfectamente sincronizados en medio del animado ritmo. David, con una mano confiada en la espalda de Julia, guiaba su baile con precisión, sus risas mezclándose con la música.

Violet atravesó la multitud con sorprendente urgencia, su angustia tangible en los agudos cortes que hacía a través del mar de bailarines. Su vestido color marfil, una silueta fantasmal a su paso, se agitaba a su alrededor mientras la multitud se apartaba instintivamente, una ola de confusión y alarma cubriendo sus rostros. El implacable avance de Violet era tanto una súplica por escapar como una orden silenciosa mientras se abría camino.

Sarah se apresuró tras Violet, sus pasos rápidos y su mirada de ojos abiertos reflejando la urgencia de su huida. Decidida a no perder de vista a Violet en medio del repentino desconcierto, sus acciones hablaban de una lealtad inquebrantable ante el drama que se desarrollaba. A medida que avanzaban, la energía de la sala cambió sutilmente; las animadas melodías ahora sonaban contra un telón de fondo de especulaciones susurradas y miradas preocupadas. Esta corriente subyacente de intriga proyectó una sombra sobre las festividades de la noche, robando brevemente el brillo de la velada.

El Mayor Sinclair se inclinó, su voz un murmullo contra el crescendo de música. —Parece que la noche es más rica en misterios que en melodías —su mirada, aguda e inquisitiva, siguió a las figuras apuradas.

Elizabeth observó a Violet y Sarah desaparecer entre la multitud, un remolino de curiosidad acelerando su pulso. Reflexionó en

silencio, mientras la fachada de alegría de la velada se desvanecía para revelar capas de intriga debajo. —En efecto —susurró en respuesta, su mente iluminada con preguntas—. Cada sombra esta noche parece esconder una historia, cada mirada un secreto —los eventos de la noche, desarrollándose como un resorte tensamente enrollado, prometían más que mero entretenimiento; la invitaban a adentrarse más profundamente en la red de misterio que envolvía al barco.

Los contagiosos ritmos del Charleston resonaron, encendiendo la atmósfera con vitalidad. Spyros se acercó a Elizabeth con inconfundible confianza, sus pasos seguros y su mirada fija en la de ella. —Lady Elizabeth, ¿puedo tener el placer? —su voz, suave y seductora, estaba puntuada por la mano extendida que le ofrecía.

Elizabeth aceptó, su mente iluminada con la posibilidad de descubrir más sobre la abrupta partida de Violet mientras lo acompañaba paso a paso en la pista de baile.

Observando a Spyros de cerca, Elizabeth notó la ligera vidrosidad en sus ojos –un indicador de sus indulgencias pre-baile. A pesar de esto, su confianza nunca vaciló, cada movimiento deliberado y lleno de estilo.

La mirada de Elizabeth era aguda, analítica, mientras navegaba por el ritmo y los hábiles movimientos de Spyros. Cada giro y paso la llevaban más profundamente al misterio de la noche, cada pregunta silenciosamente planteada a través de los intrincados movimientos de baile que compartían.

Ella redujo la distancia sutilmente, el inconfundible aroma de alcohol en el aliento de Spyros entrelazándose en su intercambio. —No pude evitar notar la abrupta partida de la señora Demetriou —se aventuró—. Espero que no haya nada malo.

Ante su pregunta, Spyros perdió momentáneamente su ritmo, su pie resbalando en el suelo pulido, una grieta visible en su baile perfecto. Desviando la mirada, una sombra de contemplación cruzó sus rasgos. —Las maneras de Violet —comenzó, su voz desvaneciéndose en un suspiro, luego se estabilizó—, son tan

impredecibles como la negativa de mi padre a ver sus verdaderos colores.

Su expresión se suavizó, invitando a la honestidad. —A veces, el amor nos protege de la realidad.

Spyros dejó escapar una risa, teñida de cinismo. —No es amor, es infatuación. Mi padre fue atrapado por el encanto de un espejismo de Hollywood, mientras que Violet... su interés siempre fue más transaccional.

Mientras el Charleston disminuía, una palpable tensión flotaba en el aire, la vitalidad previa reemplazada por una silenciosa anticipación. Spyros, aprovechando la pausa, se inclinó, su voz un cálido susurro contra su oído. —¿Qué tal si continuamos esto con un Gin Rickey, Lady Elizabeth?

Spyros se movía por el bar con una naturalidad innata, su encanto en pleno despliegue mientras pedía sus bebidas. Elizabeth observó cómo se bebía su ginebra de un solo trago fluido, su facilidad con la botella contrastando fuertemente con los bebedores más cautelosos a su alrededor.

Apoyándose en la barra, Elizabeth hizo girar su bebida dentro del vaso. —Su relación con la señora Demetriou —preguntó, estudiándolo de cerca—, ¿cómo la describiría?

Las emociones se agitaron en el rostro de Spyros, el tumulto de un mar tempestuoso abriéndose paso antes de que lo enmascarara con una sonrisa estudiada. —Tolerable, en el mejor de los casos —admitió—. Es una asociación por conveniencia.

La curiosidad de Elizabeth se avivó, inclinando la cabeza. —Supuse cierta cercanía, dado que viajan juntos.

Su risa fue una mezcla de incredulidad y sarcasmo. —¿Cercanos? Para nada. Nuestros caminos se cruzan por necesidad, no por deseo.

Cuando la música se reanudó, Spyros ofreció: —¿Un paseo por la cubierta, Lady Elizabeth? La noche ofrece más que este calor encerrado.

Elizabeth dudó, su sonrisa educada pero distante. —Encuentro que la compañía aquí es bastante atractiva, y el aire nocturno algo

menos acogedor.

Una sombra de frustración cruzó el rostro de Spyros, su comportamiento suave resbalando. —El mar de noche tiene su propio encanto —insistió, una nota de insistencia en su voz.

—Quizás en otra ocasión —la negativa de Elizabeth, educada pero firme, marcó un límite que Spyros aparentemente no estaba acostumbrado a encontrar.

Spyros, no del todo listo para aceptar su rechazo, se inclinó más cerca, su confianza intacta. Con un gesto sutil, pero no invitado, agarró el codo de Elizabeth, como para guiar su decisión. —Lady Elizabeth, la noche es demasiado hermosa para desperdiciarla en el interior. ¿Está segura de que no puedo tentarla a reconsiderar? —su tono era persuasivo, el toque en su codo evidencia de su acostumbrado dominio sobre situaciones y personas.

Elizabeth, sin embargo, permaneció impasible, su determinación fortaleciéndose contra su encanto. Firmemente retiró su mano de su codo, sus ojos encontrándose con los suyos con una claridad inquebrantable. —Señor Demetriou, estoy bastante segura. Gracias, pero mi decisión se mantiene —su voz era educada pero resuelta, una clara señal de que sus tácticas habituales no encontrarían asidero aquí.

—Como desee —concedió, la capa de su sonrisa agrietándose mientras se giraba, su retirada menos elegante que su acercamiento. El desequilibrio en su paso, una marcada desviación de la habitual compostura del hombre, se hizo más pronunciado. No pasó mucho tiempo antes de que su camino colisionara con un joven camarero, el estrépito de vasos rompiéndose contra el suelo haciendo eco como una nota discordante a través de la habitación. La reacción de Spyros fue rápida, su furia desatada sobre el desventurado camarero, su voz un látigo afilado que cortó a través del zumbido de la conversación, dejando una estela de silencio atónito.

La observación de Elizabeth fue clínica, diseccionando este último arrebato con una precisión que ocultaba su calma exterior. Esta no era la primera instancia de Spyros arremetiendo contra los menos

poderosos, y cada ocurrencia dibujaba una imagen más clara de su verdadera naturaleza. Él llevaba una máscara de encanto y civilidad que se deslizaba con demasiada facilidad, revelando una inclinación por el control y una rapidez para enfadarse cuando su voluntad era frustrada.

El silencio que siguió a las palabras de Spyros colgaba pesado en el aire. Elizabeth consideró este comportamiento no como una anomalía sino como un hilo revelador en el tejido de su carácter. Estos momentos de agresión descontrolada presagiaban capas más profundas de manipulación y derecho, pintando el retrato de un hombre cuya capa cortés era superficial en el mejor de los casos.



Capítulo Diecisiete

MIENTRAS EL ALBA ASOMABA en el horizonte, Elizabeth y el comandante Sinclair encontraron un rincón tranquilo en la sala. Fuera, la transición de las extensiones azules del Mediterráneo a los grises sombríos a medida que se acercaban a Inglaterra marcaba el progreso de su viaje. Este cambio de escenario influía sutilmente en el ambiente a bordo, con los pasajeros cambiando sus prendas ligeras de lino por lanas más pesadas adecuadas para un noviembre inglés, reflejando la naturaleza cambiante de su investigación.

La sala gradualmente cobró vida con el bullicio de los madrugadores, el aire impregnado con las ofertas de la mañana. El aroma de arenques ahumados y bacon, el sonido de huevos y salchichas chisporroteando, y la visión de cestas llenas de croissants recién horneados junto a tarros de mermelada de frutas y miel, un contrapunto al agudo despertar del café y el encanto sutil de diversos tés.

Colocando su taza de té en el platillo, Elizabeth se inclinó hacia delante, sus ojos llenos de un sentido de urgencia que coincidía con el peso de sus palabras. —Tío, la implicación de Spyros Demetriou en la muerte del capitán... ¿la hemos pasado por alto? Su encanto apenas oculta las sombras que he visto acechando debajo.

El comandante Sinclair imitó su inclinación, la intensidad en su mirada igualando la de ella. —¿Estás considerando un motivo financiero, o quizás algo más personal, vinculado a la relación de la señora Demetriou con el capitán?

Elizabeth hizo una pausa, con un croissant a medio camino hacia sus labios, su expresión pensativa. —¿Celos? —aventuró, dejando la pregunta suspendida entre ellos como un delicado hilo.

—Es bastante posible —reconoció él, frotándose la barbilla con aire pensativo—. Después de todo, la señora Demetriou comparte más que un simple parecido en edad con Spyros. Su ilustre pasado en la gran pantalla, junto con su fortuna, sin duda la posiciona como toda una joya.

—La fortuna de los Demetriou hace que la motivación financiera sea improbable para Spyros. Y fue muy vocal en su desdén por Violet... —reflexionó en voz alta, recordando sus comentarios despectivos de la noche anterior.

El comandante Sinclair, reclinándose ligeramente, le dirigió una mirada ponderada. —Recuerda, Elizabeth, el engaño a menudo se oculta en medias verdades. Aquellos hábiles en la manipulación rara vez revelan su verdadero juego.

Por un breve momento, la expresión de Elizabeth se congeló, captando el escalofrío de la comprensión, antes de tejer sus pensamientos en palabras. —¿Podrían las duras críticas de Spyros anoche en realidad encubrir una relación más compleja con Violet? Quizás hemos confundido la animosidad con una intimidad oculta.

Su respuesta fue mesurada, pero llevaba una chispa de intriga. —Elizabeth, estamos armando un rompecabezas con bordes faltantes. Si Spyros y Violet comparten un secreto más allá de simples lazos familiares, algo más clandestino o siniestro, no lo dudes, lo descubriremos.

—Y hablando de engaños ocultos en medias verdades —comentó Elizabeth, posando su mirada en Giovanna Rossi, que desayunaba sola en un rincón apartado—. ¿No es esa la señorita Rossi allí?

El comandante Sinclair asintió en señal de acuerdo, su gesto portando un consenso silencioso. Con deliberado cuidado, colocó su servilleta sobre la mesa, una señal de que su indagación estaba a punto de comenzar. —Creo que ya es hora de descubrir los secretos que la señorita Rossi guarda con tanto cuidado.

Se dirigieron a través de la sala, con pasos silenciosos pero decididos, hasta donde Giovanna Rossi se sentaba en soledad. Giovanna, inicialmente evitando su mirada, finalmente se encontró con la de ellos con una fugaz expresión de recelo sombreando sus facciones. —Tenía el presentimiento de que volverían a buscarme —expresó, con resignación entretejida en su tono, insinuando la inevitabilidad de su encuentro.

El arco de la ceja de Elizabeth transmitía volúmenes. —Señorita Rossi, debo decir que su inglés ha experimentado una notable transformación desde nuestro encuentro inicial. —Su observación, entregada con una mezcla de sorpresa y escrutinio, sugería preguntas que quedaban suspendidas en el aire, esperando la respuesta de Giovanna.

El tono del comandante Sinclair se mantuvo parejo y formal, transmitiendo la gravedad de su indagación. —Estamos recopilando información para la investigación del forense. ¿Podríamos tener un momento para discutir algunos asuntos?

Una rápida mirada a su reloj de pulsera y un ligero toque a sus perlas traicionaron la inquietud de Giovanna. —Puedo dedicarles unos minutos, pero no más —logró decir en un inglés fuertemente acentuado, su afectación velando finamente su aprensión.

Elizabeth la estudió, notando los signos fugaces de desasosiego. —Después de su aparente dificultad con el inglés y su reciente evasión, uno podría preguntarse qué está tratando de ocultar, señorita Rossi. —Sus palabras fueron deliberadas, dirigidas a desprender las capas de reticencia de Giovanna.

El fuego italiano centelleó desafiante en sus ojos oscuros, su cuerpo rígido como si se endureciera contra golpes invisibles. —No

tengo nada que ocultar —espetó, su voz elevándose ligeramente, más por indignación que por seguridad.

La resolución del comandante Sinclair se endureció, su postura inquebrantable mientras fijaba la mirada en Giovanna. —Si no tiene nada que ocultar, entonces seguramente no tendría objeciones para aclarar su relación con el capitán. —Su voz, firme y autoritaria, no dejaba espacio para la evasión, presionando la urgencia e importancia de su indagación.

La postura de Giovanna se tensó aún más, la irritación clara en la rigidez de su mandíbula y la brusca inhalación de aire. Con un desdeñoso movimiento de su mano, como si apartara la pregunta misma, murmuró algo entre dientes en italiano, los tonos líricos pero agudos transmitiendo claramente su frustración.

Tomando sus asientos, Elizabeth y el comandante Sinclair se posicionaron con intención frente a Giovanna, su atención fija. El comandante Sinclair, con voz firme, rompió el silencio: —Señorita Rossi, ¿puede decirnos cuán bien conocía al capitán?

La pausa de Giovanna fue reveladora, sus ojos momentáneamente buscando refugio en la distancia antes de encontrarse con los de ellos. —Apenas le conocía. ¿Por qué este interés? Su muerte se debió a causas naturales, ¿no es así? — Mientras hablaba, su intento de indiferencia fue traicionado por el nervioso baile de sus dedos a lo largo del borde de su taza de té.

Elizabeth y el comandante Sinclair intercambiaron una mirada silenciosa, un diálogo sin palabras que hablaba volúmenes. Los ojos de Elizabeth se estrecharon ligeramente, un destello de escepticismo parpadeando en su interior, mientras que los labios del comandante Sinclair momentáneamente se dibujaron en una línea, sus acciones señalando su mutua duda.

Giovanna captó la sutileza de su comunicación, su confianza flaqueando bajo su escrutinio. Una sombra de preocupación pasó sobre ella, su voz portando una mezcla de desafío e incertidumbre. —Fueron causas naturales, ¿verdad? —presionó, buscando alguna

confirmación, algún anclaje en las arenas movedizas de este interrogatorio.

El comandante Sinclair mantuvo su exterior compuesto, aunque su respuesta fue deliberada, dejando a Giovanna con más preguntas que respuestas. —Estamos explorando todos los ángulos, señorita Rossi. El veredicto del forense finalmente arrojará luz sobre el asunto, pero hasta entonces, cada detalle cuenta.

La fachada de Giovanna comenzó a desmoronarse, el espíritu ardiente de su herencia italiana encendiendo sus palabras. —*l'Americana* —acusó, su voz temblando de rabia—, ella debió haberlo envenenado.

El escepticismo de Elizabeth era palpable, su voz afilándose mientras interrogaba. —¿Envenenado, señorita Rossi? ¿Qué exactamente impulsa su sospecha hacia tal conclusión?

Giovanna, luchando por mantener su compostura, dejó que la frustración se filtrara en su tono. —Todo sucedió tan rápidamente, justo ante nuestros propios ojos. Tuvo que ser veneno.

Elizabeth permaneció serena, aunque su indagación cortó más profundamente. —¿Y por qué señalar a la señora Demetriou? ¿Qué le convence de su implicación?

Con las defensas de Giovanna disolviéndose, susurró, su voz impregnada de dolor y desesperación: —Estaba celosa... Él solo se casaba con ella por su dinero, pero su corazón... Me pertenecía a mí.

Elizabeth se centró en Giovanna, su tono uniforme pero indagador. —La noche de la muerte del capitán —comenzó—, se le escuchó decir algo en italiano... *Guarda cosa mi hai fatto fare.* Una extraña elección de palabras, ¿no cree?

La frustración de Giovanna era obvia mientras les corregía, una mezcla de desafío y desesperación coloreando su tono. —No, lo malinterpretáis. *Dije Guarda cosa sono diventata... Mira en qué me he convertido.* Fue un grito de desamor, no una admisión de culpa.

—Señorita Rossi, ¿cuándo exactamente terminó su relación con el capitán? —Elizabeth profundizó más, observando cada reacción de Giovanna.

La resolución de Giovanna flaqueó, su voz un suave temblor de admisión. —Nunca terminó... al menos no en mi corazón.

Elizabeth, sopesando las palabras de Giovanna contra su siguiente pregunta, aventuró: —Si la señora Demetriou estaba al tanto de su relación con el capitán, su decisión de casarse con él parece... desconcertante.

La respuesta de Giovanna fue cansada, una mirada distante en sus ojos mientras reflexionaba sobre las complejidades del amor. —El amor no ve con claridad... a menudo nos lleva por mal camino.

Elizabeth recordó un intercambio previo que tuvo con Violet. —La señora Demetriou afirma que ella y el capitán habían estado románticamente involucrados durante varios meses.

Su mención de la relación de Violet con el capitán pareció perforar las últimas defensas de Giovanna. Apartando la mirada, su voz disminuyó hasta un susurro desgarrador. —Temía que me hubiera sido infiel. Por eso organicé este pasaje, para enfrentarme a él, para recordarle su amor por mí, no por ella. —Sus manos, un testimonio visible de su tormento interior, temblaron mientras luchaba por mantener la compostura. Cuando sus ojos, rebosantes de traición y dolor, se encontraron con los de Elizabeth, la profundidad de su angustia era inconfundible.

—El oficial O'Connor me habló de *l'Americana* y sus vínculos con George... ¿Cómo podrían mis afectos pesar contra la fortuna de los Demetriou? —La amargura de Giovanna se filtró a través de sus palabras, pintando un cuadro de un amor eclipsado por la riqueza y el engaño.

Elizabeth, intrigada pero cauta, cuestionó: —¿El oficial O'Connor? ¿Por qué revelaría asuntos tan privados?

Giovanna se inclinó hacia delante, bajando su voz a un susurro conspirativo: —George descubrió su libreta, un tesoro de secretos. Para un ojo inexperto, meras incoherencias, pero para George, revelaba los tratos de O'Connor con Alfonso Frascelli.

La expresión de Elizabeth se tensó. La curiosidad de una detective se despertó, mientras que el escepticismo del comandante

Sinclair se profundizó. —¿Alfonso Frascelli? —repitió Elizabeth, el nombre despertando ecos de temores susurrados.

Con una cansada media sonrisa, Giovanna asintió: —Los Frascelli no son simples hombres de negocios. Son el brazo velado de la mafia, ejerciendo un poder que alcanza más lejos de lo que podéis imaginar.

El comandante Sinclair exhaló profundamente, las piezas del rompecabezas alineándose en una siniestra imagen: las conexiones del oficial O'Connor con la mafia no eran simples rumores, sino una peligrosa realidad.

La atención de Elizabeth permaneció en Giovanna, diseccionando cada revelación. Detrás de la historia de desamor de Giovanna, ¿podría haber más de lo que se veía a simple vista?

La repentina interrupción de Sarah cambió por completo la atmósfera de la sala. Su entrada, rápida y alarmante, llevaba consigo un escalofrío de presagio. —¡Comandante Sinclair, venga rápido! Es la señora Demetriou... ha empeorado —exclamó, su voz temblando con el peso de la urgencia.

Ante su llamada, la respuesta del comandante Sinclair fue inmediata y decisiva. Su silla cayó al suelo en su prisa. —Cogeré mi maletín —anunció, mientras se dirigía hacia la puerta.

Elizabeth sintió una oleada de aprensión, sus instintos investigadores momentáneamente relegados por la emergencia en cuestión. Lanzando una rápida y preocupada mirada a Giovanna, cuya expresión reflejaba la conmoción que recorría la sala, se apresuró tras el comandante Sinclair. La incertidumbre sobre la condición de Violet se cernía amenazadoramente, amenazando con profundizar los misterios en los que estaban enredados.



Capítulo Dieciocho

ELIZABETH Y EL COMANDANTE Sinclair se apresuraron por los pasillos del Andrómeda, con pasos rápidos y decididos. Llegaron al camarote de Violet, donde la luz de la mañana temprana se filtraba a través de las cortinas entreabiertas, proyectando un resplandor fantasmal sobre la figura inmóvil de Violet en la chaise longue. Parecía pálida, su fragilidad acentuada por la penumbra.

El comandante Sinclair cruzó la habitación con zancadas rápidas, llegando al lado de Violet en apenas unos instantes. Sus dedos encontraron suavemente su muñeca, comprobando su pulso. El breve fruncimiento de su ceño y la ligera tensión en su mandíbula transmitían su profunda preocupación con más elocuencia que las palabras. Se inclinó más cerca, con los ojos escudriñando el rostro de Violet en busca de cualquier señal de respuesta. —Señora Demetriou —susurró, con la urgencia en su tono apagado reflejando su preocupación.

Violet, inmóvil y silenciosa en la chaise longue, no ofreció más respuesta que un leve aleteo de sus párpados. Fue un movimiento pequeño, casi imperceptible, un destello de conciencia que se abría paso.

El comandante Sinclair terminó su examen, su postura tensándose mientras se enderezaba. Las líneas de su rostro se

juntaron, dibujando claramente su preocupación. —Está extremadamente débil —anunció, su mirada parpadeando con inquietud mientras se volvía hacia Sarah—. Sarah, un vaso de agua, por favor.

Sarah, con la mano momentáneamente congelada sobre una taza de té, forzó una sonrisa. —He preparado su té favorito —se aventuró, su voz entrelazándose con la quietud, revelando su nerviosismo subyacente—. Suele reconfortarla.

La respuesta del comandante Sinclair fue inmediata. —No, agua es mejor por ahora. —Mientras Sarah obedecía, regresando con un vaso, él levantó cuidadosamente la cabeza de Violet y acercó el vaso a sus labios—. Solo un sorbo —la instó.

Los labios de Violet se separaron ligeramente, su susurro más aliento que voz: —Té... —y luego el silencio volvió a reclamarla.

Sarah, retorciéndose las manos, paseaba por el camarote. Su mirada pasaba de Violet a otra parte, su voz apenas audible. —Simplemente no entiendo cómo ha empeorado tanto cuando había estado mejorando —murmuró.

El comandante Sinclair atendía a Violet con una mezcla de precisión y ternura. Mientras hablaba, un ligero estremecimiento recorrió la frágil figura de Violet, sus dedos dando un leve tirón —una batalla decidida por mantenerse consciente. Elizabeth observaba, sus pensamientos arremolinándose como una tormenta, la inquietud en su estómago creciendo.

El comandante Sinclair hizo una pausa, su mirada intensificándose sobre Violet. —El descanso es crucial ahora —murmuró, más para sí mismo que para los demás, el peso de su preocupación palpable—. Pero debemos descubrir la causa de esta repentina enfermedad —continuó, sus palabras cayendo en el tenso silencio.

Sarah se acercó más, con los ojos muy abiertos mientras buscaban los del comandante Sinclair. Tragó saliva, su voz apenas un susurro mientras se inclinaba. —Comandante Sinclair, ¿se pondrá bien?

Él se detuvo a mitad de movimiento, su atención pasando de Violet a Elizabeth. Sus ojos mantuvieron una conversación silenciosa, transmitiendo la gravedad de la situación. Volviéndose hacia su maletín médico, se ocupó reuniendo medicamentos.

—Debemos estabilizar su condición —murmuró, de espaldas a Sarah y Elizabeth mientras preparaba la jeringa. El chasquido del vial al colocarlo en su sitio puntuó sus palabras. Sin volverse, añadió—: Su fuerza está disminuyendo; es imperativo que la traslademos a la enfermería para una observación cercana. Haré los preparativos necesarios.

El comandante Sinclair hizo un gesto para que Elizabeth le siguiera al pasillo, cerrando la puerta tras ellos para asegurar la privacidad de su conversación. En el tranquilo corredor, él se inclinó hacia ella, su voz susurrante, cargada de urgencia. —Elizabeth, hay algo sospechoso en todo este asunto. —Sus ojos, agudos y alertas, se desviaron hacia la puerta del camarote de Violet, repitiendo su cautela.

La respuesta de Elizabeth fue reflexiva, frunciendo el ceño. —¿Podría haber un vínculo oculto con el repentino fallecimiento del capitán? —Su voz era baja, su mirada penetrante en la del comandante Sinclair, buscando pistas en su expresión.

Él se tomó un momento, como si conectara puntos invisibles en su mente. —Quisiera poder darte una respuesta definitiva —dijo finalmente, su voz cargando el peso de su preocupación—. Su condición es desconcertante, de verdad. Necesitaré realizar algunas pruebas en la enfermería. Por ahora, me gustaría que te quedases con ella. Tus agudas observaciones podrían arrojar algo de luz sobre este misterio.

—Entiendo —respondió Elizabeth, su voz firme, pero sus ojos revelaban el torbellino de pensamientos dentro de ella—. Mantendré un ojo vigilante sobre la señora Demetriou e informaré de cualquier novedad, por mínima que sea.

Mientras el comandante Sinclair se preparaba para regresar a la enfermería, hizo una pausa, su expresión grave. —Elizabeth, sé

vigilante —aconsejó, con un tono serio en sus palabras.

Dentro del camarote, Elizabeth se instaló junto a la chaise longue, sus ojos observando atentamente a Violet, el espacio ahora cargado con una urgencia tácita. Cada detalle, cada cambio en el aire, Elizabeth sabía, podría ser una pista sobre el estado de Violet.

Sarah, que rondaba cerca, notó un ligero movimiento de Violet. —Señora Demetriou, ¿quizá algo de té? —sugirió, esperando ofrecer consuelo.

La respuesta de Violet fue un murmullo débil, apenas audible: —Solo un poco.

Sarah preparó el té, añadiendo dos generosas cucharadas de miel, el jarabe dorado reflejando la luz. —Un poco extra para darle fuerzas —dijo, añadiendo una tercera. El aroma de la miel, rico y floral, persistía en el aire.

Elizabeth, con la mirada atraída hacia el frasco de miel, sintió un destello de reconocimiento, el aroma activando un recuerdo lejano pero fuera de su alcance. —Esa miel —preguntó, su curiosidad despertada—, ¿la usa a menudo la señora Demetriou?

—Oh, sí, es su favorita. —Asintió, sosteniendo la taza contra los labios de Violet, inclinándola ligeramente mientras ella daba un sorbo tentativo, sus ojos aclarándose brevemente antes de nublarse de nuevo.

La observación de Elizabeth fue aguda, sus ojos saltando de la miel a Sarah. Notó el sutil cambio en la expresión de Sarah —¿un fugaz atisbo de nerviosismo, quizás?—. —Es una mezcla bastante especial de miel, ¿verdad? —comentó Elizabeth, su tono casual pero impregnado con un toque de curiosidad.

La mano de Sarah, firme hasta ahora, tembló ligeramente, una gota de té derramándose por el borde de la taza. Levantó la mirada, sus ojos encontrándose con los de Elizabeth, un destello de incertidumbre pasando por ellos. —¿Especial? ¿A qué te refieres?

Elizabeth se recostó, su mirada aún fija en la botella. —La botella es tan exquisita que no tengo duda de que el contenido es igualmente excepcional. Y estoy segura de que una mujer tan

refinada y elegante como la señora Demetriou disfruta de las cosas más finas de la vida.

Sarah, tratando de recuperar la compostura, rápidamente secó el té derramado. —Sí, la señora Demetriou siempre ha apreciado las cosas más finas —logró decir, con la voz un poco inestable.

Cuando el comandante Sinclair reapareció en la puerta del camarote, su expresión estaba tensa. —He organizado un traslado discreto a la enfermería para la señora Demetriou —anunció, señalando con la cabeza hacia la silla de ruedas que había traído.

Elizabeth, frunciendo las cejas con preocupación, miró la silla de ruedas. —Pero, ¿no llamará la atención trasladarla de esta manera?

Él negó con la cabeza. —Usaremos los pasillos de servicio para minimizar el riesgo de ser detectados.

Juntos, ayudaron a Violet a sentarse en la silla de ruedas. Las manos de Elizabeth fueron cuidadosas al ajustar las almohadas y cubrir a Violet con una manta para darle calor. Mientras navegaban por los pasadizos menos conocidos del barco, un estado de ánimo solemne envolvió a Elizabeth. Estos corredores ocultos, protegidos de la vista de los huéspedes del Andrómeda, llevaban un aire de grave propósito, un mundo aparte de las opulentas áreas donde los huéspedes solían mezclarse.

El ambiente estéril de la enfermería y el olor penetrante a antiséptico eran marcadamente diferentes de los lujosos muebles del camarote de Violet. Las camas, con sus pristinas sábanas blancas, se mantenían en silencioso orden, cada una un recordatorio de la seriedad de su situación.

Mientras el comandante Sinclair y Elizabeth ayudaban a Violet a acostarse en la cama, Eleni Papadopoulos se adelantó. Sus movimientos, suaves y practicados, hablaban de su experiencia como enfermera mientras se hacía cargo del cuidado de Violet. La voz del comandante Sinclair era baja y urgente al dirigirse a Eleni. —Por favor, vigílala de cerca. Si hay algún cambio, házmelo saber de inmediato.

—Por supuesto, comandante —respondió Eleni, volviendo su atención hacia Violet.

Sarah se acercó, con incertidumbre en sus ojos. —¿No debería quedarme con ella? Me conoce.

El comandante Sinclair colocó una mano reconfortante sobre su hombro, guiándola suavemente. —No, busque al señor Demetriou. Debería ser informado de la situación.

Elizabeth observó a Sarah marcharse, sus pasos vacilantes, antes de volverse hacia Eleni, su expresión de agradable sorpresa. —Eleni, tu rango de talentos es impresionante. El comandante Sinclair ha mencionado lo valiosa que ha sido tu ayuda durante este brote. —Su voz llevaba un tono genuino de admiración.

Los ojos de Eleni brillaron con un toque de humor mientras respondía. —Trabajar con personas de nuevo ha sido un cambio refrescante. La conversación es infinitamente más interesante —bromeó, con las comisuras de su boca curvándose en una sonrisa juguetona.

Captando la mirada de Eleni, la sonrisa de Elizabeth se ensanchó en respuesta. —Solo puedo imaginar lo mucho más animado que debe ser —comentó, su tono ligero, insinuando la comprensión compartida de su inusual situación.

Spyros, desaliñado y apestando a alcohol, irrumpió en la enfermería. —¿Quién autorizó esto? ¡No teníais derecho a ingresar a Violet en la enfermería sin mi permiso! —Su mirada acusadora osciló entre el comandante Sinclair y Sarah.

Sin inmutarse, el comandante Sinclair enfrentó la mirada de Spyros, su postura un desafío tácito. —No necesito su permiso para tomar una decisión médica, señor Demetriou. Actué en el mejor interés de la paciente.

Sarah, atrapada en medio, se retorcía las manos, sus ojos saltando entre los dos hombres.

Elizabeth, una observadora silenciosa, notó las turbulentas emociones en juego: la furia apenas contenida de Spyros, la creciente ansiedad de Sarah.

Spyros, volviéndose bruscamente hacia Sarah, su voz cargada de desprecio. —Deberías haberme consultado primero —le espetó, menospreciándola.

El comandante Sinclair, dando un paso adelante, emanaba una calma autoridad. —Sarah actuó apropiadamente. La condición de la señora Demetriou requería atención inmediata.

La mano de Spyros cortó el aire con desdén. —Los numeritos de Violet son bien conocidos. Esto no es una excepción —declaró, su voz escalando reflejando su creciente frustración.

La llegada del oficial O'Connor hizo poco para aplacar el temperamento cada vez más airado de Spyros. —Comandante Sinclair, señor Demetriou, ¿qué demonios está pasando aquí? —exigió, su voz cargando el peso de su autoridad—. Podía oírlos desde la mitad del pasillo.

Spyros, enfurecido por la interrupción, apretó los puños, su cuerpo tenso de ira. —¡El comandante Sinclair no tenía derecho a ingresar a Violet sin mi consentimiento explícito!

El oficial O'Connor, con voz firme y constante, intervino. —Cálmese, señor Demetriou. Esto es un hospital, no una taberna. —Se volvió hacia el comandante Sinclair—. ¿Era necesario su ingreso?

El comandante Sinclair, con la confianza intacta, respondió con la inquebrantable convicción de su experiencia médica: —Absolutamente, por su bienestar.

El oficial O'Connor, dirigiéndose a Spyros con sosegada autoridad, dijo: —Confío en el juicio del comandante Sinclair, señor Demetriou. Y si no puede comportarse apropiadamente, entonces le sugiero que se marche ahora.

Spyros, enardecido, se irguió. —¿Sabe quién soy? ¡Mi familia es dueña de este barco y de todos los que están en él! Puedo hacer que le despidan más rápido que un parpadeo. —El chasquido de sus dedos resonó en la tensa sala.

El oficial O'Connor, imperturbable, mantuvo su postura. —Esto es una enfermería. Está causando un alboroto. Váyase ahora, o será

escoltado fuera. —Cruzó los brazos sobre su pecho, su postura encarnando una autoridad inquebrantable.

Spyros, momentáneamente frenado por la firmeza de O'Connor, escupió: —No ha oído lo último de esto. —Giró sobre sus talones con un floreo teatral, saliendo furiosamente en una exhibición de su imaginada supremacía.

Sarah, su ansiedad palpable, se mordió el labio y rápidamente miró hacia la puerta por la que Spyros había salido tempestuosamente. Tomando un tembloroso respiro, murmuró: —Se-será mejor que vaya tras él, intente calmarlo. —Sus pasos fueron rápidos pero vacilantes, mientras lo perseguía.

La mirada del comandante Sinclair se dirigió hacia Violet antes de fijarse en el oficial O'Connor. Hizo un gesto hacia la puerta de la oficina con un sentido de urgencia. —En privado, si me permite —dijo, luego se volvió hacia Elizabeth—. Por favor, acompáñanos, Elizabeth. Tus percepciones podrían ser invaluables.

La oficina, un pequeño espacio lleno de tomos médicos y papeles, mantenía un aire de nítida eficiencia. El comandante Sinclair caminó brevemente antes de detenerse junto al escritorio. Sus manos se cerraban y abrían mientras luchaba por articular sus preocupaciones. —Hay algo profundamente inquietante que necesito discutir —comenzó, su voz baja y cargada de preocupación.

El oficial O'Connor, apoyándose contra el marco de la puerta, consideró las palabras del comandante Sinclair, su habitual mirada aguda ahora nublada de contemplación.

El comandante Sinclair se inclinó, bajando su voz a una urgencia susurrada. —No podemos pasar por alto la sorprendente similitud entre los síntomas de la señora Demetriou y la muerte del capitán. Es demasiada coincidencia.

Los ojos de O'Connor, momentáneamente distantes, volvieron a enfocarse. Se enderezó, la gravedad de la decisión palpable en sus movimientos deliberados. —Dadas estas revelaciones —declaró con una nueva firmeza—, autorizaré la autopsia. —Su mirada se detuvo en el comandante Sinclair, un silencioso intercambio de

entendimiento mutuo, antes de añadir—: Me ocuparé del papeleo necesario inmediatamente.

Volviéndose hacia la puerta, el oficial O'Connor se detuvo un momento, como sopesando la magnitud de su decisión. Luego, con un asentimiento que parecía reconocer tanto la necesidad como el peso de lo que estaba por venir, salió silenciosamente de la habitación.

Un destello de alivio pasó por el rostro del comandante Sinclair, la tensión en sus hombros aliviándose. Asintió, una sombra de sonrisa rozando sus labios, reconociendo una decisión largamente esperada.

Elizabeth, que había estado observando desde la esquina, captó la mirada del comandante Sinclair. —Nunca imaginé que aceptaría —susurró.

Los ojos del comandante Sinclair se encontraron con los suyos, compartiendo un momento de triunfo contenido. —Yo tampoco. Pero al menos ahora podremos finalmente descubrir la verdad.

Elizabeth se acercó más, bajando su voz a pesar de su soledad. —¿Crees que esto cambia algo? Nuestras sospechas sobre él... y la muerte del capitán?

—Ciertamente arroja una nueva luz sobre las cosas. Quizás el oficial O'Connor estaba lidiando con sus propios demonios, o... presiones, completamente ajenas a la muerte del capitán.

El comandante Sinclair, su mirada pensativa, se acarició la barbilla. —El arrebato de Spyros plantea interrogantes. Su feroz exigencia de control sobre el ingreso de Violet... es extraño, ¿no crees?

Los ojos de Elizabeth se estrecharon en contemplación. —Si su preocupación fuera puramente por su bienestar, acogería la atención médica, no la obstruiría. Su insistencia en el permiso tiene más que ver con el control que con la preocupación.

—Exactamente —reflexionó el comandante Sinclair—. Es como si estuviera protegiendo algo. O a alguien. —Sus ojos se encontraron con los de Elizabeth, una comprensión compartida de la complejidad en juego.

Elizabeth meditó sobre las corrientes subterráneas de poder y secreto. Las acciones de Spyros no solo hablaban de preocupación; insinuaban algo más profundo, quizás más oscuro. Las piezas del rompecabezas yacían dispersas, cada una esperando encajar en el cuadro más amplio de engaño y motivos ocultos a bordo del *SS Andrómeda*.



Capítulo Diecinueve

ELIZABETH SE SENTÓ JUNTO a la cama de Violet en la enfermería, su presencia una vigilia silenciosa pero potente. Con cada respiración superficial que daba Violet, una nueva ola de preocupación invadía a Elizabeth, profundizando los surcos de inquietud en su frente.

Sus pensamientos saltaban entre los misterios que rodeaban la muerte prematura del capitán y el estado precario de Violet. Sus dedos ajustaron hábilmente la manta de Violet para proporcionarle comodidad, pero no encontró consuelo en esta rutina; su mente era un torbellino de preguntas y presagios.

La quietud de la enfermería amplificaba su tormento interior. Cada pensamiento no expresado resonaba con más fuerza, cada reflexión más apremiante que la anterior. La inminente autopsia con el Mayor Sinclair y Eleni se cernía en su mente como un momento crucial, cargado con la promesa de revelaciones y el riesgo de nuevos enigmas.

Al ponerse de pie, Elizabeth inhaló profundamente, fortaleciéndose para el desafío que le esperaba. Sus ojos se detuvieron en Violet, ofreciéndole una promesa silenciosa de su regreso. Con pasos medidos, se dirigió hacia la autopsia, donde las verdades veladas de su viaje aguardaban ser descubiertas.

En la sala de operaciones, reinaba la austeridad. Paredes encaladas y mobiliario escaso reflejaban una severidad utilitaria. Sombras afiladas atravesaban las esquinas bajo la luz deslumbrante, añadiendo al aire severo de la habitación. Elizabeth, vistiendo un largo delantal blanco de algodón sobre su vestido, sintió el contraste de la tela rígida contra su propia ropa. Pasó sus manos enguantadas por el borde del delantal, una sensación tanto extraña como distante.

La habitación estaba impregnada del olor clínico de los antisépticos, con un sutil rastro de descomposición: una mezcla sensorial de esterilidad y realidad sombría. Elizabeth inhaló, sus hombros hundiéndose ligeramente al exhalar, armándose de valor.

Su mirada recorrió los instrumentos quirúrgicos, cada uno colocado con propósito, sus superficies metálicas reflejando la luz con un brillo gélido. Estaban meticulosamente dispuestos junto a la cama donde yacía el capitán, ahora reducido a una forma inmóvil bajo una sábana.

El Mayor Sinclair y Eleni vestían similares batas blancas, cada uno haciendo los preparativos finales para la lúgubre tarea que les esperaba.

El Mayor Sinclair hizo una pausa, sus ojos encontrándose con los de Elizabeth. Un destello de preocupación era evidente en su mirada mientras la estudiaba. —Elizabeth, querida, ¿estás segura de que estás preparada para esto? —Su voz, habitualmente firme, llevaba un matiz de inquietud protectora.

Elizabeth, sosteniendo su mirada, asintió con firmeza. Sus ojos, resueltos e inquebrantables, reflejaban una disposición nacida tanto del coraje como de la necesidad.

—Muy bien —cedió el Mayor Sinclair, suavizando su tono. Se giró ligeramente, señalando hacia la forma amortajada del capitán—. Nuestra examinación puede estar limitada por el estado del capitán, pero incluso la más pequeña observación podría resultar invaluable.

Con aire solemne, retiró la sábana, revelando el cuerpo del capitán. —Comenzamos con la cavidad torácica —declaró, su tono

bajo pero claro, resonando en la austera habitación. Mientras sus manos expertas hacían la primera incisión, comentó—: Los órganos podrían contar su propia historia. —Sus movimientos coordinados con los de Eleni eran precisos, casi reverenciales. Después de escrutar el corazón y los pulmones, cambiaron el enfoque al hígado y los riñones—. Cualquier irregularidad aquí podría ser crucial —señaló, aceptando un instrumento de Eleni.

Los pensamientos de Elizabeth vagaron momentáneamente. El capitán, que solo días antes había sido una figura imponente, dominante y vibrante, ahora yacía inmóvil ante ella. Era un recordatorio conmovedor de la fugacidad de la vida.

La brusca inspiración del Mayor Sinclair repentinamente punctuó el silencio de la sala de operaciones. —¡Dios mío! —susurró, el asombro ondulando por su rostro.

Eleni se inclinó para mirar más de cerca. Sus ojos se ensancharon con incredulidad. —Esto es extraordinario —repitió.

Elizabeth, intrigada por el drama que se desarrollaba, se acercó. El hígado, típicamente de un tono marrón rojizo, era en cambio de un alarmante tono azul. La visión era tan desconcertante como intrigante. *Una pista escondida a plena vista*, se preguntó, —¿Qué podría haber causado esto?

El Mayor Sinclair, interrumpiendo brevemente su examen, levantó la mirada, con expresión pensativa. —Los cambios en el hígado y riñones suelen estar relacionados con toxinas, pero este tono —reflexionó, su voz impregnada de incertidumbre—. Pero nunca me he encontrado con un color así. No es típico de ninguna toxina que conozca.

—Estoy de acuerdo. No es algo asociado con las toxinas más comunes —respondió Eleni, su mirada aún fija en el hígado—. Sin embargo, en un estudio de investigación en el que trabajé, descubrimos que ciertas plantas, inofensivas para especies y poblaciones nativas, eran venenosas para otras. Esto podría ser una toxina botánica rara. —Sus ojos, entrenados en el escrutinio médico, no se apartaban del hígado—. Firmas únicas como esta decoloración

suelen ser señales reveladoras. Una biopsia podría revelar sus secretos. Tengo el equipo en mi camarote que nos permitiría realizar pruebas para tales cosas.

Asintiendo en acuerdo, el Mayor Sinclair extrajo cuidadosamente una pequeña muestra de tejido, colocándola meticulosamente en un recipiente estéril. Elizabeth, siguiendo de cerca cada movimiento, intervino. —Tío, ¿recuerdas los ojos del capitán? El inusual anillo amarillo... ¿podría estar relacionado?

Haciendo una pausa para considerar las palabras de Elizabeth, examinó con cuidado los ojos del capitán. —No podemos estar seguros aún, pero es prudente no descartar nada en esta etapa. Todas estas anomalías podrían ser piezas de un rompecabezas mayor.

Eleni, preparando metódicamente las muestras, sostuvo una a la luz. —Esta apariencia lechosa en los fluidos —reflexionó—, podría indicar una reacción compleja, posiblemente un compuesto botánico interactuando con los fluidos corporales.

El Mayor Sinclair selló hábilmente las incisiones del capitán. Cada movimiento preciso de sus manos era una marca de respeto tanto por el fallecido como por la gravedad de su tarea. Elizabeth, sus ojos siguiendo cada movimiento, permaneció absorta en el ritual.

Eleni, con sus manos colocando cuidadosamente los viales a un lado, rompió la quietud. —Puede que no identifiquemos la toxina exacta aquí —reflexionó—. Pero estas anomalías sugieren que estamos tratando con un veneno más raro, posiblemente botánico. Cada posibilidad debe ser explorada. —Su mirada, intensa y analítica, se encontró con la de Elizabeth, compartiendo un silencioso reconocimiento del misterio que se profundizaba ante ellas.

Los pensamientos de Elizabeth bailaban con posibilidades mientras limpiaba los últimos rastros de su lúgubre tarea, el tono anormal del hígado del capitán y el peculiar amarillo de sus iris entrelazándose en su mente. —Cada pista que desenterramos —dijo,

su voz temblando ligeramente—, parece llevarnos más profundo en un enigma mucho más allá de lo que vemos en la superficie.

El Mayor Sinclair asintió, sus ojos reflejando su acuerdo. —En efecto. Y cada pieza que descubrimos parece conducirnos a más preguntas.

Eleni, asegurando el último vial, añadió: —Las características de este veneno son deliberadas. Está claro que hay un diseño intencionado detrás. —Su mirada era aguda, como si intentara penetrar el misterio.

Al terminar sus tareas, el Mayor Sinclair se quitó el delantal antes de desecharlo. Se volvió hacia ellas. —Me retiraré a mi despacho para recopilar nuestros hallazgos, mientras todo esté aún fresco en mi mente.

—Y yo a mi camarote —dijo Eleni, colocando los viales de forma segura dentro de su bolsa—. Para comenzar el análisis inmediatamente.

Elizabeth inhaló profundamente, asimilando las implicaciones de sus palabras. Las aguas que estaban navegando escondían profundidades que aún no habían sondeado. Exhaló lentamente, su mirada persistiendo en la forma inmóvil del capitán, mientras se despojaba del delantal, sus hombros hundiéndose ligeramente bajo el peso de las inquietantes revelaciones de la mañana.

Al volver a entrar en la enfermería, el olor punzante a antiséptico le picó en las fosas nasales, un contraste severo pero bienvenido frente al sombrío olor a muerte de la sala de operaciones. Elizabeth hizo una pausa, notando el sutil cambio en el comportamiento de Sarah cuando entró y el rápido y furtivo movimiento con el que ocultaba algo bajo su bolsa. —Sarah —comenzó Elizabeth, arqueando sutilmente una ceja—, no esperaba verte aquí tan temprano.

Sarah levantó la mirada, su rostro traicionando brevemente el pánico antes de forzar una sonrisa tensa. —No podía dormir... estaba preocupada por la señora Demetriou —tartamudeó, su voz teñida de nerviosismo—. Ha estado inquietantemente silencioso aquí.

Elizabeth, apoyándose contra el marco de la puerta, observó el nervioso golpeteo del pie de Sarah. —He estado con el Mayor Sinclair, realizando la autopsia del capitán —dijo, observando atentamente la reacción de Sarah.

Un destello de miedo cruzó momentáneamente el rostro de Sarah, rápidamente enmascarado por una expresión de neutralidad compuesta. —¿Descubristeis algo inesperado? —preguntó, su voz tensa, revelando su tensión subyacente.

Elizabeth, manteniendo un comportamiento tranquilo, respondió: —En estos asuntos, principalmente asisto, observando donde puedo. —Su mirada no vaciló ante Sarah, notando el rápido e involuntario asentimiento, el nervioso golpeteo de su pie, un eco silencioso de su ansiedad. Al acercarse a Violet, advirtió un residuo inusual en sus labios—. Eso es peculiar. No lo había notado antes.

La reacción de Sarah fue inmediata y excesivamente apresurada al extender la mano para limpiar el residuo. —Solo es una pequeña mancha, la señora Demetriou siempre quiere verse lo mejor posible —dijo, su risa sonando forzada y vacía.

La mente de Elizabeth era un torbellino de deducciones, conectando los puntos. El excesivo nerviosismo de Sarah, el peculiar residuo en el labio de Violet, y su intento demasiado rápido por ocultarlo; todos estos detalles encajaban en la mente de Elizabeth.

La mirada de Elizabeth se dirigió hacia Violet, su forma inmóvil bajo las sábanas, antes de volver su atención a Sarah, formándose una pequeña arruga entre sus cejas. —Necesito algo de aire fresco y estirar las piernas —dijo, su tono ligero pero sus ojos agudos e inquisitivos—. ¿Te importaría quedarte con la señora Demetriou un poco más?

—Por supuesto —respondió Sarah rápidamente, con demasiada ansiedad, con una alegría que no llegaba a sus ojos. Mientras Elizabeth se giraba para marcharse, notó la ligera relajación en los hombros de Sarah.

Deteniéndose en la puerta, añadió: —Si necesitas algo, el Mayor Sinclair está justo en su despacho de al lado. —Su voz era ligera,

pero el mensaje subyacente era claro: no estaban solas. Rápidamente recogió su bolsa, desapareciendo su fachada casual mientras se movía por los pasillos del barco con una gracia silenciosa, casi felina, su misión clara en su mente.

Vaciló fuera del camarote de Violet, su cabeza girando a izquierda y derecha para asegurarse de que no la veían. Con mano experimentada, sacó la ganzúa de su bolso, introduciéndola en la cerradura con un movimiento fluido y seguro. La cerradura cedió con un leve clic, un sonido que, en la quietud del pasillo, resonó como un disparo en su estado de alerta.

Elizabeth se deslizó en el camarote, sus sentidos inmediatamente alerta. La luz temprana de la mañana proyectaba un frío secreto, insinuando verdades ocultas en el interior tenuemente iluminado. Se acercó a la puerta entreabierta del dormitorio, su mirada aguda mientras examinaba el contenido de la habitación.

Sus ojos se estrecharon ante la visión de la cama sin hacer, sus sábanas apartadas con prisa. Una botella vacía de champán, su forma invertida una burla silenciosa en el cubo de hielo, flanqueada por dos copas, una aún adornada con el fantasma de pintalabios.

El desorden hablaba por sí solo, cada elemento una clara traición de los eventos que se habían desarrollado en secreto. El persistente aroma a alcohol, mezclado con el tenue pero inconfundible olor a loción para después del afeitado, pintaba un vívido cuadro de intimidad. La mente de Elizabeth giraba con preguntas, cada detalle encendiendo un rastro de especulación. ¿Hasta qué punto estaban enredados Spyros y Sarah en esta telaraña de secretos? ¿Era su encuentro una simple aventura o una reunión clandestina envuelta en engaño?

Deslizándose desde el dormitorio de vuelta a la familiaridad de la sala, hizo poco para aliviar el nudo de aprensión en su estómago. Su mente corría con su nuevo descubrimiento, pero no tenía tiempo para pensar en las implicaciones más amplias de su relación; tenía que encontrar esa botella.

Sus dedos hurgaron a través del arcón de cajones, sin desplazar nada, su tacto ligero como una pluma. El escritorio, un cementerio de artículos de papelería mundanos, no ofrecía secretos; el armario bajo el gramófono, una bóveda de discos silenciosos, permanecía igualmente impenetrable.

Su pulso se aceleró, un staccato agudo contra el silencio de la habitación, mientras sus ojos se fijaban en la ornamentada botella de cristal, un espejo de las que Sarah había usado. Allí estaba, audazmente sobre la bandeja de té, situada entre la fina porcelana de la tetera y el té frío y abandonado en la taza. Su presencia era audaz, casi burlona en su despreocupación, un símbolo evidente de la invencibilidad percibida del perpetrador.

Dudó, sus dedos apenas rozando el cristal, el impulso de simplemente tomarla y desentrañar sus secretos era abrumador. Sin embargo, sabía que su desaparición no pasaría desapercibida y seguramente levantaría sospechas. En un destello de inspiración, sacó su pintalabios y con la precisión de un cirujano, removió el interior, envolviéndolo en un pañuelo y colocándolo dentro de su bolso. Extrajo una pequeña porción del líquido de color ámbar, guardándolo de forma segura dentro del tubo vaciado.

Con la muestra de miel a salvo, los pensamientos de Elizabeth corrieron hacia la escapada, cada uno de sus nervios en tensión. Echó un último vistazo panorámico a la habitación, asegurándose de que no quedara rastro de su intrusión, mientras el espectro de las lealtades divididas de Sarah y la ira impredecible de Spyros se cernía en su mente.

Voces, amortiguadas pero cada vez más claras, resonaron en el pasillo exterior. El agarre helado del pánico oprimió su corazón cuando la llave giró en la cerradura con un clic revelador. Atrapada. Su mente corría. Sus ojos moviéndose frenéticamente, buscando un escondite en esta cámara de secretos.

El tiempo pareció suspenderse, cada segundo estirándose hacia la eternidad mientras Elizabeth permanecía inmóvil, su destino pendiendo en la balanza.



Capítulo Veinte

CON EL CORAZÓN ACELERADO, Elizabeth se escabulló tras las cortinas de terciopelo granate, encontrando una pequeña abertura que le permitía una vista limitada de la habitación. Contuvo la respiración, una silenciosa sinfonía de miedo y determinación que resonaba en su pecho. Cada latido de su corazón retumbaba como un tambor en sus oídos, un recordatorio implacable del peligro al que se enfrentaba.

A través de la estrecha abertura, la mirada de Elizabeth se posó sobre Sarah y Spyros. Apenas podía distinguir sus figuras en la penumbra. La postura de Sarah, rígida pero expectante, y el porte confiado de Spyros, hablaban por sí solos de su alianza secreta.

—El Mayor Sinclair ha realizado una autopsia al capitán esta mañana —dijo Sarah, con un tono de nerviosismo en su voz—. ¿Y si encuentran algo... inusual?

Spyros, con su característico tono de excesiva confianza, desestimó sus preocupaciones. —Ese viejo tonto... ni siquiera es un médico de verdad. —Por un instante fugaz, una sombra de duda cruzó el rostro de Spyros, rápidamente enmascarada por su habitual arrogancia.

—Pero –

—Tranquilízate, es solo una formalidad. —Sarah caminaba de un lado a otro, el suave sonido de sus pasos contrastaba notablemente con la urgencia en su voz.

—Pero Spyros, las implicaciones si encuentran algo...

Spyros se rio, un sonido desprovisto de toda diversión genuina. —Incluso si encuentran algo, no pueden relacionarlo con nosotros. Ni siquiera debía beber esa condenada sustancia.

Desde su posición oculta, la mente de Elizabeth trabajaba a toda velocidad. Las piezas del rompecabezas encajaban, pero la imagen que formaban era compleja y siniestra. Miles de pensamientos cruzaban su mente, cada uno más inquietante que el anterior. La gravedad de sus palabras pesaba sobre ella, un pesado manto de temor. Agarró con más fuerza su bolso que contenía la muestra, hasta que sus nudillos se volvieron blancos.

La habitación pareció contener la respiración, el tiempo se estiraba mientras Spyros se acercaba más, su voz un susurro apagado en el silencio conspirativo. —No nos centremos en sombras que aún no han caído. Tenemos cosas más importantes en las que pensar. —Su confianza era palpable, incluso en la tenue luz—. ¿Cómo está nuestra querida mamá?

Los labios de Sarah se curvaron en una pequeña sonrisa de satisfacción. —Está muy débil. No debería tardar mucho más —murmuró, más para sí misma que para Spyros. El brillo en su mirada no era de preocupación, sino de impaciente anticipación.

Spyros la observaba atentamente, con una sonrisa astuta en sus labios. Se acercó a ella, su voz suave pero cargada de manipulación. —Una vez que esto termine, finalmente podremos estar juntos, tal como lo planeamos. —Se inclinó y sus labios se encontraron brevemente en un beso que era más una promesa de conspiraciones que de pasión.

Apartándose, Sarah miró nerviosa hacia la puerta. —Debo volver a la enfermería antes de que esa entrometida note mi ausencia. No podemos arriesgarnos a que alguien sospeche ahora, no cuando estamos tan cerca.

El pulso de Elizabeth se aceleró, su respiración se entrecortó en un momento de escalofriante revelación. Estaban hablando de la muerte de Violet, no como una posibilidad lejana, sino como una certeza calculada e inminente. Las paredes del camarote parecían cerrarse a su alrededor, una prisión de madera pulida y conspiraciones susurradas. Su mente se aceleró con el peso de esta oscura revelación, todos sus instintos le gritaban que corriera a la enfermería, pero era efectivamente prisionera en su propio escondite. Cada nervio de su cuerpo le pedía intervenir, pero estaba atada por la necesidad del silencio, su propia seguridad pendía de un hilo, su complot tan siniestramente cercano, pero intocable.

Después de que la puerta se cerrara tras Sarah y Spyros, permaneció quieta un instante más, asegurándose de que se hubieran marchado. Mientras el silencio se asentaba, un profundo suspiro escapó de sus labios, una mezcla de alivio e incredulidad. No podía creer lo que acababa de escuchar: la planificación casual de la muerte de Violet, su confabulación sin escrúpulos. Sin mencionar al pobre capitán, una víctima desafortunada e involuntaria en su nefasto plan.

Salió con cuidado de detrás de las cortinas y cruzó rápidamente el camarote antes de escapar. De regreso a la enfermería, su mente era un torbellino de conmoción y urgencia. Las revelaciones que había escuchado eran condenatorias, pero sabía que debía ocultar su recién adquirido conocimiento para evitar despertar sospechas.

Se detuvo momentáneamente en la puerta de la enfermería, con las yemas de los dedos rozando el frío picaporte metálico, una breve pausa que revelaba el tumulto interior. Dentro, le esperaba un mundo de orden estéril, un mundo apartado del caos que bullía en su mente.

Al cruzar el umbral, sus ojos encontraron a Sarah sentada junto a la cama de Violet, una imagen de atenta preocupación. Sin embargo, para Elizabeth, cada línea de la postura de Sarah ahora decía más que todos sus encuentros anteriores. Había una rigidez en la forma

en que Sarah mantenía los hombros, una tensión que desmentía su aparente calma.

—Sarah. —Elizabeth mantuvo firme su voz a pesar de que su mente era un torbellino de sospechas y miedo—. ¿Cómo está la señora Demetriou? ¿Ha habido algún cambio?

Sarah negó con la cabeza, dejando escapar un pequeño suspiro ensayado. —No —respondió, con su voz cuidadosamente modulada en un tono de fingida preocupación, un ceño ensayado cruzando brevemente sus rasgos.

La mirada de Elizabeth se detuvo en Sarah, notando cómo sus dedos se crispaban contra la tela de su falda. —Debes estar agotada, Sarah, quedándote aquí tanto tiempo. Es toda una dedicación.

—A la señora Demetriou no le gusta estar sola. —Elizabeth notó el ligero parpadeo en los ojos de Sarah, un gesto que hablaba más alto que las palabras.

—¿Quizás sea oportuno un descanso? —sugirió Elizabeth—. Yo puedo vigilar a la señora Demetriou.

—¿Está segura, Lady Elizabeth? No quisiera importunarla.

—Por supuesto, y ten por seguro, Sarah, que seré tan vigilante como siempre.

Mientras los pasos de Sarah se desvanecían, Elizabeth sabía que el camino que tenía por delante estaba plagado de peligros, con el peso de su conocimiento como una carga silenciosa. Tomó una lenta y profunda respiración, sintiendo que la tensión en sus hombros disminuía marginalmente. Una oleada de inquietud la invadió mientras observaba la frágil figura de Violet, conociendo la siniestra verdad que acechaba bajo la superficie... ¿qué había hecho esta mujer para merecer tal destino?

Con Violet acomodada, los pasos de Elizabeth fueron rápidos y decididos mientras se dirigía al despacho del Mayor Sinclair. El ritmo constante de sus pasos contra el suelo de madera pulida resonaba con los latidos acelerados de su corazón, cada paso amplificando la urgencia de su misión. Elizabeth, impulsada por el peso de su

descubrimiento, no dudó ante la puerta del despacho del Mayor Sinclair. Lo encontró inclinado sobre un escritorio desordenado, rodeado de textos médicos y papeles dispersos, su pluma garabateando furiosamente mientras redactaba el informe de la autopsia. Sin detenerse, se dirigió a él: —Tío, hay algo urgente que debemos hablar.

Ante sus palabras, su pluma se detuvo a mitad de frase. Sus ojos se ensancharon momentáneamente, un pliegue de preocupación reemplazó rápidamente su sorpresa inicial al registrar la urgencia en la postura de Elizabeth. —Por supuesto, querida. —Dejó la pluma—. ¿Ocurre algo malo?

Elizabeth entró en la habitación, cerrando la puerta con un suave pero firme clic, sus movimientos reflejando la gravedad de su noticia.

—Tío, debo hablar contigo, es urgente. Hace un rato, escuché algo profundamente inquietante...

El comportamiento del Mayor Sinclair cambió en un instante, de preocupación familiar a la alerta de un profesional, su postura enderezándose mientras se preparaba para absorber cada detalle. —¿Qué oíste?

Elizabeth, con una firmeza que desmentía su acelerado corazón, relató la conversación que había escuchado entre Sarah y Spyros, cada detalle pintando una imagen más clara del siniestro complot que se desarrollaba.

El ceño del Mayor Sinclair se fruncía mientras escuchaba, el peso de cada palabra grabando un sentido más profundo de alarma en sus rasgos. —Son noticias graves, sin duda —dijo tras un momento, su tono reflejando la gravedad de la situación.

Elizabeth, con una determinación que reflejaba la suya, asintió. —¿Qué sugieres que hagamos?

—Necesitamos pruebas irrefutables —dijo con firmeza—. Aunque te creo, las autoridades requerirán más pruebas. Debemos sacar a la luz esta conspiración oculta con algo concreto que no pueda ser desestimado o ignorado.

La mente de Elizabeth trabajaba a toda velocidad, planificando su próximo movimiento. —Deberíamos hacer que Eleni Papadopoulos analice la muestra de miel. Su experiencia podría ser crucial. —Los ojos del Mayor Sinclair se iluminaron, asintiendo en acuerdo con el plan de Elizabeth.

—Excelente idea —comentó—. Y como ya está analizando muestras en busca de toxinas botánicas, podríamos ampliar su análisis. Además, si obtenemos una muestra de sangre de la señora Demetriou, Eleni podría analizarla en busca de rastros de la toxina. Es vital que conectemos todos los puntos.

Elizabeth apretó el bolso, su contenido era una clave crucial para desvelar el misterio. Con la muestra de miel segura en su bolso y el vial recién extraído de sangre de Violet por el Mayor Sinclair, se dirigió rápidamente por los pasillos hacia el camarote de Eleni Papadopoulos.

A través de la puerta entreabierta, Elizabeth vislumbró a Eleni, tan absorta en ajustar un complejo arreglo de placas de Petri y tubos de ensayo que los golpes en la puerta apenas parecieron llegar a sus oídos.

Eleni, sobresaltada, abrió la puerta de par en par al tercer golpe. Con un toque de vergüenza, dijo: —Ah, Elizabeth, me has pillado en mi otro mundo donde los matraces y portaobjetos hablan más alto que los golpes.

—Te entiendo perfectamente. —Los ojos de Elizabeth se iluminaron con comprensión compartida—. Me identifico, Eleni. Personalmente, encuentro algo cautivador en perderse en los misterios del pasado, ya sea a través de antiguos tomos o artefactos.

—¿Dónde están mis modales? Pasa, por favor.

Los ojos de Elizabeth recorrieron el escritorio de Eleni, observando el desorden de vasos de precipitados, viales meticulosamente etiquetados y una pila de portaobjetos cuidadosamente preparados junto al microscopio. Elizabeth se inclinó más cerca, bajando la voz a un susurro. —Eleni, esto es un

asunto de máxima urgencia. —Hizo una pausa, asegurándose de tener toda la atención de Eleni—. Necesito tu experiencia en algo crítico.

Las cejas de Eleni se arquearon con intriga mientras dejaba a un lado su trabajo actual. —¿Qué es lo que tienes para mí?

Elizabeth se apoyó en el escritorio, su voz baja mientras detallaba la secuencia de eventos que llevaron a sus sospechas.

Eleni, asintiendo ocasionalmente, absorbía cada palabra, su mente visiblemente trabajando a través de las implicaciones. Con un movimiento cuidadoso, casi reverente, extrajo la muestra de su bolso, colocándola cuidadosamente en el desordenado escritorio de Eleni. —Estas podrían ser la clave para desentrañar todo este misterio. Sospecho que la miel podría estar mezclada con veneno, y esta muestra de sangre de la señora Demetriou podría confirmar nuestros peores temores. —Los ojos de Eleni se agudizaron, reflejando la gravedad de la situación—. Me pondré a trabajar en esto inmediatamente. Cuanto antes identifiquemos cualquier toxina, antes podremos intentar encontrar un antídoto para la señora Demetriou.

—¿Crees que hay alguno?

Eleni dejó escapar un largo suspiro. —No puedo responder a eso todavía, pero una vez que haya identificado la toxina, tendré una mejor idea de con qué estamos trabajando.

Habiendo compartido todo lo que sabía, Elizabeth permaneció un momento, dividida entre la esperanza y la aprensión. Con una respiración profunda que hizo poco para aliviar su tensión, abandonó el camarote de Eleni.

De vuelta en su propio camarote, el corazón de Elizabeth se aligeró al ver el juego despreocupado de Meli con el cachorro, un fuerte contraste con el pesado manto de preocupación que llevaba por el misterio que se desarrollaba en el barco. Se permitió una rara sonrisa, la inocencia de la escena apartando el laberinto de secretos y peligros que yacía más allá de las paredes del camarote.

Un suave golpe en la puerta del camarote les alertó de la llegada del camarero. —Un momento —llamó Elizabeth antes de volverse hacia Meli—. El cachorro —susurró.

Los ojos de Meli encontraron los de Elizabeth, un entendimiento tácito destellando entre ellas. Recogió al cachorro, acunándolo protectoramente mientras se dirigía hacia el baño. —Adelante —llamó Elizabeth una vez que estaban fuera de la vista.

Un camarero elegantemente vestido entró, dejando una bandeja cargada con té y un almuerzo ligero compuesto por sándwiches delicadamente cortados y una ensalada de pollo. Elizabeth ofreció un agradecimiento agradecido aunque distraído, su mirada persistiendo en la puerta incluso mientras el camarero disponía la bandeja. La tensión de mantener las apariencias, incluso en momentos tan mundanos, nunca estaba lejos de sus pensamientos.

Tan pronto como se marchó, Meli y el cachorro regresaron. El cachorro, un manojo de energía, correteaba en círculos juguetones antes de fijarse en la bandeja, su cola moviéndose salvajemente en anticipación del festín.

Elizabeth sonrió mientras servía el té, observando las travesuras del cachorro, su mano deteniéndose a medio servir mientras compartía un momento de silenciosa diversión con el pequeño bultito de pelo. Entregó una taza a Meli y estaba a punto de dar un sorbo cuando hubo otro golpe en la puerta. Al abrirla, encontró a Eleni de pie allí, con leves líneas de preocupación grabadas en su rostro.

—Elizabeth, ¿puedo hablar contigo un momento? —preguntó Eleni, sus ojos insinuando una petición más allá de meras cortesías.

—Por supuesto, Eleni, pasa por favor —respondió Elizabeth, haciéndola entrar en el camarote. El cachorro, curioso sobre la nueva visitante, olisqueó alrededor de los pies de Eleni.

La mirada de Eleni se posó brevemente en el cachorro. Se inclinó, extendiendo su mano y dándole un juguetón rascado detrás de la oreja. —Qué cachorro tan adorable —comentó, su comportamiento incierto mientras miraba hacia Meli.

Elizabeth, captando el cambio en el comportamiento de Eleni, bajó marginalmente su voz. —¿Has encontrado algo? —preguntó, su mirada reflejando la de Eleni hacia Meli.

Meli se encogió de hombros ligeramente, una sonrisa melancólica tirando de las comisuras de su boca, sus ojos traicionando un destello de resignación. —Oh, no os preocupéis por mí —respondió —. Estoy acostumbrada a fingir que no sé lo que está pasando. — Lanzó a Elizabeth una mirada significativa.

La mirada de Elizabeth se suavizó al mirar a Meli. —Es por -

—Lo sé —Meli puso los ojos en blanco—. Es por mi propio bien.

—Me preguntaba si podría echar un vistazo al libro de tu *yiayia* — preguntó Eleni.

Elizabeth asintió. —Sí, por supuesto. Déjame buscarlo. —Abrió cuidadosamente el armario, sus dedos rozando el lomo envejecido del libro mientras lo sacaba y lo colocaba en la mesa donde Eleni lo abrió y pasó las páginas con cuidado reverente—. ¿Quieres una taza de té? Puedo pedir una tetera fresca.

—Eh... no. —La mirada de Eleni se detuvo en la página abierta—. Gracias.

Elizabeth dio un sorbo a su té. —¿Hay algo en particular que estés buscando? Quizás podría ayudarte.

Los ojos de Eleni se iluminaron, una chispa de reconocimiento encendiéndose mientras murmuraba: —Ajá, *Asteriella Egeou*. La –

—Estrella del Egeo —terminó Elizabeth la frase por ella—. Por supuesto.

—¿Has oído hablar de ella?

La voz de Elizabeth se suavizó, teñida con un toque de nostalgia mientras relataba: —Sí, visitamos a una prima lejana de mi *yiayia* en la isla de Asteria. Recuerdo vívidamente su advertencia cuando le mostré esas flores. Dijo que las flores podían robar pensamientos y hacer que las mentes giraran hacia la locura.

Las manos de Eleni se detuvieron en la página, un ceño fruncido arrugando su frente mientras contemplaba las implicaciones. —He encontrado una toxina muy rara en la muestra de miel... que solo se

encuentra en *Asteriella Egeou*. ¿Recuerdas que mencioné un proyecto de investigación en el que trabajé donde las especies indígenas a menudo eran inmunes a las toxinas locales?

—Por supuesto, así que las abejas que la polinizan son inmunes a sus toxinas.

La voz de Eleni bajó casi a un susurro. —En dosis lo suficientemente altas, es letal. Es escalofriante pensar que alguien podría cosechar tal cosa... quiero decir, ¿quién tendría uso para algo así?

—¿Alguien con el asesinato en mente, quizás?

—Dimitri dice que la gente hará cualquier cosa por dinero —respondió Meli, con su atención dividida entre las travesuras juguetones del cachorro y la conversación de los adultos, lanzó un comentario casual por encima de su hombro, sin ser consciente de su peso en la sombra de sus sombrías revelaciones—. Si el precio es el adecuado.

Los ojos de Elizabeth se cerraron brevemente mientras tomaba una respiración profunda y estabilizadora, recogiendo sus pensamientos frente al creciente miedo. Su voz, cuando habló, llevaba el peso de su preocupación. —Y esta toxina, ¿existe un antídoto? —La pregunta se quedó suspendida en el aire, haciendo eco de su lucha interna entre la esperanza y la dura realidad de su situación.

La respuesta de Eleni fue dubitativa, sus ojos reflejando la gravedad de su difícil situación. —No estoy segura. Incluso si lo hay, obtenerlo podría no ser sencillo. Y considerando el estado actual de la señora Demetriou, nosotras... podríamos llegar demasiado tarde.

Mientras las palabras de Eleni quedaban suspendidas en el aire, un pesado silencio descendió. Elizabeth miró por el ojo de buey, las implacables olas reflejando el tumulto interior. Se dio cuenta con un corazón apesadumbrado que estaban corriendo contra un reloj implacable, cada segundo una cuenta atrás hacia una posible tragedia.



Capítulo Veintiuno

EN EL COMEDOR, DONDE los susurros de intriga se mezclaban con el rico aroma de carnes asadas, hierbas frescas y la sutil dulzura de los pasteles, la mirada de Elizabeth encontró a Spyros, una figura solitaria en medio de un mar de alegría. Estaba apoyado contra la barra de caoba pulida, una sombra entre la luz. Los excesos de la noche habían grabado líneas de vulnerabilidad en su fachada habitualmente impenetrable, una grieta en su armadura que Elizabeth estaba dispuesta a explotar.

Mientras se acercaba, los sensuales acordes del cuarteto de jazz y el murmullo de la conversación parecían alejarse, llenándose el aire de una anticipación tácita. El vestido de Elizabeth, un conjunto fluido de Jeanne Lanvin de profunda seda esmeralda, susurraba contra el suelo con cada paso confiado que daba, su presencia dominante pero discreta.

—Señor Demetriou, qué fortuito encontrarle aquí —comenzó Elizabeth, su voz una melodía de fingido deleite—. Esperaba toparme con usted. ¿No son maravillosas las noticias sobre la señora Demetriou? El comandante Sinclair confía en un notable cambio en su salud para mañana. —Las palabras de Elizabeth, aunque ligeras, llevaban un peso de implicación, diseñadas para sondear las defensas de Spyros—. Debe estar muy aliviado —añadió, cada

palabra una pieza de ajedrez movida en su juego de intenciones veladas.

El rostro de Spyros permaneció como una máscara cuidadosamente esculpida de compostura, pero Elizabeth, siempre observadora, detectó el más sutil apretón de su mandíbula. El mínimo cambio delataba una corriente subyacente de tensión, una grieta en su fachada por lo demás impecable. —Sí, aliviado no es la palabra —respondió, su voz manteniendo su barniz suave, aunque el filo en ella era palpable.

Elizabeth, aprovechando la oportunidad para tejer su red, añadió casualmente: —Y el pobre comandante Sinclair finalmente podrá descansar esta noche. Ha sido tan valiente manteniéndose en vela junto a ella estas últimas noches. —Su voz era ligera, pero la implicación quedó flotando en el aire: Violet estaría sola esta noche.

La medida respuesta de Spyros hizo poco para enmascarar el breve pero revelador destello en sus ojos. —En efecto, la dedicación del comandante Sinclair ha sido encomiable —dijo con voz suave. Sin embargo, a pesar de su exterior controlado, hubo un momento, fugaz y casi imperceptible, donde la habitual calma en sus ojos dio paso a un brillo más agudo y calculador. Era como si las palabras de Elizabeth hubieran encendido un pensamiento, quizás un plan, echando raíces en lo más profundo de su mente.

—Con la señora Demetriou habiendo superado lo peor, él considera bastante seguro dejarla descansar sola. Hablando de descanso, debo despedirme. La velada ha sido bastante agotadora. —Su voz llevaba la ligereza de una cortesía social, pero sus ojos mantuvieron la mirada de Spyros un instante más, asegurándose de que su mensaje fuera claro. Con un educado gesto de cabeza, se giró para marcharse, dejando a Spyros en un silencio contemplativo, su mirada persistiendo donde ella había estado, con un indicio de algo nuevo titilando en sus ojos: una intriga, una idea, quizás un plan.

Elizabeth dejó atrás el bullicio animado del comedor, su mente girando con las complejidades de su plan. Cada elemento se

desplegaba en sus pensamientos, nítido y claro, como grabado en cristal. Los papeles de sus cómplices estaban definidos con precisión, la coreografía de sus acciones tan crítica como en una delicada danza. *El momento lo es todo*, reflexionó en silencio, consciente de que incluso el más mínimo desliz podría deshacer sus esfuerzos.

Los riesgos se cernían con fuerza, ensombreciendo sus pensamientos. El acto anterior de Spyros y Sarah, aunque accidental, era un crudo recordatorio de hasta dónde llegarían. Su postura fría y calculada sobre la situación de Violet solidificó su determinación. *Deben ser detenidos,* murmuró, su resolución endureciéndose como el acero.

Al acercarse a la enfermería, se detuvo, su mano persistiendo en el pomo de la puerta. Tomó una respiración profunda, no solo para calmar sus nervios, sino para fortalecer su espíritu. Con un empujón firme, atravesó el umbral, entrando en el núcleo de su plan cuidadosamente orquestado.

El agente O'Connor arqueó una ceja, un estímulo silencioso antes de que sus palabras rompieran la tensión. —¿Consiguió hablar con él? —Su voz era baja, insinuando la gravedad de su empresa. Desde el arrebato de Spyros por el ingreso de Violet en la enfermería, algo había cambiado en la perspectiva del agente O'Connor. Inicialmente indiferente a la muerte del capitán, las sorprendentes revelaciones compartidas durante los hallazgos de la autopsia habían despertado su interés, provocando en él un nuevo sentido de urgencia. Los detalles que descubrieron, lejos de ser ordinarios, habían revelado capas de intriga que ni siquiera él podía ignorar.

Los ojos de Elizabeth se deslizaron por los rostros reunidos, un testimonio silencioso de la confianza que depositaba en cada uno. —Sí, todas las piezas están en su lugar —afirmó con tranquila confianza.

Los dedos de Eleni trabajaban con un hilo suelto en su falda, una acción pequeña pero deliberada que revelaba su tensión interior. Levantando la mirada, se encontró con los ojos de los que la

rodeaban. —Debemos tener cuidado —aseveró—. El señor Demetriou ha demostrado ser un hombre muy peligroso. Debemos permanecer vigilantes en todo momento.

El agente O'Connor vaciló, una sutil duda que hablaba por sí sola. Las líneas alrededor de sus ojos se profundizaron. —Lady Elizabeth —comenzó, con voz baja—, ¿está completamente segura de esto?

Elizabeth se enderezó, su postura reflejando la firmeza en su voz. —Absolutamente.

Las sombras se aferraban a las esquinas de la enfermería, con solo un frágil rayo de una lámpara solitaria cortando la oscuridad, proyectando formas fantasmales a lo largo de las paredes.

La mano de Elizabeth movió la sábana para ocultar la mitad inferior de su rostro, sus ojos agudos y alertas. A su lado, detrás de un biombo, las respiraciones de Eleni eran superficiales, controladas, mientras los dedos del comandante Sinclair tamborileaban contra su muslo, una cuenta regresiva silenciosa. La postura del agente O'Connor era rígida, cada músculo enroscado como una serpiente, listo para reaccionar.

Un crujido repentino destrozó el silencio, el sonido de la puerta abriéndose lentamente extendió los segundos en horas mientras las sombras se derramaban en la enfermería.

En el silencio, el susurro de Sarah fue como el crujido de hojas secas. —¿Estás seguro de que estará sola? —Sus palabras temblaban con incertidumbre.

Spyros, un resorte enrollado de impaciencia, respondió con un siseo contenido: —Sí, absolutamente. Ahora cállate. —Spyros avanzó hacia la cama, cada paso deliberado, depredador, mientras Sarah se quedaba rezagada, cada paso vacilante revelando su tormento interior.

Spyros se acercó a la cama, cada paso medido y silencioso, la almohada firmemente agarrada en su mano.

Se cernió sobre la cama, presionando la almohada contra el rostro de Elizabeth. Las manos de ella se dispararon, luchando con los brazos de Spyros en un feroz forcejeo por la almohada.

El forcejeo fue silencioso, pero intenso. La determinación de Elizabeth se enfrentó a la fuerza bruta de Spyros. En la tenue luz, sus sombras se entrelazaron, un eco visual de su desesperada lucha. Sorprendido, su agarre se aflojó. Elizabeth, aprovechando el momento, apartó la almohada con todas sus fuerzas y se incorporó de golpe.

Tambaleándose hacia atrás, Spyros encontró su ruta de escape bloqueada. El agente O'Connor permanecía firme junto a la puerta, bloqueando su camino. En un movimiento rápido y desesperado, Spyros alcanzó un bisturí. Agarró a Sarah, acercándola. El borde afilado del bisturí presionaba contra su garganta.

El grito de Spyros resonó por toda la enfermería, su voz una mezcla caótica de pánico y rabia mientras el agente O'Connor se abalanzaba sobre él. —¡Quédense atrás, todos! —rugió, el bisturí temblando en su mano temblorosa—. ¡Lo digo en serio, lo usaré!

El rostro de Sarah perdió todo su color. —Spyros, por favor... —su voz era un susurro fracturado, una mezcla de miedo y súplica—. Pensé que me querías.

Spyros, con la espalda contra la pared, se burló de la expresión desconcertada de Sarah. —¿Amor? ¿De verdad creíste que esto trataba de amor? —se mofó, su agarre en el bisturí inquebrantable —. Siempre se trató del dinero, Sarah. Siempre. —Sus ojos se deslizaban entre el bisturí y Sarah, su tormento interior manifestándose en un breve titubeo de su mano. La incertidumbre en su mirada chocaba con su postura amenazante.

La voz de Sarah se quebró con emoción cruda mientras se estiraba hacia él. —Pero dijiste que me querías. Si hubiera sabido... —imploró, con los ojos brillantes.

Spyros se apartó de su toque como si se hubiera quemado. —Es demasiado tarde para hacerte la inocente ahora. Lo hiciste por la misma razón que yo. El dinero —espetó, su agarre en el bisturí tan fuerte que sus nudillos se blanquearon.

Cada vez más frenética, insistió, sus palabras saliendo en un torrente de emoción. —No, ¡lo hice porque te quiero! —Sus manos,

temblorosas, alcanzaron la mano de él.

El comandante Sinclair se abrió paso sigilosamente a lo largo de la pared trasera. —No seas necio, Spyros —dijo, su voz firme. Cada paso estaba calculado y en silencio, su presencia casi fantasmal mientras se movía con las sombras, posicionándose para una posible intervención—. Ya tienes suficientes problemas. No lo empeores.

Spyros retrocedió ante la mano de Sarah, su rostro retorcido en una mueca de furia. —Callaos, todos —escupió, sus ojos dando vueltas por la habitación, atrapados y salvajes—. No puedo pensar con tanto parloteo. —El bisturí temblaba como un cable vivo en su agarre temblorosamente errático.

Una tensión palpable flotaba en el aire, como si la habitación misma estuviera conteniendo la respiración. Cada ligero movimiento, cada respiración silenciosa, parecía amplificada.

La mirada de Elizabeth era aguda y calculadora, moviéndose entre Spyros y el bisturí, su mente recorriendo escenarios, buscando una apertura, un momento para cambiar la marea.

El agente O'Connor, un depredador silencioso, se acercó con deliberada cautela. Sus ojos nunca dejaron la hoja brillante en la garganta de Sarah, cada músculo tenso para una intervención rápida.

—Vamos, muchacho, simplemente déjala ir —persuadió el comandante Sinclair, mientras se acercaba un poco más, el aire sintiéndose más pesado con cada segundo que pasaba.

Pero Spyros, acorralado y desesperado, respondió con una mueca de desprecio. Los músculos de su mandíbula se crisparon, y sus dedos se apretaron alrededor del bisturí, traicionando su pánico interior.

En un fugaz intercambio de miradas con Eleni, Elizabeth vislumbró la jeringuilla que deslizaba discretamente sobre la cama. Su corazón se aceleró mientras extendía cautelosamente su mano hacia ella. Cada músculo tensado para evitar llamar la atención de Spyros.

Con un calculado movimiento de muñeca, Eleni envió una bandeja de instrumentos médicos estruendosamente al suelo, creando una cacofonía que fracturó la tensión.

En esa fracción de segundo de caos, los dedos de Elizabeth se cerraron alrededor de la jeringuilla. Con Spyros momentáneamente distraído, la acción de Elizabeth fue rápida y decisiva. Hundió la aguja en la mano de Spyros, la que peligrosamente empuñaba el bisturí. Su agarre falló al instante, sorpresa y dolor relampagueando en su rostro mientras el bisturí caía con estrépito al suelo. Con la misma fluidez, alcanzó a Sarah, apartándola con un firme tirón, sacándola del debilitado agarre de Spyros.

El agente O'Connor se lanzó contra Spyros, sus cuerpos colisionando con una fuerza que resonó por toda la enfermería. La lucha fue breve pero intensa, mientras la fuerza de O'Connor se enfrentaba a la resistencia desesperada de Spyros.

La habitación, cargada con una corriente eléctrica de suspense segundos antes, se disolvió rápidamente mientras Spyros era sometido, sus maquinaciones desmoronándose bajo el agarre decisivo de O'Connor. Spyros, ahora dominado y restringido, yacía derrotado bajo el firme control de O'Connor.

Elizabeth exhaló un suspiro de alivio, su postura tensa relajándose mientras observaba a O'Connor inmovilizar a Spyros. Sus hombros, una vez rígidos con anticipación, se aflojaron mientras contemplaba la culminación de su arduo trance.



Capítulo Veintidós

LA ENFERMERÍA, CON SU familiar aroma estéril, recibió a Elizabeth, su tranquilo orden en marcado contraste con el reciente pandemonio de hacía dos días. La enfermera Andrews, ya completamente recuperada de su reciente episodio de gripe, atendía sus asuntos, su presencia una reconfortante normalidad mientras Elizabeth se dirigía a visitar a Violet.

Al entrar, su paso apresurado se detuvo bruscamente, una rápida maniobra le permitió evitar por poco a Giovanna Rossi. —Disculpe, señorita Rossi —dijo Elizabeth, recuperando el equilibrio—. Espero que su visita sea más de carácter social que médico.

Giovanna, con una vitalidad mediterránea aún presente en ella a pesar de la reciente agitación, lucía un vestido que hacía eco de los tonos de la costa italiana. La tela, de un suave color cerúleo, caía elegantemente sobre su figura.

Su sonrisa, aunque melancólica, contenía un matiz de la resiliencia que la había sostenido durante los recientes acontecimientos. —Estoy bien, solo visitando a la señora Demetriou. Ha pasado por una terrible experiencia.

—Sí, verdaderamente angustiosa —coincidió Elizabeth, registrando el cambio de tratamiento de *l'Americana*. Notó cómo la mirada de Giovanna se detenía momentáneamente en un punto

distante, como si estuviera anclada a recuerdos demasiado conmovedores para expresar. El sutil juego de emociones en el rostro de Giovanna: una fugaz sombra de melancolía rápidamente reemplazada por una calma serena.

—El capitán nos engañó a ambas, pero la vida sigue adelante, si? —Cerró brevemente los ojos, tomando un respiro para calmarse, antes de que la sombra desapareciera tan rápido como había aparecido—. Pero un corazón magullado sana con el tiempo.

Elizabeth asintió, su mirada suavizándose en silencioso reconocimiento de la fuerza que requería expresar tal optimismo. —¿Y cuáles son sus planes ahora, señorita Rossi?

Una chispa se encendió en los ojos de Giovanna, una suave sonrisa curvando sus labios. —Unas vacaciones, quizás. Los Wallace me han invitado a pasar la Navidad con ellos. Han sido muy amables —respondió, con un toque de calidez volviendo a su voz.

—Si su viaje la lleva a Londres, no dude en buscarme —dijo Elizabeth calurosamente, sus ojos transmitiendo tanta invitación como sus palabras, su mano deteniéndose sobre la de Giovanna por un momento.

Al pronunciar —Lo haré, sin duda—, la voz de Giovanna transmitía una nota de genuina intención. Con un último gesto afirmativo, se giró, su paso decidido mientras comenzaba a alejarse.

Los pasos de Elizabeth se aceleraron, con ligereza en su andar al ver a Violet, rejuvenecida, recostada con una revista. El color melocotón de su peinador proyectaba un suave resplandor en sus mejillas, una diferencia notable respecto a su anterior palidez. —Señora Demetriou, es una alegría verla recuperando su vitalidad.

La mirada de Violet se encontró con la de Elizabeth, un destello de su característica vivacidad brillaba en sus ojos ahora despejados. Una tierna sonrisa, que insinuaba un espíritu en recuperación, jugaba en sus labios.

—En efecto, lo estoy, gracias al antídoto milagroso del Mayor Sinclair y la señorita Papadopoulos —respondió Violet, su voz encontrando una nueva fuerza. Dejó a un lado la revista, con las

manos entrelazadas mientras miraba a Elizabeth, sus ojos cargados de gratitud—. Y a usted, Lady Elizabeth. Si no fuera por su aguda intuición, la red tejida por Sarah y Spyros... ni siquiera puedo soportar pensarlo.

Los ojos de Elizabeth se oscurecieron brevemente con el peso de esa realidad, sus labios se apretaron en una línea delgada y tensa. —Es un pensamiento inquietante —admitió, tomando asiento junto a la cama.

La mirada de Violet cambió, una sombra de antiguo dolor cruzó por sus rasgos. —Spyros siempre resintió el control que yo tenía sobre su asignación. Su padre temía que la malgastara... Pero pensar que llegaría tan lejos... —Su voz vaciló, atascándose en su garganta como si las palabras mismas fueran un recordatorio de la traición, aún demasiado cruda para articularla.

—Me alivia verla recuperándose. El Mayor Sinclair es bastante optimista sobre su recuperación.

La gratitud se encendió en los ojos de Violet, suavizando el cansancio que persistía. —Esa es la esperanza —pronunció, una sonrisa abriéndose paso a través de su fragilidad a pesar de las sombras de su calvario.

Elizabeth se levantó para marcharse. Deteniéndose brevemente, dijo: —Pronto atracaremos en Liverpool, señora Demetriou. Un especialista de Londres estará esperando para asegurar su completa recuperación.

—Le debo al Mayor Sinclair una gran deuda por sus cuidados. Y a usted, Lady Elizabeth, junto con la señorita Papadopoulos... me atrevo a decir que sin ustedes tres, quizás no habría llegado hasta aquí.

—Simplemente hicimos lo necesario —respondió Elizabeth—. Estoy segura de que cualquiera habría hecho lo mismo.

—Es usted demasiado modesta, Lady Elizabeth. —La sonrisa de Violet se afianzó con más fuerza, un rastro de su antigua resistencia brillando mientras veía marcharse a Elizabeth.

Elizabeth recorrió los estrechos pasillos del barco hacia la oficina del Oficial O'Connor, cada paso reflejando su lucha interna mientras reflexionaba sobre su compleja relación, recordando cómo el Oficial O'Connor había estado una vez bajo sospecha por el asesinato del capitán. Sin embargo, su papel clave en la captura de Spyros Demetriou había descongelado gradualmente las gélidas corrientes de su relación.

Los ojos del Oficial O'Connor se elevaron con cautelosa deliberación, una sombra de aprensión parpadeó brevemente antes de que compusiera sus rasgos en una fachada de neutralidad profesional. —Lady Elizabeth —comenzó, apretando ligeramente la mandíbula—. Supongo que viene por su paquete.

Elizabeth le sostuvo la mirada directamente. —Efectivamente, y gracias por custodiarlo —respondió—. Debo confesar que, a la luz de las recientes revelaciones, me pregunté si...

—¿Podía confiar en mí?

Elizabeth tomó aire profundamente. —Sí, ese pensamiento cruzó por mi mente.

Los ojos de O'Connor mantuvieron los suyos. —Puede que sea muchas cosas, Lady Elizabeth, pero nunca un ladrón o un asesino. —Extendió el paquete hacia ella.

—Eso parece —respondió ella, tomando posesión del pergamino —. ¿Y qué hay del señor Demetriou y Sarah?

Su mirada se desvió brevemente, reflexionando sobre el destino que les aguardaba. —La policía estará esperándolos cuando ataquemos en Liverpool —dijo, con una nota de finalidad en su voz.

Elizabeth hizo una pausa, la gravedad de las palabras de O'Connor asentándose sobre ella. La resolución de un capítulo invariablemente conducía a la apertura de otro. Lo observó por un momento. —¿Y usted, Oficial O'Connor? —preguntó—. ¿Qué le depara el futuro? ¿Nuevos comienzos, quizás?

La expresión del Oficial O'Connor cambió sutilmente, un velo de cautela cubriendo sus ojos. —Ah, Lady Elizabeth, digamos simplemente que los dados ya están echados, y ahora... debo jugar

la mano que me han repartido. —Su voz contenía un trasfondo de resignación, insinuando enredos mucho más complejos que el mero deber.

Ella asintió, con una nueva comprensión de su destino enredado. —Tenga cuidado, Oficial O'Connor —dijo, con voz baja de preocupación—. A veces, los viajes más peligrosos son aquellos que navegamos dentro de las sombras de nuestra propia creación.

El rostro del Oficial O'Connor reflejó momentáneamente el conflicto interno que rugía dentro de él. Su anterior bravuconería ahora reemplazada por un comportamiento más vulnerable e introspectivo. Tragó con dificultad, un esfuerzo visible para mantener la compostura. —Y a veces, Lady Elizabeth —comenzó, su voz apenas por encima de un susurro—, nos encontramos recorriendo caminos trazados por otros. —Su mirada, aunque breve, estaba cargada de una comprensión tácita de la gravedad de su situación. Con un suspiro resignado, añadió—: Y la única opción que queda es seguir caminando, sin importar adónde lleven.

Elizabeth, reconociendo la profundidad de su lucha, ofreció un pequeño gesto de simpatía. Se giró para marcharse, sus pasos resonando en el pasillo, dejando al Oficial O'Connor con sus pensamientos. Un hombre atrapado en la intrincada red de sus elecciones y sus consecuencias.

Sujetando el pergamino, Elizabeth navegó por los pasillos pulidos del barco, su mente un torbellino de pensamientos. Al doblar una esquina, casi chocó con Julia y David Hamilton.

—Ah, Elizabeth —exclamó Julia, sus ojos iluminándose de sorpresa—. Estamos a punto de dar un último paseo por la cubierta, un pequeño ritual nuestro para despedirnos del mar.

David miró el pergamino en la mano de Elizabeth con suave curiosidad. —Ciertamente, este ha sido un viaje de lo más memorable —comentó pensativo.

Los ojos de Julia brillaban con anticipación. —Nuestra próxima parada es Escocia, y viajaremos en tren. —Gesticuló animadamente, como si pintara un cuadro en el aire—. He oído que el paisaje es

absolutamente impresionante, con colinas onduladas, lagos brumosos y antiguos castillos salpicando el paisaje. —Su voz se elevó con emoción, y una amplia sonrisa se extendió por su rostro—. No podemos esperar a ver por nosotros mismos la belleza agreste de las Highlands.

David asintió, sus ojos brillando con la misma emoción. —Ciertamente no podemos —estuvo de acuerdo—. Después de semejante aventura, hemos decidido quedarnos un poco más cerca de casa esta vez. —Una sonrisa juguetona tiró de sus labios mientras añadía—: Pero, ¿quién sabe? Quizás nuestros caminos se crucen de nuevo algún día —su voz llevaba una nota de optimismo.

La sonrisa de Elizabeth se ensanchó. —Eso espero —respondió, con entusiasmo claro en su voz—. Escocia suena maravilloso —añadió, sus palabras impregnadas de sincero interés y un toque de nostalgia.

Con un último intercambio de cálidas sonrisas, se separaron: los Hamilton hacia la cubierta y Elizabeth hacia su camarote.

Elizabeth entró en su camarote, encontrándolo inesperadamente silencioso. Supuso que Meli había llevado al cachorro a dar un último paseo por cubierta, probablemente para despedirse de Dimitri. Inicialmente, Elizabeth había albergado reservas sobre la relación de Meli con él. A pesar de ser un poco tosco en sus modales, había demostrado ser un aliado improbable, cuidando de Meli durante su tiempo como polizón y proporcionando información crucial sobre el Oficial O'Connor, recordándole que la integridad no era cuestión de riqueza o estatus.

Colocó suavemente el libro de su *yiayia* en su maleta, el familiar aroma de hierbas secas que impregnaba las páginas transportándola de vuelta a las islas griegas bañadas por el sol, donde había vagado de niña bajo la experta guía de su *yiayia*. Cada visita a las islas era una aventura, con su *yiayia* enseñándole a identificar plantas y hierbas autóctonas, lecciones que ahora se sentían como un tesoro más preciado que cualquier riqueza material.

Estos recuerdos, estrechamente entretejidos con las páginas del libro, proporcionaban un consuelo reconfortante en la soledad de su camarote. Pasó los dedos sobre la gastada cubierta del libro, la familiaridad de la escritura de su *yiayia*.

Se detuvo, mirando los artefactos de su aventura desplegados ante ella. La enciclopedia botánica simbolizaba su viaje desde una curiosa aprendiz bajo la guía de su *yiayia* hasta una mujer resiliente e independiente. El viaje la había puesto a prueba de maneras que nunca había imaginado.

Mirando hacia la puerta, Elizabeth imaginó a Meli en la cubierta con el cachorro y Dimitri. La audacia y espontaneidad de Meli habían añadido una dimensión inesperada al viaje de Elizabeth, mostrándole el valor de abrazar lo inesperado y la importancia de mirar más allá de las primeras impresiones.

Elizabeth se detuvo en el umbral de su camarote, el que una vez fuera un santuario temporal ahora despojado de su carácter, dejando atrás solo los ecos de recientes aventuras. Sus baúles, cada uno empacado con los recuerdos tangibles e intangibles de este extraordinario viaje, estaban alineados junto a la puerta, listos para los mozos.

En su mano, sostenía su bolso y el pequeño estuche con el valioso pergamino, cada objeto un testigo silencioso del desentrañamiento de un misterio que había unido su destino con los de otros a bordo del barco. Echó un último vistazo al camarote, cada rincón resonando con los restos de risas, contemplaciones silenciosas y la emoción de revelaciones nocturnas. Fue aquí donde enfrentó desafíos, descubrió verdades y encontró un parentesco inesperado.

Con un suave suspiro, apagó la luz, el suave clic cortando el último vínculo con este refugio temporal. El pasillo fuera estaba vivo con el ajetreo anticipatorio de otros pasajeros, cada uno ansioso por reanudar sus propios viajes.

Mientras Elizabeth se dirigía hacia la cubierta, el sonido de sus pasos resonaba en los pasillos del barco, un ritmo constante que

reflejaba el sentido de propósito en su corazón. Las experiencias a bordo del SS Andromeda la habían cambiado, enseñándole el valor de la confianza, la resiliencia y el poder de la verdadera amistad. Con Meli y el Mayor Sinclair esperando su llegada, sabía que mientras este capítulo llegaba a su fin, los lazos forjados darían forma para siempre a su viaje futuro.



Epílogo

EL VIAJE DE ELIZABETH por Londres en su adorado Duesenberg se desplegaba como una narrativa de contrastes. La grandiosa y majestuosa presencia de Westminster, con los sonoros ecos del Big Ben, daba paso gradualmente a las calles menos adornadas pero igualmente llenas de carácter de la ciudad. El cielo nublado de noviembre proyectaba una luz suave y apagada, creando un lienzo donde pasado y presente se fundían.

Mientras navegaba por las sinuosas calles, los aromas familiares de la ciudad la envolvían: la humedad aferrada a los viejos ladrillos, el omnipresente sabor del Támesis y el sutil aroma a humo de carbón de las chimeneas cercanas. El rítmico compás de la vida londinense —el murmullo de conversaciones, el traqueteo de los carruajes tirados por caballos mezclándose con el ocasional claxon de los automóviles— formaba una banda sonora para sus pensamientos.

El elegante exterior color crema del Duesenberg, ahora salpicado de gotas de lluvia, brillaba mientras se abría paso entre el tráfico de la primera hora de la tarde, atrayendo muchas miradas de admiración. Los adornos cromados, desde la rejilla del radiador hasta los clásicos faros redondos, captaban los fugaces rayos de luz

que atravesaban las nubes, añadiendo un toque de brillo a la grisura.

El suave ronroneo del motor proporcionaba un relajante acompañamiento a sus pensamientos. Reflexionaba sobre la exitosa entrega del Pergamino de Ariston al Dr. Andreas Petridis y su agradable almuerzo con Eleni Papadopoulos y el Mayor Sinclair. Su conversación durante la comida había sido un delicioso interludio, ofreciendo información sobre la exitosa presentación de Eleni.

La gente bullía por las aceras envuelta en pesados abrigos y bufandas, con pasos rápidos y decididos sobre los húmedos adoquines. Los vendedores de periódicos en las esquinas voceaban los titulares del día, sus voces se sumaban a los vibrantes sonidos de la ciudad.

Al acercarse a las calles familiares que conducían a Hawthorne House, sus pensamientos se dirigieron a Meli y a la animada incorporación reciente a su hogar, Winston. Meli, siempre ansiosa por abrazar todo lo británico, había insistido en llamarlo Winston, como el famoso líder. Elizabeth sintió una calidez en su corazón al reflexionar sobre la alegría y el caos que el pequeño cachorro había traído a su antes tranquilo hogar. Se imaginó los alegres saltos de Winston, sus diminutas patas deslizándose por los suelos pulidos, y a Mafdet posada en lo alto, observándolo con una mezcla de curiosidad y desdén felino. Luego, sus pensamientos se dirigieron al tío Theo, quien había accedido a que Meli se quedara con ella bajo la condición de buen comportamiento. Recordó las palabras del tío Theo: Ahora es tu responsabilidad, Elizabeth. Confío en que la guiarás bien.

Elizabeth dirigió el automóvil a su lugar de descanso en el garaje en la parte trasera de la casa. La lluvia había cesado, dejando el mundo exterior velado en una capa de neblina como de gasa que bailaba en la menguante luz de la tarde.

El tintineo de los utensilios y el chisporroteo de algo delicioso en el fogón llenaban el aire mientras entraba en la cocina. La mirada de Elizabeth recorrió la bulliciosa escena: relucientes ollas de cobre

colgaban sobre un gran hogar ennegrecido, y el aroma del pan recién horneado flotaba hacia ella. La señora Harris, la cocinera, hizo una pausa en su ajetreada rutina, sus manos quietas entre los brillantes utensilios de cocina. Levantó la vista, con las mejillas sonrosadas por el calor de la cocina.

—Buenas tardes, señora.

—Buenas tardes —respondió Elizabeth, saludando al personal con una cálida sonrisa. La rica fragancia del estofado hirviendo en el fogón se mezclaba con el dulce olor del pan recién horneado, envolviendo a Elizabeth en la reconfortante esencia del hogar.

Una tos discreta desde la entrada atrajo su atención. Dalton, el mayordomo de la familia, estaba de pie en el umbral. Su cabello, aún no completamente gris, estaba veteado de un distinguido plateado y sus ojos castaños, marcados con los sutiles signos de la risa, observaban la habitación atentamente.

—Hay una carta para usted, señora —dijo, su voz llevaba el tono formal de un mayordomo experimentado—. Está en la bandeja del vestíbulo.

—Gracias, Dalton —respondió Elizabeth, despertando su curiosidad. Caminó hacia el vestíbulo, sus pasos resonando en el suelo de mármol. El papel era de buena calidad, su sello intrincado. Cogió el abrecartas de plata y lo deslizó cuidadosamente bajo la solapa.

Desplegando la invitación, leyó la elegante y fluida caligrafía.

Mi queridísima Elizabeth,

Me alegró enormemente saber de tu regreso seguro de Atenas y de tus emocionantes aventuras en el SS Andrómeda. Cómo te habrías reído al ver la expresión de tu tía Beatrice mientras relataba tu última escapada —su preocupación y desesperación grabadas en cada arruga mientras exclamaba: "Participar en tales aventuras es muy impropio de una dama del rango de Elizabeth. Ya es hora de que encuentre un marido y ponga fin a esta insensatez".

Esto me lleva a algunas emocionantes noticias propias —estoy comprometida con El Muy Honorable Oliver Sterling. Mamá y la

abuela están, por supuesto, encantadas. Este torbellino de romance me ha sumergido en profundidades de afecto tan profundas que las palabras apenas bastan para expresar mi alegría. La idea de convertirme en la señora Oliver Sterling me llena de una felicidad tan indescriptible que temo estallar de emoción. En Oliver, he encontrado un alma gemela, una conexión que resuena tan profundamente como el entendimiento entre tú y yo, y estoy ansiosa por que lo conozcas.

Aunque aún no hemos hecho público nuestro compromiso, un anuncio es inminente. Además, la próxima posición diplomática de Oliver en el extranjero requiere un calendario bastante acelerado para nuestra boda, lo que ha desatado un delicioso alboroto en toda la casa.

Elizabeth, anhelo tu presencia en Mayfield Manor para compartir esta inesperada alegría. Por favor, prométeme que te unirás a nosotros pronto, para celebrar un amor nacido no de la obligación, sino de una conexión verdadera y sincera.

Con todo mi afecto y un corazón rebosante de alegría,

Clemmi

La alegría invadió a Elizabeth mientras leía la carta de Clemmi, sus dedos recorriendo la fluida escritura. Cada frase estaba impregnada del espíritu efervescente de Clemmi, como si su risa hubiera sido capturada y prensada entre las páginas.

La mente de Elizabeth resonaba con recuerdos compartidos, tan vívidos como la paleta de un pintor. Sus días despreocupados en Mayfield Manor se desarrollaban ante ella: carreras juguetonas por los extensos jardines, susurros conspirativos bajo el refugio de robles antiguos, el apoyo inquebrantable a través de las diversas pruebas de la vida.

La emoción burbujeaba dentro de ella mientras imaginaba el torbellino de actividad en que pronto se convertiría Mayfield Manor. En el ojo del huracán estaría Clemmi, su espíritu vivaz contagiando a todos los que encontraba con su alegría.

La felicidad de Clemmi, tan vívida y sincera, encendió un sentimiento de ansiosa anticipación en Elizabeth. Vislumbró los animados días que vendrían en Mayfield Manor, llenos de la emoción de nuevos comienzos y la alegría de una amistad reavivada. Mientras doblaba la carta de Clemmi, Elizabeth sintió la atracción de otra aventura esperando justo más allá del horizonte.

Si has disfrutado de Asesinato en el SS Andrómeda:

Sumérgete en la gélida intriga de ***Asesinato en Mayfield Manor***, donde Lady Elizabeth Hawthorne se reúne con su mejor amiga de la infancia, Clemmi Mayfield, para una celebración prenupcial. La atmósfera festiva se hace añicos bajo el peso de siniestros secretos. Atrapada por una despiadada ventisca, Elizabeth descubre un escalofriante rastro de matrimonios ocultos, insidioso chantaje y asesinato a sangre fría. Con la tormenta intensificándose, une fuerzas con el enigmático Jonathan Ashcroft en una desesperada carrera contra el tiempo. Juntos, deben atravesar un laberinto de mentiras para desenmascarar a un asesino que acecha a plena vista antes de que la verdad quede enterrada para siempre bajo la nieve.

https://www.amazon.es/dp/B0FBL8N85D

Boletín

Únete a mi boletín para recibir GRATIS tu copia de La sombra de la Reina del Desierto y mantenerte al día con todas las novedades sobre nuevos lanzamientos, sorteos, promociones y mucho más.

LA SOMBRA DE LA REINA DEL DESIERTO

ARTEFACTOS, LINAJE Y SECRETOS antiguos.

Cuando un valioso amuleto egipcio desaparece de una exposición en el Museo Británico, Lady Elizabeth Hawthorne se enfrenta a un misterio impregnado en el pasado de su propia familia. La antigua reliquia, que una vez llevó la mismísima reina Neferati, guarda secretos por los que matar —y alguien está vigilando cada movimiento de Elizabeth.

A través de las resplandecientes veladas de Londres y las galerías en penumbra del Museo, Elizabeth persigue a un ladrón fantasma que parece conocer el legado de su padre mejor que ella misma. Cada pista críptica la arrastra más profundamente en una red de engaños donde antiguas maldiciones susurran amenazas modernas, y cada aliado esconde su propia agenda oculta.

Con el tiempo desvaneciéndose como arena del desierto, Elizabeth debe descifrar enigmas de siglos de antigüedad antes de que el último regalo de su padre desaparezca para siempre. Pero en este peligroso juego donde los misterios egipcios se encuentran con la traición londinense, ¿la conducirá su determinación por descubrir la verdad directamente a una trampa mortal?

https://dl.bookfunnel.com/ig9yci3u7p

Para mi familia alocada, divertida, chiflada e intensa, que me saca de quicio, casi siempre.

Pero no lo querría de ninguna otra forma.

xxx



También de Olivia Rose

ASESINATO EN EL SS ANDRÓMEDA

Champán, caviar y un toque de asesinato.

Cuando la muerte se estrella en la fiesta a bordo del lujoso SS Andrómeda, la misión de Lady Elizabeth Hawthorne de escoltar un valioso artefacto griego hasta Londres da un giro siniestro. El misterioso fallecimiento del capitán sumerge a Elizabeth en un mortífero juego del gato y el ratón, donde cada pasajero es un sospechoso y cada sonrisa podría ocultar intenciones asesinas.

Haciendo equipo con su aliado de toda la vida, el Mayor Sinclair, Elizabeth se sumerge en un laberinto de secretos y mentiras. Mientras navegan entre veladas clandestinas y conspiraciones susurradas, la línea entre aliado y adversario se desdibuja. Con cada pista descubierta, el peligro aumenta, y la confianza se vuelve tan frágil como una copa de cristal.

Corriendo contra el tiempo y la astucia de un asesino, Elizabeth y el Mayor Sinclair deben desenmarañar la retorcida red de engaños antes de que el Andrómeda atraque en Liverpool. Pero en este mundo flotante de fachadas resplandecientes y agendas ocultas, un solo paso en falso podría convertir su investigación en algo mortal.

¿Podrá Elizabeth desenmascarar al asesino que acecha entre la élite, o se convertirá en la siguiente víctima de este peligroso juego de muerte en alta mar?

https://www.amazon.es/dp/B0FBL9DCSF



ASESINATO EN LA MANSIÓN MAYFIELD

Chantaje, traición y un cadáver en la bañera.

El alegre reencuentro de Lady Elizabeth Hawthorne con su amiga de la infancia Clemmi Mayfield toma un giro siniestro cuando descubre una escalofriante red de secretos: un matrimonio oculto, un cruel chantaje y la Condesa Magdalena von Habsfeld muerta en su baño.

Mientras una implacable ventisca sella la mansión, atrapando a los invitados y sus oscuros pasados dentro de sus heladas paredes, las sospechas recaen sobre todos, incluso sobre la propia Clemmi.

Nuevamente obligada a formar una incómoda alianza con el enigmático Jonathan Ashcroft, Elizabeth se sumerge en un laberinto de secretos antiguos y traiciones recientes. Con cada revelación, el peligro aumenta, y se da cuenta de que en esta casa de mentiras, hasta su amiga más cercana podría ser una enemiga mortal.

Corriendo contra el reloj y los elementos, Elizabeth debe desentrañar los retorcidos hilos del engaño antes de que el asesino ataque de nuevo.

Pero en esta mansión aislada por la nieve, llena de secretos y sombras, ¿podrá Elizabeth desenmascarar al asesino antes de convertirse en la víctima final?

https://www.amazon.es/dp/B0FBL8N85D



ASESINATO EN LA RIVIERA FRANCESA

Diamantes, engaño y una mascarada mortal.

Un escandaloso asesinato real destruye las vacaciones de la familia Hawthorne en la Riviera, aplastando las esperanzas de la tía Beatrice de que su sobrino sin recursos, Alexander, el Conde de Wexford, se case con la princesa italiana y salve su ruinosa propiedad.

Ante el escrutinio internacional, el Inspector Jefe apresuradamente culpa del horrible crimen al Conde, tachándolo de cazafortunas asesino.

Negándose a dejar que Alexander sea víctima de las maquinaciones del Inspector Jefe, Elizabeth y su audaz prima Meli se lanzan de cabeza a una investigación de alto riesgo. A medida que desvelan el resplandeciente barniz de la sociedad de la Riviera, descubren un siniestro tapiz de traición, chantaje y alianzas mortales. Con cada revelación, el peligro aumenta, y las primas se encuentran atrapadas en un juego peligroso donde un solo paso en falso podría costarles todo.

Con la libertad de Alexander en juego y un escándalo inminente que amenaza con arruinar la reputación de la familia, Elizabeth debe desenmascarar al verdadero asesino antes de que el destino del Conde quede sellado para siempre.

Pero en esta jaula dorada de lujo y vicio, ¿podrá confiar en alguien?

https://www.amazon.es/dp/B0FBL8C5B2

ASESINATO EN EL GRAND NATIONAL

Caballos, grandes apuestas y un homicidio en los obstáculos.

Cuando el Grand National de 1924 termina en tragedia, Lady Elizabeth Hawthorne se ve envuelta en una conspiración mortal que va mucho más allá del hipódromo.

Mientras el polvo se asienta en el sagrado césped de Aintree, el célebre jockey Reggie Blackwood yace muerto, y Alfie —un antiguo mozo de cuadras de Hawthorne Hall— es acusado de asesinato. Convencida de la inocencia de Alfie, Elizabeth está decidida a descubrir la verdad.

Con un Inspector Jefe ansioso por cerrar el caso y el enigmático Jonathan Ashcroft, cuyos verdaderos motivos resultan cada vez más sospechosos con cada encuentro, Elizabeth debe navegar por un peligroso camino. Cada paso la acerca más a una verdad que poderosas fuerzas quieren enterrar —y la coloca directamente en la mira de un asesino que no se detendrá ante nada para guardar sus secretos.

En un mundo donde las fortunas se ganan y se pierden al ritmo de un casco, Elizabeth está a punto de descubrir que las apuestas más mortíferas se hacen lejos de la línea de meta. ¿Podrá desenmascarar al verdadero culpable antes de que el asesino ataque de nuevo, o su búsqueda de justicia la llevará a un destino peor que el Becher's Brook?

https://www.amazon.es/dp/B0FBLXLNHG



ASESINATO EN EL OBSERVATORIO

Galaxias, astucia y un cielo nocturno mortal.

Cuando un raro evento celestial termina en tragedia, el retiro isleño de Lady Elizabeth Hawthorne se convierte en un paraíso mortal. El célebre astrónomo Profesor Magnus Whitaker es encontrado muerto —aparentemente un suicidio tras un humillante fracaso. Pero la constelación de pistas señala una verdad más siniestra.

Con cada invitado albergando su propia materia oscura, ella debe navegar por un traicionero laberinto de mentiras y traición. Mientras los susurros de chantaje y secretos enterrados hace tiempo orbitan la aislada isla, la línea entre aliado y adversario se difumina como una nebulosa distante.

Con el reloj cósmico avanzando y el peligro acechando en cada sombra, Elizabeth debe alinear las estrellas de la verdad antes de que el asesino ataque de nuevo. En este mortal juego de ajedrez celestial, ¿podrá superar a un asesino que parece mapear la esfera con precisión letal? ¿O será eclipsada por sus maquinaciones asesinas?

https://www.amazon.es/dp/B0FBLZHQVJ



ASESINATO EN EL PALACE PIER

Artistas, aristócratas y una clase magistral de asesinato.

Arrastrada al deslumbrante mundo de los estudios de artistas y las noches bohemias de Brighton por su prima de espíritu libre Gigi, el verano de Lady Elizabeth toma un giro oscuro cuando un reconocido artista es encontrado muerto en el Palace Pier. Peor aún, la amiga más cercana de Gigi —una célebre modelo a punto de conseguir un prestigioso compromiso— es acusada de su asesinato.

A medida que Elizabeth profundiza, descubre una obra maestra del engaño que abarca una década —un romance ilícito, un desesperado encubrimiento y una red de falsificaciones que enreda tanto al mundo criminal como a la sociedad aristocrática.

Con sospechosos que van desde un artista rival vengativo hasta un lord chantajeado, Elizabeth debe separar las pistas genuinas de las falsificaciones ingeniosas. Cada revelación pinta un cuadro más oscuro, y alguien está decidido a mantener la verdad oculta tras un lienzo cuidadosamente elaborado de mentiras.

En la brillante escena artística de Brighton, Elizabeth debe desenmascarar a un asesino impulsado al crimen por el pincel de un artista. Pero con cada sospechoso ocultando su propio lienzo oscuro, ¿descubrirá la firma del asesino o se convertirá en su obra maestra final?

https://www.amazon.es/dp/B0FBRDYGK2



LAS DESVENTURAS DE MELI

EL INFORTUNIO DE LA LÁGRIMA DE LA MAHARANÍ

Diamantes, deseo y la maldición de una Maharaní.

Cuando la Lágrima de la Maharaní —un diamante de incalculable valor impregnado de leyenda y tragedia— desaparece del Pabellón Indio de Wembley, las sospechas recaen sobre un joven inmigrante griego. Pero Meli sabe que no es así.

Reunida con Dimitri, un amigo de su propia desventura a bordo del SS Andromeda, está convencida de la inocencia de su amigo. Con su fiel compañero Winston a su lado, Meli se adentra en un mundo de príncipes indios, matrimonios concertados y antiguas maldiciones.

Mientras navega por las deslumbrantes exposiciones y los rincones sombríos de la Exhibición, comienza a sospechar que la verdad detrás del robo es mucho más compleja de lo que Scotland Yard cree.

Con los temperamentos reales encendidos y la amenaza de una falsa justicia en el horizonte, ¿podrá Meli descubrir la verdad antes de que un inocente se convierta en la última víctima de la maldición de la Maharaní?

https://www.amazon.es/dp/B0FBLYV56K



Sobre la autora

Nacida y criada en Gales, Olivia y su marido se trasladaron a la isla mediterránea de Chipre hace veinte años con sus dos hijos.

Compartir su hogar con cinco gatos, dos perros y una pequeña colonia de bichejos autóctonos significa que la vida nunca es aburrida.

La nueva serie de Olivia, Los misterios de Lady Elizabeth Hawthorne, transporta a los lectores al vibrante y sofisticado mundo de la Inglaterra de los años veinte a través de las cautivadoras historias de Lady Elizabeth Hawthorne. Hija de un lord inglés y una aventurera griega, el linaje de Elizabeth es tan rico como los misterios que descubre. Su pasión innata por la arqueología, un legado de sus padres, la impulsa a un ámbito lleno de secretos antiguos e intrigas de alta sociedad.